MEMORIAS DE UN PATOJO
DEL SIGLO PASADO

2da. Edición, más historias y fotografías

RECUERDOS DE CHIQUIMULILLA

Luis Augusto Rodriguez Franco

Memorias de un Patojo del Siglo Pasado. Recuerdos de Chiquimulilla.

Luis Rodríguez Franco

Todos los derechos reservados
Autor: Luis Rodríguez Franco
2ª edición
Guatemala, 2020.

Revisión y corrección: Magister Ruth Alvarez de Rodríguez
Diseño de portada: Juan Carlos Hernández
Prólogo: Luis Garistú
Impreso en Guatemala en los talleres de Dinámica Gráfica.
15 avenida 7-44 zona 6, Guatemala, C.A.
Teléfonos: 22886217, 22886201

Dedicatoria:

A Dios, agradeciéndole todas sus bendiciones y protección.
A mí recordada Chiquimulilla.
A mis padres, hermano, mi hermosa familia, amigos y paisanos queridos.
A mi suegra, doña Rosita.
A mi Mariita, razón y motor de mi vida.

Agradecimiento especial a: Víctor Hugo Colindres, Salvador Bolaños, Miguel Ángel Muñoz, Jorge Luis Cerrate Montepeque, Marco Tulio Lara y a todos mis buenos amigos y amigas por refrescar mi memoria con nombres y acontecimientos de la época.

Presentación

Durante mi infancia y adolescencia, con mi hermano aprovechábamos todas las vacaciones que teníamos para irnos de la casa en la ciudad capital y visitar a nuestra familia.

Alternábamos las giras vacacionales, yendo a la casa de mi tía Berta Franco de Penedo conocida cariñosamente como Tita, su esposo Rafa y mi prima María del Rosario. Ellos vivían en lo que hoy es la Avenida Petapa, ya casi llegando a Ciudad Real, lugar que en eso años, era parte de la periferia se la capital.

Otro lugar que visitábamos con frecuencia era la casa de los tíos en Villanueva don Neto Cabrera, su esposa Paquita Franco y nuestros primos Lili, Luis Felipe y Netío, quienes siempre nos recibieron amorosamente.

Y por supuesto, los viajes a Chiquimulilla, para quedarnos con mi papá en el cuartito que tenía en la Municipalidad vieja o cuando mi madrecita también viajaba, nos hospedábamos en la casa de mi tío Samuel Rodríguez en la aldea Margaritas.

Hace algunos años empecé a escribir estas memorias y compartir algunas con familia y amigos en redes sociales.

Fue mi amigo, el destacado Traumatólogo Dr. Jorge Jerez Lau, quien me animó a terminarlas y me sugirió el título que este libro lleva.

Mi agradecimiento también a mi amigo, gran profesional de la Comunicación, las letras y el teatro Licenciado Luis Garistú, por hacerme el honor de escribir el prólogo.

La Villa de Santa Cruz Chiquimulilla, en los tiempos en que sucedieron estas historias, en las décadas de 1960 y 1970, era un pueblo tranquilo y apacible, con poca gente y donde todos los vecinos se conocían.

En el día, la actividad comercial era intensa, siendo numerosos los vehículos que llegaban de las aldeas a comprar y vender productos, e incluso se veía que los mismos eran transportados en lomo de bestias en los tradicionales cacaxtes.

Para los patojos de esa época, las distracciones eran ir a jugar futbol al campo de los Conacastes, lleno de

tierra y piedrín y con unas grandes piedras en medio, las cuales había que sortear para pasar el balón.

Cayendo la tarde, el punto de reunión era la cancha de basquetbol, lugar donde se practicaba deporte, pero también se socializaba entre adolescentes.

Y que decir por las noches, se podía ir a cualquiera de los dos cines del pueblo, el Morales o el León o, los que tenían suerte, jugaban fútbol en el campo iluminado situado en el taller del "Maistro" Cadena.

El parque central, también reunía a vecinos de todas las edades, quienes discutían temas desde los más importantes hasta pláticas banales y llenas de cordialidad.

En el callejón que da hacia el mercado viejo, ubicado entre la iglesia y el almacén "Los 2 Leones", había un puesto donde uno podía ir a alquilar chistes de Chanoc, Kaliman, Hermelinda Linda, Aniceto Verduzco, Archie y también alquilaban o se intercambiaban novelas de vaqueros y cuyo dueño era Jesús "Chusito" Sitán.

En los radios a transistores, antes de que inauguraran Radio Rosa, que fue la primera en Chiquimulilla, se escuchaban emisoras de El Salvador y lo demás, a excepción de Radio Palmeras de Escuintla y Radio Mundial por las tardes, era pura interferencia, aunque llegaban por las noches con mucha fuerza Estación X de Nicaragua y Radio Habana Cuba.

Al Instituto Mario Méndez Montenegro llegaban a estudiar alumnos de pueblos y aldeas vecinas, había muchos de Guazacapán,Taxisco, incluso de Casas Viejas, Ciudad pedro de Alvarado y Placetas.

Yo tuve la dicha de vivir momentos inolvidables de mi niñez y juventud, tanto en la aldea Margaritas, así como en el pueblo de Chiquimulilla.

Para revivir esos recuerdos, compartirlos con ustedes y de esa cuenta volver a tiempos maravillosos, escribo estas historias, las cuales espero sean de su agrado y puedan entretenerlos un poco.

Cordialmente:

El Autor.

Prólogo

Hace algunos meses tuve la oportunidad de viajar junto con Luis Rodríguez Franco a su tierra. Cuando íbamos llegando, a manera de guía turístico, se regocijaba dándome a conocer datos y curiosidades de sus "dominios". Pese a que tengo el gusto de conocerlo desde hace muchos años, no logré comprender, en ese momento, qué significaba el brillo de sus ojos al estar de vuelta en esa calurosa, pero hermosa tierra.

Hoy, luego de leer a "Purito", lo he entendido, volvió a su niñez y a su juventud, que fue marcada, como a todos los de nuestra generación, por acontecimientos sencillos, aparentemente intrascendentes, pero llenos de magia, fantasía e inocencia que fueron haciendo el "collar de su existencia".

Los Guatemaltecos compartimos muchas cosas en común de nuestra infancia, con algunas mínimas diferencias, según la región donde hayamos crecido, por ejemplo nombres de cosas como "los garlos", la forma de decir "marranada", los mismos apodos y palabras propias de los pueblos, pero en general "Las

Memorias de este Patojo del Siglo Pasado" me hicieron y estoy seguro que a usted también, estimado lector, recordar esa época en que se podía tomar agua del chorro y no sufríamos de ninguna infección intestinal, que nos quedábamos jugando hasta tarde, arrancacebollas, tuero, electrizado, placa placa policía un dos tres… o las respectivas chamuscas que duraban una eternidad y que sin importar el marcador siempre decíamos "último gol gana". Estas memorias le transportarán a esos días en que los patojos o chirices respetábamos a nuestros mayores, no importaba quien fuera.

Ese tiempo en que los maestros eran la máxima autoridad del pueblo porque su sabiduría, personalidad y conocimiento así lo inspiraban.

A esos días en que íbamos al cine y todo era una novedad. Cuando una de nuestras actividades favoritas era sentarnos escuchar historias de muertos y aparecidos que nos erizaban la piel y que lograban hacer que no saliéramos de casa por nada del mundo. Los días en que enterarnos de la muerte de alguien nos causaba insomnio por días o semanas.

Las memorias de Güicho Rodríguez se leen en una "sentada", le harán disfrutar de sus travesuras y andanzas, de los días de pesca, conocerá de ciudadanos ilustres de esa preciosa tierra, se deleitará de sus ocurrencias y sus aventuras cazando conejos, venados, huyendo de toros bravos, temblando ante el ataque de "cochas misteriosas.

Conocerá usted de los comercios y restaurantes de antaño y la forma en que poco a poco "su amada tierra" se fue modernizando, dejando atrás la "planta eléctrica" municipal y el surgimiento de la primera emisora de radio de Chiquimulilla.

Tenemos pues en nuestras manos un documento no solo entretenido y ameno por su ágil narrativa, sino también histórico, que será de gran ayuda y recordación para todos aquellos que fuimos y seremos "Patojos del Siglo Pasado" y de nuevas generaciones.

Luis Garistú
Septiembre 2018.

Índice

1- Presentación
2- Prólogo
3- La vida en una aldea
4- Purito
5- El Instituto Mario Méndez Montenegro
6- Los cines de antaño en Chiquimulilla
7- Bonito
8- Chayón
9- El accidente
10- El transporte
11- La Municipalidad vieja de Chiquimulilla
12- La Pesca
13- La Planta eléctrica
14- La Tempestad
15- Las Chamuscas
16- La caza del venado
17- Las Crecidas del río
18- Los Perros
19- Los Refuerzos
20- Los Restaurantes
21- Maximino
22- Un Extraño caso
23- Virigua
24- Las Ferias
24- La Primera Radio del Pueblo

25- Cuando llegaron a filmar una película
26- Cuentos de serpientes
27- El parque antiguo
28- El viaje de cacería
29- Estampas chiquimulillenses de antaño
30- Historia familiar
31- Tía María
32- Los alcaldes de Chiquimulilla
33- Susto en el cementerio
34- Historia Familiar
35- Tío Chepe
36- La Tienda
37- Tío Samuel
38- Historia Extraña
39- Susto en la Poza del Tamarindo
40- Aventura con un Lagarto
41- Otro extraño caso
42- Viajando entre Chiquimulilla y Margaritas

La vida en una aldea

Después de estar acostumbrado a vivir en la ciudad capital, la decisión de mis padres de que nos fuéramos a hacer nuestra vida a la aldea Margaritas era algo que a mis tempranos años me intranquilizaba. Las preguntas me daban vuelta en la cabeza acerca de cómo iba a ser vivir allí y si me iba a acostumbrar, porque a pesar de haber ido y estado muchas veces de vacaciones por allá, habían sido solamente algunos días y no permanentemente.

Mi hermano Carlos no se animó, porque estaba más acostumbrado a la capital y de esa cuenta prefirió quedarse en la casona familiar y antañona de la 10ª avenida "A" entre primera y segunda calle de la zona 1.

Cuando llegó el momento del viaje hubo tristeza, por dejar atrás a la familia, amigos y los momentos vividos con ellos.

Pero a lo hecho pecho, ya la decisión estaba tomada y emprendimos el viaje, afrontando esa nueva aventura para mis padres y para mí.

La casa en la aldea estaba recién terminada y habilitada para que pudiéramos vivir cómodamente, faltaba aún una parte por construir, la cual sería posteriormente acomodada como tienda, pero eso sería estando nosotros ya instalados.

Poco a poco, fuimos adaptándonos a nuestro hogar y nos ayudó mucho el recibimiento cariñoso de los vecinos de la aldea, quienes desde el primer día llegaron a ponerse a la orden de mis padres para lo que necesitaran.

Me recuerdo que, aunque la comunidad no estaba muy poblada, gradualmente nuestra casa empezó a ser punto de reunión para todos cuando la tarde empezaba a caer.

En esos tiempos, no había energía eléctrica, agua potable, drenajes, ni nada por el estilo; era la vida en el campo y había que adaptarse a ella.

Mis padres empezaron a tomar disposiciones, lo primero fue comprar el terreno de la vecindad, el cual se negoció con don Beto Enríquez, para poder ampliar la casa e instalar la tienda.

Uno de los vecinos, de quien me recuerdo nada más de su nombre: Agustín, conocido por todos simplemente como "Tin", fue el contratado para excavar y habilitar el pozo de agua.

El pocero tardó un poco, pero al fin encontró el manto freático, el cual no estaba tan profundo, tomando en cuenta la cercanía de la casa con el río.

Le hicieron su base de cemento, se le colocó la garrocha correspondiente con la cubeta para sacar el agua y se echaron unas enormes pastillas de cloro para hacer potable el agua.

Para mayor garantía, teníamos un filtro hecho de piedra con forma de volcán invertido el cual estaba en alto sostenido por una base de madera y con un cántaro abajo. Al mismo se le echaba agua directamente del pozo y poco a poco empezaba a gotear agua fresca y filtrada. Que yo me recuerde, nunca padecimos de alguna enfermedad a causa de contaminación por beber de esa agua, yo creo que me hizo más daño tomar tanta gaseosa. A la par del pozo estaba la pila, la cual siempre se mantenía con agua para lavar o para poder refrescarse con un baño.

El sanitario fue construido en una galerita alejada un poco de la casa, pero mi papá implementó un innovador sistema para el mismo. Resulta que se colocó la taza sobre una base de concreto conectada a una tubería oculta bajo tierra de aproximadamente 75 metros de largo y que desembocaba en un terreno abandonado y del cual ya se habían apropiado las inundaciones del río, por lo cual estaba lleno de piedras y arena.

Afuera del baño había un tonel lleno de agua y después de que uno lo usaba, agarraba una cubeta y la vaciaba en la taza, con lo cual el sanitario quedaba totalmente limpio y en donde caían los desechos, el inclemente sol de la costa se encargaba de secarlos y deshacerlos casi inmediatamente.

Por las noches, para iluminarnos, primero fue con candiles de gas y candelas, que, aunque alumbraban poco, sacaban la tarea. Luego mi papá compró en el almacén "Los Dos Leones" de don Humberto León, dos lámparas de queroseno y que funcionaban por medio de bombeo de aire. Una se colocó en el

corredor de la tienda y la otra estaba adentro para nuestro servicio.

La iluminación que brindaban era impresionante, era como tener una lámpara neón de muchos watts, solamente había que estar al pendiente de cuando se iba acabando el aire, para poder bombear de nuevo por medio del émbolo que tenían. Con el tiempo mi padre y yo nos volvimos todos unos expertos en la reparación y mantenimiento de las lámparas y hasta improvisábamos empaques y repuestos.

Cuando estuvo habilitada la tienda, mis padres compraron una refrigeradora de segunda mano cuyo funcionamiento siempre me intrigó debido a que para mí era contradictorio, ya que lo hacía por medio de calor. Abajo tenía un depósito de querosene y una mecha, la cual al encenderse debía graduarse para que produjera una llama de color azul, la misma subía a través de un sistema de tubos, los cuales producían el enfriamiento en el interior del aparato y hasta hielo en la cubierta superior.

También la fábrica de helados "Sarita" le proporcionó un congelador que funcionaba de igual manera y me

recuerdo que una de las condiciones era que el aparato era exclusivo para el uso de los productos de la marca, por lo que siempre había que estar pendientes cuando llegaba el vendedor, porque se aprovechaba para meter pescado, camarón y aguas en el congelador y había que sacarlo para que no se diera cuenta.

Las linternas de mano y las baterías eran producto de primera necesidad, porque una vez entraba la noche, la obscuridad era profunda y si no había luna llena, no se miraba nada y había que estar atentos y pendientes del camino por las abundantes serpientes venenosas y alimañas de todo tipo. Me recuerdo que estaban de moda unas linternas marca "Ojo de Águila", las cuales en su propaganda decía que alumbraban más de un kilómetro, con la novedad compramos una y efectivamente alumbraban bastante y me sirvió de mucho cuando iba a cazar conejos.

A mí siempre me gustó por las noches acostarme en el suelo y disfrutar de la paz del campo, oyendo los grillos, el canto de las aves nocturnas, viendo y tratando de descifrar las constelaciones de estrellas

que se ven en su máximo esplendor en el ambiente rural.

Antes de acostarse la rutina obligada era revisar debajo de la cama para cerciorarse que no hubiera entrenado algún animal. Se levantaba el petate de los catres e infaltablemente siempre había uno o dos alacranes a los que yo me encargaba de sujetar con una tenaza y de mala gente, los echaba en el carbón de la cocina.

En medio de la casa, donde se juntaban las láminas, pasaban a veces ratones de campo, agarrándose de las dos vigas de madera, por lo que mi papá consiguió en el pueblo una caja de tiros llamados "Ratoneros", los cuales no tenían plomo en la punta, en cambio eran cerrados como un cartucho de escopeta en miniatura y contenía en su interior pequeños balines, los cuales eran efectivos contra los ratones, pero no perforaban la lámina.

Así que cuando se escuchaba a los ratones hacer ruido, solamente había que cambiarle las balas al rifle, alumbrarlos, apuntar…y asunto arreglado. Lo único

que no me gustaba era tener que recogerlos por la cola, para irlos a tirar lejos de la casa.

A pesar del remedio utilizado contra los ratones, yo creo que eran extraterrestres los muy bandidos, porque en lugar de disminuir su población, más se multiplicaban y siempre había que estar pendientes de ellos.

Otros que había que tener muy controlados también eran los tacuazines, ya que siempre hicieron averías con los numerosos animales de granja que tenía mi mamá en la casa. Generalmente salían después que llovía, aunque hubo uno que nos dio mucho trabajo erradicar, ya que llegaba casi todas las semanas a llevarse un pollo sin hacer ningún ruido, por lo que ni los perros ni nosotros lo notábamos. Por fin nos colmó la paciencia y con Maximino Rodríguez nos dedicamos todo un día en buscar su madriguera, hasta que la encontramos arriba de un árbol en terrenos de la finca de tío Samuel y nuestra sorpresa fue que no era uno, si no que toda una comunidad la que tuvimos que exterminar.

Los que también no cantaban mal las rancheras llevándose los pollos, eran los gavilanes, pero como esos son ruidosos y más las gallinas y gallos cuando los miran, era muy fácil ubicarlo y dispararles para asustarlos o hacérselos bajados de los árboles.

En el tema de medicinas, solamente se contaba con Yodoclorina para el estómago, alcohol y yodo para las heridas, aspirinas y el famoso jarabe de Curarina, el cual servía para picaduras de animales ponzoñosos.

La cocina estaba ubicada a la par de la casa, en la cual mi mamá siempre tuvo quién le ayudara con las labores culinarias. Consistía en un cuarto en donde estaban los trastos, un lavadero y el llamado "Poyo", el cual era un montículo de barro con un comal encima y una abertura donde se introducía la leña para que produjera el fuego necesario para cocinar.

Esa era la vida en el campo, en una aldea remota por aquellos años y créanme que después de tener dudas sobre si me iba a adaptar a la falta de comodidades, ahora estoy seguro que esa experiencia fue una etapa maravillosa de vida, que marcó mi carácter y actitud frente a la vida. Esos años los atesoro en mi corazón,

porque se han convertido en las: **Memorias de un Patojo del Siglo Pasado.**

El Instituto Mario Méndez Montenegro

El 30 de noviembre de 1910 nace en Chiquimulilla, quien sería uno de sus hijos predilectos: el Licenciado Mario Méndez Montenegro.

Fue Secretario General de la Presidencia, jefe de la Guardia Civil y el primer alcalde de la ciudad capital después de la Revolución de 1944.

Fue parte de los fundadores del Partido Frente Popular Libertador que apoyó la candidatura del presidente Juan José Arévalo Bermejo, quien fue otro santarroseño destacado, ya que el doctor nació en Taxisco. Este movimiento político se transformó después en el Partido Revolucionario.

El Licenciado Méndez Montenegro se postuló como candidato a la presidencia de la república, pero la muerte lo sorprendió en situaciones aún no esclarecidas el 31 de octubre de 1965.

En su honor, en 1968, siendo presidente de la República su hermano, el Licenciado Julio César Méndez Montenegro y Ministro de Educación el Doctor Carlos Martínez Durán, son creados los

Institutos Básicos con Orientación Ocupacional, con lo cual nace a la vida el Instituto Nacional de Educación con Orientación Agropecuaria Mario Méndez Montenegro.

Desde su fundación, el Instituto ha sido la lámpara del conocimiento que ha alumbrado a muchas generaciones de estudiantes que han pasado por sus aulas.

Grandes generaciones de Maestros han servido de guía a los alumnos a través de décadas de formación, entre ellos se pueden mencionar a: Marco Tulio Lara, Rolando Segura, Vitalino Gonzáles, Jorge Mario Menjívar, Luis Felipe López Irma Westendorf, Rubenia Gudiel, Isabel Alemán, Armando Ortiz, Ernesto Vásquez, Héctor Santecún, Berta de Fabián, Ángel Lone, Álvaro Noriega, Ernesto Paéz, Manuel Bolaños, Alfonso Centeno, César Pérez, Moisés García, Gonzalo Bolaños y muchos más que la memoria no alcanza para recordar.

Y entre mis compañeros y compañeras de la época de estudios, puedo mencionar a algunos, los cuales

conocí por nombre, apodo o referencia y afinidad, por ejemplo:

Salvador Bolaños, Víctor Hugo Colindres, Jorge Cerrrate, Alicia León, Brenda Pimentel, Gloria y Sandra Valenzuela (de Guazacapán), Aura Mejía Yaeggi (Guazacapán), Chano Contreras, Romeo Díaz, Abraham "Peluca", Maritza Morales, Ramón León, Vicente León Jo, Madeline Cristales (de los Cerritos), los hermanos Vásquez, Amanda y Estela Gaitán, Ramiro Morales, Armando Salguero, René Valenzuela, Amanda y Olga Monzón, Alberto Donis, Vilma Mejía de la finca "La Guardianía", Angélica Ruiz "Queca", Olva Canizales, Brenda Corzo, Alex de León, Salvador el hijo de don Chepe Sol, Gabriel y Francisco Rosales de la aldea El Garrobo de Pasaco, Marco Tulio y Jorge Mario Lara, Alfonso Lau, Julio Montenegro y Oliverio Pedroza de Ciudad Pedro de Alvarado.

Nuestro uniforme de la época era pantalón gris y camisa blanca y para las compañeras los mismos colores en la falda y la blusa.

Al salir de estudiar, siempre caminábamos desde el establecimiento situado en la entrada del pueblo hasta el centro, bajo el sol inclemente y era la costumbre pasar a la tienda de los Páez a comprar un refresco natural para hidratarse un poco.

Mis compañeras de camino, casi siempre eran Alicia León "Neca" y Angélica Ruiz "Queca", con quienes nos íbamos conversando sobre las anécdotas de la jornada de estudios.

Recuerdo muy bien que a la par del instituto estaba el campo de futbol, acertadamente llamado "La Pedrera", por la gran cantidad de ripio y piedrín que había en el mismo, por lo que, al jugar un partido o una chamusca, pensar en una barrida, era algo realmente suicida.

Con el equipo de fútbol del instituto fuimos a muchos torneos en otros municipios del departamento y aunque en algunos no nos fue tan bien como queríamos, la convivencia entre compañeros y amigos era los más importante.

Y hablando de fútbol, el Entrenador y Técnico de la Selección Nacional, Walter Claverie también estudió en el instituto, solo que él iba unos años delante de nosotros.

Cuando se realizaban actos cívicos, había mucha participación de los alumnos y me recuerdo que, en los concursos de oratoria, siempre destacó Jorge Luis Cerrate Montepeque, por su facilidad de palabra y el escoger los temas adecuados. Con Jorge tuvimos una especial amistad la cual mantenemos en el presente. Y es que formamos un grupo de amigos con sus hermanos Yolanda Cristina y Roberto Fernando, su prima Rosa María Domínguez, Eduardo Pereda "Balo" y este servidor-

A la par del establecimiento había un terreno sembrado con milpa, el cual era aprovechado para la clase de educación agropecuaria que nos impartía el Profesor Moisés García.

Fue una buena época de convivencia la cual, lamentablemente duró poco tiempo, ya que la mayoría de integrantes de esa generación emigró para

seguir sus estudios en establecimientos de La Antigua Guatemala y en la ciudad capital.

A pesar de ello, la amistad ha seguido vigente con algunos, aunque también tristemente, muchos compañeros y compañeras han emprendido el viaje sin retorno.

Actualmente el Instituto Mario Méndez Montenegro sigue en funcionamiento, formando a la juventud chiquimulillense bajo la dirección de quién también fue alcalde del pueblo, el Profesor Genaro "Nayo" Páez.

Promoción 1971-1973

Mis amigos, Roberto Fernando, Yolanda Cristina y Jorge Luis Cerrate, su prima Rosa María Domínguez, Eduardo Pereda "Balo" y el autor, durante una visita que me hicieron a la aldea Margaritas.

Purito

Yo no sé si es una costumbre arraigada en todo el país, pero de lo que si estoy seguro es que, en los pueblos, los apodos son la forma más común de identificar a una persona e incluso a muchas familias.

Chiquimulilla no es la excepción y en los tiempos dorados en que yo viví por aquellos lares, era muy común el identificar a las personas por su apodo y no por sus nombres, aunque había muchos a quienes esta costumbre no les hacía mucha gracia.

De esa cuenta, me recuerdo de muchos de los apodos que indiscriminadamente marcaron a las personas quizá de por vida. Cito algunos de los que vienen a mi memoria, como:

Pelón, Cafiaspirina, Chicharrón, Perica, Chucho Cuto, Chilín, Virigua, Cara de Poste, Calavera, Tufito, Cotete, Amigo Viejo, Tambo, Tío, Pelón, Pichón, Yegua, Chero, Zanate, Cotetes, Osito, Chiva, Burra, Calzón, Cachorro, Chacal, Peluca, Caldo de Zope, Bombilla, Chile Mocho y muchos más que escapan de mis recuerdos.

Yo tampoco me escapé de que me bautizaran con un apodo y todo inició de la siguiente manera: en las tiendas de Chiquimulilla, vendían en esos tiempos unos chicles que tenían forma de puro, eran pequeñitos y muy sabrosos, por cierto.

Siempre que salía del Instituto Mario Méndez Montenegro, pasaba rigurosamente comprando unas de estas golosinas y en una ocasión que cumplía mi ritual de compra, iba conmigo mi amigo y compañero de estudios Salvador Bolaños, al que le dije que me esperara un momentito ya que iba a pasar comprando a la tienda.

Cuando me atendieron, yo pedí al tendero:

-Me da un chicle de purito por favor.

Y Salvador que estaba observando me dijo:

-¡¡Vos solo comprando purito y purito!!

Y luego de pensarlo un momento, exclamó:

-¡¡Apuráte vos Purito!!

Y para qué quise más, de allí en adelante el apodo se regó entre todos mis conocidos, quienes me empezaron a decir así.

No debo negar que al principio no me gustó y me molestaba que me identificaran por un apodo, pero no me quedó más que resignarme y entender que a veces, un sobrenombre es una extensión del nombre propio, como que si fuera un tercer apellido.

Han pasado muchos años de aquel tiempo inolvidable de nuestra juventud y mis buenos amigos de vez en cuando me identifican por el apodo, tal es el caso de una visita que hice a Chiquimulilla y me encontré con una paisana y excompañera de estudios, a quien saludé y como no muy me reconoció, le dije mi nombre haciéndole memoria de que había estudiado con ella, la charla siguió ya que éramos tres personas las que estábamos conversando y me di cuenta que mi amiga no se recordaba de mí y de vez en cuando perdía el hilo de la charla y me miraba como tratando de hacer memoria de mi identidad.

Como a la media hora de estar en el diálogo, sus ojos de Geisha (porque es chinita) se iluminaron y con una sonrisa me dijo:

-¡¡Purito¡¡

El hielo se rompió en ese momento y hubo que hacer una pausa en el tema de conversación, para dedicar un poco del tiempo a preguntar por la familia y la actualización correspondiente de lo que ha sido de nuestras vidas.

Estoy convencido que cada vez que visité la maravillosa tierra de mi infancia y juventud, no que quedará más que identificarme con mi nombre, pero también con el apodo por el cual fui reconocido en esos tiempos… ¡Purito!

Los Cines de antaño en Chiquimulilla

Es increíble que a pesar de que los años han pasado vertiginosamente, los recuerdos de niñez y adolescencia, permanecen inalterables en mi mente y corazón.

En aquellos dorados tiempos, en Chiquimulilla había dos cines: el cine Morales, propiedad de don Tono Morales y doña María Monzón y el cine León, que era de Rubén León, ambos ubicados uno enfrente del otro en la calle principal del pueblo.

Al principio, cuando llegaba por vacaciones, vivía en el edificio viejo de la municipalidad con mi papá, don Carlitos, quien, por su capacidad y experiencia, fue Secretario Municipal eterno durante muchas administraciones edilicias.

Después, cuando ya vivía en la Aldea Margaritas, viajaba al pueblo en mi moto, con mi fiel amigo Maximino Rodríguez, conocido cariñosamente como Mino.

Pues bien, obligadamente la visita alternada a los dos cines era religiosamente casi todas las noches, no

importaba que película proyectaban, ya que por lo general era de vaqueros, karate o una mexicana.

Cuando iba con mi papá, siempre llevábamos una linterna debido a que, al salir ya era la hora en que don Eduardo Pivaral "Guayo Planta" apagaba el enorme generador eléctrico diésel y el pueblo entero quedaba a oscuras.

Después, ya no hubo problema, porque la energía eléctrica del INDE había llegado al pueblo y la iluminación permanecía todo el día, lo difícil era cuando tenía que regresar a Margaritas, ya que nos separaban doce kilómetros en aquella soledad y oscuridad propia del área rural por aquellos años.

Por cierto, fue directivo de esa institución don Neto Contreras que después fungió como diputado al Congreso de la República.

Afortunadamente, como mirábamos películas de acción, íbamos envalentonados y nunca tuvimos ningún contratiempo ni susto, salvo una vez que se nos pinchó una llanta por el cruce a los Cerritos y

tuvimos que caminar casi diez kilómetros jalando la moto.

Antes de entrar a cualquiera de los dos cines, había un ritual obligatorio: comprar los frescos de súchiles o de horchata y las naranjas con sal y pepita para disfrutarlas viendo la película respectiva, siempre pendientes de si a las patojas guapas de esos tiempos les habían dado permiso para ir a la función.

No sé si en cine León lo hicieron, pero sí recuerdo que en el cine Morales se realizaban muchas de las actividades sociales de la comunidad y justamente en una ocasión me tocó ser caballero a solicitud de la reina de Chiquimulilla, que me recuerdo muy bien fue Brenda Pimentel, quien era mi compañera en el Instituto Mario Méndez Montenegro e hija de don Chalo Pimental, quien fungió como Alcalde Municipal y fue quien me vendió mi primera moto, una Yamaha de 80cc.

En esa ocasión todo iba muy bien, pero al final del acto, que me voy dando cuenta que mi papá y mi madrecita habían hecho el viaje desde Margaritas para verme y sorprenderme con su presencia, cosa que

como patojo baboso, a mí me dio vergüenza porque llegaron a saludarme delante de todos y como siempre, fueron muy amorosos conmigo.

Cosas de juventud, cuando uno cree que será joven para siempre y que sus padres allí estarán toda la vida.

Cuánto daría yo, por tenerlos ahora conmigo y que me fueran a ver a cualquier actividad, sintiéndose orgullosos y yo más de ellos.

Pues honestamente, el acto de coronación no fue mi mayor preocupación, sino que la fiesta posterior, ya que siempre he tenido dos pies izquierdos para el baile el cual iba a ser amenizado por la marimba Alma Tropical (conocida popularmente como la Marimba de los Colindres) y allí había que abrir el mismo con el vals correspondiente.

Pero no tuve más que tragarme mi vergüenza y bailar, afortunadamente Brenda fue quien me guio y yo no hice más que seguirle el paso con lo cual quedó salvado el compromiso, pero solamente en el vals, porque después de eso se la entregué

diplomáticamente a un compañero para que bailaran otros ritmos.

Actualmente, la calle de los cines está ocupada enteramente por un mercado al aire libre.

Y de los cines, ya queda ni la sombra de lo que fueron en esos tiempos de sana entretención, ya que con el correr del tiempo, la modernización ha traído tecnologías que permiten disfrutar de películas de todo tipo en la comodidad del hogar.

Bonito

A la tienda que tenía mi Madrecita en Margaritas, llegaban por las tardes y noches gran número de vecinos de la aldea, que habían hecho de la casa su punto de reunión obligado después de las labores cotidianas.

Algunos jugaban naipe, otros nos dedicábamos a la chamusca respectiva en el terreno de a la par de la casa y algunos, simplemente dialogaban sobre los acontecimientos del día.

En una ocasión, ya cayendo la tarde, causó gran novedad la llegada de una persona que no era del lugar. Se trataba de un jinete montado en un precioso caballo color beige con blanco y con un porte impresionante.

El mencionado jinete amarró su caballo en un árbol de jocote a la par del cerco que daba a la carretera y se acercó caminando despacio hacia donde estaban los demás parroquianos quienes no le quitaban la vista, llenos de curiosidad. Saludó cortésmente y

comenzó a dialogar amenamente con los que allí se encontraban reunidos.

Contó que acababa de venir de los Estados Unidos, donde había vivido durante muchos años y que allí había comprado su caballo, el cual se llamaba Bonito, o sea, que, en pocas palabras, era un caballo gringo.

Relató, además, que el tal Bonito era una bestia muy educada y que todas las instrucciones que se le daban debían de ser necesaria y obligatoriamente en inglés.

Cuando los intrigados vecinos le preguntaron que andaba haciendo por esos rumbos, dijo que iba a un cumpleaños cerca de donde vivía don Juanito Enríquez.

Como el calor de la costa apretaba, a pesar de ya estar cerca la noche, pidió una ronda de cerveza para todos los que lo escuchaban y por supuesto, para su persona.

El tiempo pasó y el consumo de los refrescos de lúpulo de malta fue en aumento; por lo que ya muy entrada la noche, el jinete se recordó del compromiso que tenía y del cual aún estaba muy lejos de llegar.

Anunció que se retiraba, no sin antes dejar pagada otra ronda para sus nuevos conocidos y, como ya iba un poco luciado, uno de los muchachos se ofreció muy gentilmente a acompañarlo para servirle de guía hacia el lugar de su destino.

Aceptó gustoso el ofrecimiento, no sin antes indicarle que se tenía que ir a pie, ya que Bonito no estaba acostumbrado a cargar a gente en ancas.

A duras penas se subió al caballo y con su acompañante caminando e iluminando el camino con un foco de mano, se perdieron en la oscuridad de la carretera que conduce hacia la frontera con El Salvador.

Todos los vecinos se quedaron comentando acerca del jinete y su caballo, el cual hacía honor a su nombre: Bonito.

Resulta que el día siguiente, la novedad era lo que había pasado en el cumpleaños al que había asistido el fuereño.

Y es que su acompañante se encargó de soltar la sopa sobre todos los detalles, desde su llegada hasta el final

de la celebración, y que se resume en que: el cuatío siguió la farra hasta más no poder. "Además- prosiguió el informante, eso de que el caballo solo entendía instrucciones en inglés, eran babosadas, ya que bien bolo, lo que menos le dijo fue Bonito, sino que lo trató de hijuetantas para arriba"

Contó que armó un escándalo con la cumpleañera, queriendo bailar con ella y que el marido de ella se había enojado tanto, que le pegó una trompada y que al final de las cansadas, se había quedado dormido en una silla; lo cual fue aprovechado por nuestro vecino para mejor regresarse a la aldea y que no lo fueran a meter a él también en clavos.

Lo extraño del caso es que nadie vio pasar nunca a Bonito y a su propietario de regreso, algunos pensaban que había ido a dar la vuelta por otro lado para que nadie lo viera o si no, se regresó de noche, para evitar las bromas y burlas por lo que había hecho.

Chayón

Nazario Ramos fue un hombre de campo: alto, fuerte y con el rostro curtido por el sol inclemente de la costa sur guatemalteca.

Yo lo conocí cuando llegué a vivir a la Aldea Margaritas y es que, Chayón, como cariñosamente le decíamos, conocía a mi papá desde la infancia y de esa cuenta siempre mantuvieron una buena amistad.

Legaba hasta cuatro veces por semana a la casa, siempre por la tarde, cayendo el sol; cenaba con nosotros, contaba sus historias y se iba para su finca, distante un kilómetro y medio de donde yo vivía.

Siempre me llamo la atención que no caminaba por la carretera, sino que se iba por el monte, por lo que, una vez le pregunte el motivo y me contestó que el tiempo estaba peligroso y que era mejor tomar sus precauciones.

Era comisionado militar y siempre cargaba su revólver calibre 38 en la cintura y una linterna de pilas por si le agarraba la noche en sus visitas, como siempre pasaba.

Chayón tenía una capacidad de narrativa extraordinaria, su mente diseñaba escenarios, situaciones y personajes en el mismo momento en que estaba contando la historia.

Yo gozaba pidiéndole que me relatara cuentos de miedo y aunque sabía que todo lo que narraba era mentira, lo hacía con tal seriedad y jurando por todos los santos habidos y por haber de que lo que contaba era verdadero, por lo que me dejaba todo asustado y sin ganas de salir a lo oscuro en toda la noche, aun así, me urgiera ir al baño.

A su finca que era bastante grande, contando con su autorización, nos íbamos a meter seguido para pescar, cazar conejos, iguanas y una vez de manera extraordinaria, hasta un lagarto.

Me recuerdo que en una ocasión en que andábamos conejeando, en el camino por el que íbamos, alumbramos con la linterna y en medio de la vereda estaba enroscado un venenoso cantil "Cola de Hueso" al que, por prevención tuvimos que dispararle.

Chayón nunca fue egoísta y siempre permitió que uno aprovechara todo lo que había en su propiedad, como frutas, peces y animales de caza.

A pesar de no saber la hora, usaba reloj de pulsera y era clásica su respuesta de aproximar el tiempo cuando uno le preguntaba qué hora era, por lo que si ya estaba oscuro uno le decía:

- ¿Cómo qué horas serán Chayón?

Y él contestaba muy serio:

-Ya van a ser las siete

Y no importaba que fueran las seis, seis y media siete y cuarto, etc.

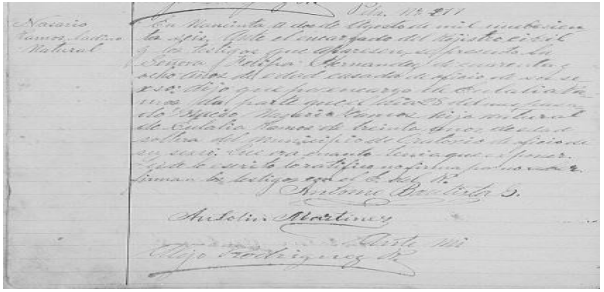
No muy le gustaba ir con nosotros a las cacerías, pero las veces que nos acompañaba era muy agradable porque nos iba contando todos sus cuentos y aventuras y a lo que menos nos dedicábamos era a molestar a los pobres conejos.

Eso sí, aunque no fuera con nosotros, siempre me prestaba una carabina Mauser calibre 22 que tenía, la

cual contaba con un tipo de mira especial con la cual era muy fácil acertar en los blancos.

Mucho tiempo después de regresarme a vivir a la capital, fui de visita muy seguido a Margaritas y siempre tuve la costumbre de preguntar por todas las personas que conocí durante el tiempo que viví allí. Me ocasionó mucha tristeza enterarme que Chayón había muerto violentamente, víctima de algún tipo de venganza personal.

Por todos esos buenos momentos vividos junto a él, sirvan estas líneas como un recuerdo a la memoria de don Nazario Ramos, conocido cariñosamente como "Chayón".



Partida de bautismo de Chayón (cortesía de: The Family Search)

El Accidente

Cuando uno vive en una comunidad rural pequeña, como lo era en aquellos tiempos la aldea Margaritas, es muy fácil darse cuenta cuando llegan personas extrañas a la misma.

Eso sucedió en una ocasión, cuando llegaron 4 personas a bordo de un pick up nuevecito, eran tres adultos y un patojo como de 15 años, quien era el que manejaba el vehículo.

La novedad era que el patojo estaba aprendiendo a manejar, ya que pasaba a cada rato frente a la aldea y luego iba a dar la vuelta y regresaba, pero lo hacía zigzagueando y le tronaban las velocidades cuando hacía los cambios.

Como era un día sábado, decidimos con Mino Rodríguez ir a pescar, así que alistamos las atarrayas y partimos hacia la parte baja del río, para luego ir subiendo y pasar bajo el puente rumbo a la poza principal.

Empezamos a lanzar las atarrayas y no tuvimos mucha suerte, ya que solamente habíamos logrado

sacar unas cuantas pepesquitas, por lo que decidimos adelantarnos y retomar la pesca debajo del puente "Obispo Francisco Marroquín".

Ya ubicados en el lugar, empezamos nuestra labor y oímos que arriba había música a todo volumen, por lo que, levantando la vista, vimos que eran los visitantes los que estaban subidos en la palangana del pick up a la orilla del puente.

Tirando la atarraya estábamos cuando oímos que arrancaron el vehículo, acelerándolo fuertemente, y de repente…escuchamos unos gritos de alarma y al voltear a ver de dónde provenían, vimos que el pick up venía cayendo desde el puente con todo y sus ocupantes.

Uno de ellos, como pudo, se quedó aferrado a una de las estructuras metálicas del puente, mientras que los que estaban en la palangana salieron volando por los aires y el patojo, que era el que manejaba, estaba dentro de la cabina.

La escena era impresionante, los que salieron por el aire, cayeron en la orilla del río entre la arena y las

piedras, pero fue cayendo y saliendo disparados hacia un lado, aunque estuvieran golpeados, porque el carro se les venía encima.

El ruido que hizo el pick up cuando cayó fue impresionante y con Mino pensamos en lo peor para los que habían salido volando y para el patojo dentro de la cabina, por lo que dejamos por un lado los aperos de pesca y nos cruzamos el río para ir a auxiliarlos.

Cuando llegamos a donde estaban, les preguntamos a los que estaban fuera del carro si estaban bien, a lo que respondieron de que sí, a pesar de estar muy golpeados y con raspones; luego fuimos a sacar al patojo de la cabina y resulta que, a pesar de lo aparatoso de la caída, estaba golpeado, pero no de gravedad. Eso sí, con una cara de susto y sin poder hablar de la impresión.

Del gran ruido que, se debe haber escuchado a muchos metros a la redonda, los vecinos empezaron a llegar a para observar y ver como ayudaban. Al empezar a preguntarles que había pasado, los accidentados respondieron que ellos provenían de un

lugar que se llama la Laguna del Comendador, la cual queda como a unos 25 kilómetros de Margaritas en la ruta hacia El Salvador.

Siguieron contando de que efectivamente el vehículo era nuevo y que el patojo era hijo del dueño y que a escondidas lo habían sacado para enseñarle a manejar. Anduvieron en la carretera dando vueltas para que practicara y en determinado momento decidieron estacionarse a la par del puente para descansar un rato y escuchar un poco de música.

Cuando decidieron irse, el que le iba enseñando al patojo le dijo que le diera las llaves porque iba a manejar, pero el muchacho le dijo que no, porque quería practicar otro poco y ni modo, como era hijo del patrón no le quedó más que hacerle caso.

La cosa es que, por la inexperiencia que tenía, en lugar de meter primera para salir, lo que hizo fue conectar retroceso y por eso se fueron hacia abajo del puente.

La tarea era buscar cómo sacar el vehículo de la hondonada en donde había caído y lo que le sugirieron los vecinos fue que le hablaran a un señor

que tenía un camión y así con unos lazos fuertes poderlo jalar hacia arriba.

Al ver que ya no podíamos ayudar, con Mino decidimos mejor irnos para la casa, porque debido al gran sopapo y el ruido que hizo el carro, todos los pescados se habían asustado y era por demás tirar las atarrayas.

El accidente fue la novedad del día para todos los vecinos y cuando por la tarde empezaron a juntarse en la tienda, comentábamos de la suerte que habían tenido los protagonistas al solamente salir con golpes leves.

A Mino y a mí nos interrogaban a cada momento, por haber sido los testigos principales de la caída del vehículo. En esas estábamos, cuando vimos pasar por la carretera al pick up todo desvencijado jalado por un camión.

Los comentarios en general giraban en torno a la gran sopapeada que le iban a dar al patojo y a las explicaciones que iban a tener que dar las otras

personas por haber sacado el carro sin permiso y regresarlo hecho pichacha.

Pero el que salió ganando de esta casi tragedia fui yo, porque en la casa teníamos un radio tocadiscos portátil de la marca Crown, el cual no tenía aguja y para conseguirla, había que viajar a la capital y buscarla.

Y es que, al día siguiente, fui a pescar camarones con mi arpón a la poza y decidí pasar por debajo del puente para ver donde había caído el carro y, al estar allí me encontré un brazo de tocadiscos que llevaban los accidentados y era en el que escuchaban música., con una aguja del mismo modelo que teníamos en la casa y que se había quebrado con el golpe.

Total, que se llevaron un buen susto de la mala experiencia los pobres visitantes y el ganancioso fui yo, de lo que pudo ser… ¡un terrible accidente!

El transporte

En la época en que yo viví en Margaritas, el tema del transporte era muy especial, debido a que había pocos buses para ir y venir del pueblo y a la capital. Cuando había que hacer viaje "expreso" a la capital, mis papás contrataban en el pueblo a don Wolfio Aldana, quien tenía una su camionetilla azul o bien, en Margaritas, a Manuel Enríquez que era propietario de un pick up Toyota.

De las camionetas, me recuerdo de la famosa "Tropical" y de don Patrocinio Alfaro, un hombre moreno, grande y fuerte, pero muy cordial y amigable.

Me impresionó mucho una vez que me contaron que don Patrocinio había tenido un problema con otro chofer en la terminal de buses de la zona 4 y que le propinaron un machetazo en la cabeza.

Durante mucho tiempo no lo vi, pero me causó gran alegría cuando al fin apareció nuevamente en el timón de la camioneta, aunque rapado y con una gran cicatriz.

Estaba también la línea de camionetas "Delta", en la cual, durante un viaje conocimos a su propietario, don Joaquín, quien a veces manejaba el autobús y era muy gentil con los pasajeros.

También, existió un microbusito, que viajaba de Chiquimulilla y daba la vuelta un poco más delante de Margaritas y era de dos hermanos, uno moreno y otro canche, que si mal no recuerdo eran conocidos por el apodo de Chicharrón.

Y qué decir de don Julio Ordoñez, que fue más conocido como "Chucho Cuto" y que, aunque todos sabían que le decían así, nadie se animaba a tratarlo por su apodo personalmente. Don Julio manejaba una camioneta pequeña color verde y cuyo nombre era "Transportes Dorita"

Me recuerdo también de la camioneta "La Mensajera", que mínimo hacía cuatro viajes en el día, saliendo de Chiquimulilla a Placetas y de regreso.

También existió una camioneta de color azul con blanco, la cual se llamaba Transportes Reyna.

Para cada camioneta ya todos le teníamos controlada la hora que pasaban y de esa cuenta, cuando uno iba a viajar, se preparaba con la suficiente antelación para estar a la orilla de la carretera y así abordar el autobús sin ningún inconveniente y es más, aparte de transporte le servían de reloj a la comunidad, ya que se controlaba la hora por el momento en que pasaban los buses.

Con la línea de transporte Reyna, existió una anécdota con un paisano (que algún día les contare de quien se trata) que tenía una hija con el mismo nombre. Pues bien, en una ocasión, dicen que llego todo sofocado a su casa gritándole a su mujer:

- ¡Fulana…fulana…vení!

A lo que su esposa toda alarmada salió a encontrarlo y le preguntó:

- ¿Qué te pasa esposo mío?

- ¡Se fue la Reyna!

-Y ella, creyendo que la hablaba de su hija le preguntó:

- ¿Y con quién, quien se la llevó?

Ya se imaginarán la cara de nuestro amigo, que estaba tratando de contarle sobre otro tema, por lo cual dicen que no con muy buenas palabras le dijo:

- ¡Que se fue la Reyna…la camioneta en la que me quería ir al pueblo!

Cosas veredes de las muchas anécdotas y ocurrencias que sucedieron con este personaje, muy querido, por cierto, en nuestra aldea.

La Municipalidad vieja

Antes del actual Palacio Municipal, Chiquimulilla tuvo con anterioridad un edificio clásico a la arquitectura de esos años. Estaba en la misma ubicación en donde se encuentra el actual y era un edificio de paredes de adobe, pilares de madera redondeados y techo de teja, lo cual hacía muy fresco el ambiente durante el calor del día.

Era una construcción cuadrangular con oficinas a los lados y un gran patio central rodeado de grandes columnas de madera que sostenían la construcción.

Por ser Secretario Municipal, a mi papá le asignaron un pequeño cuarto en el lado que daba a la iglesia y que, cuando yo llegaba de vacaciones utilizaba también para quedarme una buena temporada con él.

Me recuerdo que en el cuartito había unas carabinas grandotas, las cuales me contaron que usaba la policía municipal de antes y que, por el tipo de calzado que utilizaban los integrantes fueron conocidos como: "La Caituda"

Había también un radio comunicador que nunca supe para que se usaba y a veces yo, como patojo travieso, encendía para tratar de escuchar algo, pero nunca logré comunicación con nadie.

En ese tiempo hubo personas notables del pueblo que prestaron sus servicios en la municipalidad y que eran muy buenos amigo de mi padre, entre ellos me recuerdo como alcaldes a Manuel Gaitán, Gildaberto Cano, Gonzalo Pimentel y como compañeros de mi papá a Sóstenes Zan, Nery Segura y don Manuelito Paniagua.

Por las tardes, cuando todo quedaba en silencio, yo aprovechaba para imaginar que el gran patio era una cancha de futbol y los pilares las porterías y solito me entretenía anotando goles de campeonato mundial.

No he de negarles que por las noches si era un poco tenebroso el edificio, con su gran cantidad de oficinas cerradas y un montón de cuartos con llave, en los cuales nunca supe que había adentro, más si le sumamos que en esos tiempos, la luz que brindaba la planta eléctrica municipal, no era tan poderosa como en la actualidad, tareas como la de ir al baño era un

sacrificio que había que cumplir en el menor tiempo posible.

Una de mis distracciones también consistía en sentarme a la puerta del cuartito para ver pasar y saludar cordialmente a los vecinos del pueblo.

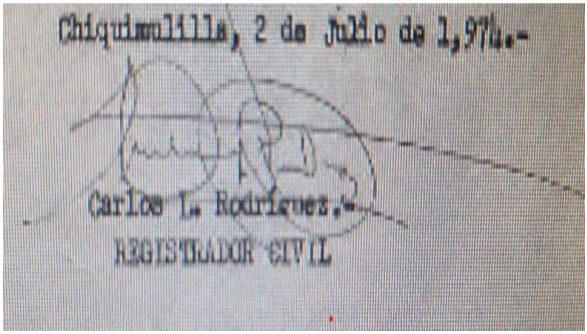
A la par de la municipalidad, por el lado de la iglesia, había una propiedad que tenía una gran pared y un portón enorme, que, por cierto, nunca supe quien vivía allí, y en la esquina, era la casa y clínica de don Quique el dentista.

En el otro lado, colindaba con la casa de los hermanos Taguito y Sóstenes Zan, con la famosa Pensión Galicia y con el dispensario del IGSS donde don Rubén Bran brindó un gran servicio médico y de primeros auxilios a toda la región. Y en el frente, me recuerdo que estaba una cafetería y una casa en la vivió don Mundo Labín y su hija Ingrid.

El edificio municipal, con el transcurso de los años sufrió mucho deterioro y a principios de los 70's bajo la administración edil de don Raúl López Salguero tuvo que ser demolido para dar paso a la construcción

en el mismo lugar del nuevo proyecto de dos niveles, el cual persiste en la actualidad.

Don Raúl, por cierto, se dedicó al digno oficio de sastre y tenía su sastrería en el lugar que actualmente ocupa la Despensa Familiar.



Firma de mi papá como registrador civil en 1972 (cortesía: de The Family Search)

La pesca

Cuando uno vive en el campo y tiene que aprender a utilizar los recursos que la naturaleza le brinda para poder subsistir, estar a la orilla de un río es algo muy importante.

Nosotros vivíamos a media cuadra del río Margaritas y de esa cuenta, la pesca fue un recurso fundamental para surtir nuestra dieta diaria.

La gente mayor de la aldea contaba que en la década de los años cincuenta, era posible ver desde el puente a los grandes lagartos asoleándose en la orilla del río y que a veces los cazaban disparándoles con rifle.

Incluso, contaban, en el agua cristalina de observaban nadando peces de gran tamaño.

Cuando todavía era un niño ya no había lagartos, por lo menos en esa parte del río y junto con mi hermano, acompañábamos a mi papá pescar, por supuesto que él era el que tiraba la atarraya y nosotros le ayudábamos a cargar el pescado.

En ese tiempo, la pesca era abundante y había distintas clases de peces, como róbalo, tepemechín,

mojarras, bagres, mucho camarón y cangrejo, los cuales eran de gran tamaño, por lo cual, a duras penas podíamos llevar la carga de lo pescado sobre el hombro.

Con el paso del tiempo, aprendí a manejar la atarraya y otros métodos de pesca, tales como la construcción de "garlos", los cuales son una especie de conos hechos con ramas rectas de madera unidas con bejucos y que se colocaban principalmente durante el invierno, cuando el río iba crecido en donde la corriente era más fuerte o "chorreras", con el fin de atrapar todos los peces y camarones que pasaran por allí.

También se utilizaba una construcción más compleja llamada "tapexco", pero a este método nunca le entramos con mi papá, debido a que su construcción requería mucho más tiempo y recursos.

Había algunos atrevidos que utilizaban un método totalmente perjudicial para el medio ambiente y para ellos: tirar una bomba casera de clorato al agua, la cual mataba peces grandes, pero también a los pequeños. Esta práctica también causó la muerte de algunas

personas por lo riesgoso de su uso, por lo que no era tan popular.

Resulta que un día, revisando unas cosas que mi tío José Rodríguez (conocido cariñosamente como "Tío Chepe") había dejado en la casa, me encontré un arpón artesanal construido por él con un tubo y resorte de cama y complementado con una pieza de madera.

Me llamó mucho la atención y pedí su autorización para poderlo utilizar, por lo que al decirme que sí, en un viaje que hice a la capital, me fui al Almacén Marlín, que estaba ubicado en la 6ª. Avenida de la zona 1, para comprar una careta de buzo. De una vez aproveché y les eché el ojo, preguntando cuanto valían unos arpones que ellos vendían.

Y así empecé a hacer mis tanes en el río, sumergiéndome y apreciando a través de la careta un mundo totalmente diferente y maravilloso…el mundo sub-acuático.

Al principio no pesqué nada, quizá porque no sabía que buscaba y donde hallarlo.

Con la práctica me fui volviendo más atrevido y en la gran poza cerca del puente, me día a la tarea de explorar en la orilla unas grandes cuevas que, sin duda, han de haber sido el refugio de los grandes lagartos, los cuales, según las personas mayores, habitaban en el río en épocas pasadas.

Al estar viendo las cuevas, me di cuenta que si me quedaba quieto, salían a curiosear unos grandes camarones, que sólo de verlos se me hacía agua la boca imaginando el caldo que se podía hacer con ellos.

Emocionado, traté de atraparlos con el arpón artesanal, pero, o la varilla se desviaba o les pegaba, pero no lograba sacarlos.

Ante tal situación, le pedí a mi papá que me patrocinara uno de los arpones que había visto en la capital. Mi viejo, con su gran corazón, no me lo negó y emocionado hice el viaje a la capital para hacer la compra.

Cuando regresé, creo que no dormí esperando que amaneciera para ir a buscar los camarones. Al fin llegó

el día y a media mañana me dirigí a la poza para sumergirme y buscar a los crustáceos.

Utilicé la técnica de asomarme a las cuevas y colocar la punta del arpón quieta para que, dominados por la curiosidad, salieran de lo profundo.

Y así fue, salieron y el arpón funcionó de maravilla, porque solamente el primer día atrapé cinco camarones muy grandes.

A partir de allí, ya especialicé y diversifiqué la pesca, pues sabiendo donde buscar, encontraba mojarras y bagres, los cuales eran una bendición para compartir en casa casi diariamente, un delicioso caldo como almuerzo.

Al final de cuentas, un día conversando con mi viejo, llegamos a la conclusión de que la compra del arpón no había sido un gasto, sino que una verdadera inversión.

Con el tiempo, los peces se fueron agotando debido a la pesca excesiva y hoy día, creo que si mucho, en el río Margaritas habrá solamente butes y nada más.

La planta eléctrica

Por aquellos dorados tiempos, la energía eléctrica no se conocía en Chiquimulilla, en el día, las refrigeradoras y los congeladores funcionaban con querosene, y las demás comodidades no era posible siquiera pensar en utilizarlas.

Por la noche era distinto, ya que existía una planta eléctrica diésel propiedad de la municipalidad y que estaba ubicada en una casa a la par del campo de basquetbol, en donde en la actualidad se encuentra el salón-gimnasio.

El encargado de la misma era don Eduardo Pivaral, conocido por todos como "Guayo Planta".

Religiosamente todos los días cuando la tarde empezaba a caer se le miraba realizar el recorrido desde su casa, la cual quedaba atrás de la municipalidad, hacia donde estaba la planta, que era arriba del restaurante Shangai de don Quique León.

Pues bien, la planta era encendida a las seis de la tarde y se apagaba a las once de la noche. Era un gran

armatoste que hacía un ruido que se escuchaba en todo el pueblo.

La luz que emitían las bombillas era amarillenta y tenía uno bajones a cada rato al no ser constante el flujo de electricidad.

La vida nocturna de Chiquimulilla dependía de la bendita planta, si se descomponía, no había cines, ni chamusca en el campo de básquet y mucho menos en el de futbol del "Maistro" Cadena.

Para las fiestas, era una ocasión especial y si mal no recuerdo daban una hora más de suministro por parte de la planta municipal, eso sí, si salía uno al terminar la fiesta de repente le agarraba la oscuridad en el camino y era mejor si se llevaba a la mano una linterna de pilas para no tener un susto en el camino.

Siempre me pregunté como hacían para medir que la planta pudiera brindarle el servicio a todo el pueblo y en una ocasión mi padre me comentó que no era difícil, ya que el número de consumidores no aumentaba significativamente y que el servicio tenía un margen para poder incorporar nuevos usuarios.

Caminar de noche por el pueblo, en esos tiempos, era toda una experiencia, porque si bien había alumbrado público, a veces de una esquina a otra, no se divisaba quien lo saludaba a uno.

A pesar de todo, eran tiempos muy románticos, en los cuales, uno no tenía más temores que los cuentos e historias de aparecidos que eran muy comunes que le contaran a uno con tal de que no saliera a la calle de noche.

Posteriormente, llegaron las líneas de energía del INDE al pueblo y la modernidad llevó al abandono de la planta eléctrica, la cual, junto a su operador, don Eduardo Pivaral prestaron durante muchos años sus fieles servicios durante muchos años a todos los chiquimulillenses.

La Tempestad

El cambio climático ha influido de tal manera, que los inviernos en nuestro país ya no son los de años atrás. Me recuerdo que antes, en la segunda quincena de abril ya estaba plenamente marcado el fin del verano, dando paso a los aguaceros del invierno.

De esa cuenta, viviendo en la costa sur, pude aprender muchas cosas valiosas de la gente sencilla, pero con un corazón enorme y que sabiamente interpretaban las señales de la naturaleza.

Por ejemplo, sabían que iba a empezar a llover porque "pasaban los azacuanes", o sea que cuando estas aves migratorias se dejaban ver en los cielos, era la clara señal de cambio de estación.

Y no les fallaban los cálculos, nada más con las primeras lluvias, prontamente se preparaban los terrenos para la siembra de la milpa y las plantaciones de arroz.

Resulta que, en una ocasión, ya para declararse el invierno, salimos por la noche de cacería con el recordado amigo de la familia Nazario Ramos, más

conocido como Chayón. Para el efecto decidimos cambiar de territorio de caza, ya que generalmente nos íbamos por toda la orilla del río Margaritas porque allí había mucho zacatío, el cual era el plato predilecto de los conejos, que eran el objeto de nuestra búsqueda.

Pero esta vez, se nos ocurrió irnos a los terrenos de la finca de mi tío Samuel, la cual quedaba muy cerca, ya que solamente había que atravesarse la carretera y caminar alrededor de cien metros para entrar a la misma.

Ingresamos a la finca y después de saludar a los guardianes y hacernos los quites de unos chuchos bravos que tenían, nos internamos en los potreros con buena cantidad de pasto, el cual como el invierno no había hecho toma de posesión totalmente, estaba corto y por lo tanto era ideal para nuestro objetivo de encontrar conejos.

Entre luciadas de terreno para tratar de encontrar los ojos rojos de algún animalito, empezó a relampaguear y a lo lejos se escuchaban los sonidos furiosos de los

truenos, por lo que Chayón con su voz pausada tan peculiar me dijo:

-Ve pue, parece que va a llover duro Guichito.

Yo tratando de escudriñar el cielo le contesté:

-No hombre Chayón, que va a llover si se miran bien la estrellas o… ¿me va a decir que le dan miedo los truenos?

Mi amigo prefirió quedarse callado y mejor continuamos buscando objetivos, pero, nada, no había conejos ni para remedio, lo cual era muy raro, porque si algo abundaba en Margaritas, eran estos animales.

Empezamos a sentir una brisa muy extraña, la cual poco a poco se convirtió en un viento fuerte y ya los truenos y relámpagos no estaban lejos… ¡estaban sobre nosotros ¡

La lluvia empezó a caer fuertemente, acompañada de un zumbido potente que nos asustó y por lo que mejor decidimos dar por terminada la cacería. Emprendimos el retorno con mucha dificultad, ya que las linternas no se daban abasto para iluminar

nuestro camino debido a que la noche era tan oscura como la boca de un lobo.

Las ramas pequeñas y las hojas de los árboles empezaron a caernos encima, debido a lo fuerte de viento que los mecía inclementemente de un lado para otro.

Nos mojamos todo y los zapatos se nos llenaron de lodo, a la vez que el tiempo se nos hizo eterno; pero por fin logramos salir de la finca, pasando por la casa de los guardianes, que de ellos y sus chuchos…ni señas.

Como mi casa estaba en la parte baja de la ruta, justamente cuando llegamos a la entrada, vi que mis padres estaban en la puerta con cara de mucha preocupación.

Empezando a bajar en la entrada estábamos, cuando un ruido ensordecedor acompañado de una gran luminosidad se sintió atrás de nosotros, era un rayo que había caído a escasos metros de nuestra ubicación, sobre las líneas de conducción eléctrica.

Al momento del estruendo vi como mi papá, de un golpe había cerrado la puerta de la casa, lo cual me causó extrañeza. Terminamos de ingresar al terreno y vimos que todos nuestros perros estaban saliendo de donde se habían escondido después de la caída del rayo.

Tocamos la puerta y mi madrecita y mi papá con lágrimas en los ojos nos dijeron:

-¡¡Bendito sea Dios, no les pasó nada!!

Con Chayón los miramos extrañados sin comprender porque nos decían eso, hasta que me animé a preguntarle:

- ¿Y qué pasó pues, papa?

Con mucho susto todavía, nos contó que por la perspectiva en que ellos se encontraban, vieron como claramente el rayo había caído sobre nosotros.

Después del tranquilizarnos todos, secarnos y ponernos ropa seca, nos tomamos una tacita de café con champurrada para reponernos del gran susto que nos dio la lluvia que, anunciando un fuerte invierno, estuvo acompañada de: La Tempestad.

Las Chamuscas

Los guatemaltecos somos eminentemente futboleros y, de esa cuenta, creo que no hay otro deporte que nos atraiga más y que sea tan masivo.

Y es que, para practicarlo, no se necesita más que un espacio adecuado, un balón y un grupo de personas que quieran divertirse.

Cuando nos fuimos a vivir a la aldea Margaritas, me costó un poco adaptarme a la vida del campo y a estar sin comodidades como las que había disfrutado en la ciudad capital.

Una de las cosas que me facilitó el integrarme a la comunidad fue el hecho de que había mucho patojo de mi edad con un gusto en común: el fútbol. Razón por la cual, todas las tardes al bajar un poco el sol y disiparse el calor, nos reuníamos en un campito improvisado que hicieron a la par de mi casa y que era propiedad de uno de los integrantes de la familia Enríquez.

Los marcos eran de bambú y dentro del campo, había muchos árboles, los cuales se tenían que esquivar al momento de estar jugando la chamusca.

Claro que eso nunca fue impedimento para que nos divirtiéramos sanamente y con mucha amistad.

Por cierto, había un vecino de la aldea, Ottoniel Enríquez, conocido cariñosamente como Nel; quien era muy hábil con el balón y hacía fintas extraordinarias que bien lo pudieron haber llevado a un equipo de liga mayor.

Pero Nel tenía una característica: jugaba descalzo, mientras los demás nos colocábamos zapatos por aquello de las espinas o lastimarse una uña con alguna piedra. Pues bien, como les cuento, Nel era extraordinario con el balón, descalzo, pero cuando se ponía los zapatos de fútbol ya no era el mismo y creo que ese fue impedimento para que desarrollara una carrera como futbolista.

Los balones que utilizábamos primero eran de plástico, pero después, mi papá nos compró balones de cuero, los cuales se pinchaban a cada rato por las

espinas y los cercos de alambre espigado. Eso nunca nos afectó, porque lo que hacíamos era hacer un corte pequeño donde estaba la válvula y colocar un parche de bicicleta a la vejiga de la pelota, luego le colocábamos un pedacito de cuero y santo remedio, ya teníamos balón en uso nuevamente.

El inflar la pelota tampoco era problema para nuestra creatividad, ya que utilizábamos la bomba de fumigar en lugar de un compresor, eso sí, la pelota olía un poco a insecticida, pero eso no nos importaba.

Incluso en una ocasión, en el patio de mi casa, fabriqué unos marcos formales de madera y a mi tío Fermín, conocido cariñosamente como tío Min, le encargué que me fabricara unas redes para hacer formal la cuestión. Incluso traje grama de la orilla del río para ver si se pegaba en el campito, pero eso sí fue imposible debido al terreno arenoso y el gran calor que hacía.

El campito estuvo poco tiempo en uso debido a los pelotazos que se colaban hacia la casa y como había tienda, se podía golpear a los clientes, por lo que mejor lo clausuramos.

Posteriormente, se construyó un campito de futbol a la vecindad de la escuela, como a 5 cuadras de mi casa y allí trasladamos nuestras reuniones diarias para la chamusca respectiva.

Luego de jugar, en lugar de pasar por el puente, nos atravesamos el río Margaritas para el aseo correspondiente, lo cual era una obligación después de la tremenda sudada durante el juego.

Vivencias como éstas son anécdotas de épocas lejanas que se extrañan, quizá por la simpleza del momento, pero también por lo edificante que fue para nuestro cuerpo y alma.

La caza de Venado

Dice un dicho que los pescadores y los cazadores son muy exagerados y a veces mentirosos.

Lo que a continuación les cuento, no es ni una exageración ni mentira, ya que lo viví en carne propia en una ocasión.

Me recuerdo que fue un domingo, cuando muy temprano se detuvieron dos vehículos sobre la carretera y de ellos bajaron varias personas conocidas de mi papá y que traían cuatro perros sabuesos.

Uno de ellos era el profesor Marco Tulio Lara Blanco de grata recordación y que fuera director del Instituto Mario Méndez Montenegro.

El profe Tulio era muy amigo de mi papá y le tenía mucho respeto, ya que según él mismo me contó, mi padre había sido su maestro.

Después de los saludos cordiales, se tomaron unas gaseosas y compraron cigarros mientras contaban que iban de cacería de venados en las montañas que estaban frente a la aldea.

Yo estaba tranquilo y quitado de la pena escuchando la charla de mayores, hasta que a mi papá se le ocurrió decirle:

-Guichito tiene buena puntería, porque no se va con ustedes y así tienen otro tirador.

La idea no pareció gustarles mucho a los cazadores y a mi menos, ya que no los conocía mucho, pero en eso me di cuenta que entre el grupo iba otro patojo y que no era otro que Quiquillo, el hijo de don Quique León, dueño del restaurante El Shangai.

Al pobre don Tulio no le quedó otra que aceptar la propuesta, no porque le gustara, si no que quizás para no desairar a mi papá.

Nada más dijo que sí, corrí a buscar mi rifle calibre 22, una caja de tiros expansivos, una botella con agua y mi matatío de pita.

Emprendimos el camino bajo el sol de la mañana y caminamos sin parar, por lo que yo empecé a desesperarme por el gran calor, lo que me obligó a tomarme la botella de agua antes de llegar.

Como a las tres horas de camino llegamos a la montaña, la cual tenía una vegetación muy tupida, que provocaba el aumento del calor y la humedad. Aparte, los zancudos hacían su agosto con nosotros, picándonos sin misericordia.

Empezaron a ordenar las posiciones de los cazadores de acuerdo a la puntería de cada uno y por supuesto, a Quiquillo y a mí nos dejaron en los puestos donde de seguro ni conejos iban a pasar, pero por si las moscas nos recomendaron que no fuéramos a hacer ninguna clase de ruido y que, si pasaba un venado, apuntáramos con seguridad y disparáramos.

Yo estaba unos diez metros arriba de la posición del chinito y como pude trate de acomodarme escondido entre unas plantas de banano silvestre.

Pasó el tiempo y no se escuchaba nada, más que el zumbido de los zancudos y el ruido de las chicharras llamando a la lluvia.

Yo me empecé a desesperar, porque ya había pasado como una hora y no se sabía nada, ni de los cazadores, ni de los venados.

Al fin, se escuchó el ladrido de los sabuesos y los gritos de los usheros, que son los que van haciendo ruido para que los venados salgan de donde están escondidos.

De repente, empecé a oír unos ruidos entre las hojas secas, eran como pasos que venían hacía yo estaba, primero despacio y luego con más rapidez.

Chaz…chaz…chaz, era el ruido que escuchaba, por lo que le quité el seguro al rifle y apunté en la dirección de dónde provenía el ruido.

Me quedé esperando, con los músculos tensos, la vista fija en la mira y el dedo en el gatillo. De repente, el ruido cambió de rumbo y se dirigió hacia donde estaba Quiquillo, mis oídos esperaban el disparo, pero pasó el tiempo… y nada.

Salí de mi escondite y me dirigí hacia donde estaba mi compañero, cuando llegué, al mismo tiempo lo hacían un grupo de cazadores que nos empezaron a decir:

-Bueno muchá ¿y por qué no le dispararon al venado?

Quiquillo y yo nos quedamos viendo y fui el primero en responder:

-Yo lo estuve esperando, pero agarró para donde estaba aquel.

El chinito ni lento ni perezoso contestó:

-Yo no le disparé porque era un gato de monte.

Los señores pusieron cara de enojo y uno de ellos nos reclamó:

- ¡Gato de monte será mi sombrero, yo no sé para que los trajimos, solo para que dejaran pasar al venado!

Yo mero sublevado porque no me gustó que me regañara, le dije:

- ¿Y usted porque alega? Si nos dejaron en los puntos donde sabían que no iba a pasar ningún animal y ahora que culpa tenemos nosotros que ese camino escogió lo que fuera que pasó por allí.

Al don no le gustó mucho mi respuesta y a contestarme iba, cuando de repente oímos el retumbo de una escopeta cerca de nosotros. Todos corrimos como desesperados hacía dónde provenía el disparo y cuando llegamos allí estaba un venado de gran

cornamenta el cual había sido abatido por don Tulio Lara.

Fue la primera vez que tuve cerca de un venado, era un animal impresionante y en cierto modo me dio lástima verlo muerto.

A los señores se les pasó la cólera y todo volvió a la normalidad entre risas y bromas.

Como es tradición entre los cazadores, el que mata, reparte; por lo que don Tulio sacó un cuchillo de cacería y empezaron a destazar al animal.

Mi matatío se llenó de carne, la cual envolví con mucho cuidado en unas hojas silvestres, mientras los cazadores contaban historias de otras aventuras.

Como pasaba el tiempo y seguían con sus charadas, yo me desesperé, ya que había mucho calor, zancudos y sin agua para tomar. Por lo que como ya conocía el camino, procedí con mucho respeto a despedirme. Ellos que dijeron que me esperara y que nos íbamos juntos, pero yo estaba decidido y emprendí el camino hacia la aldea.

Cuando llegué y mi viejito me preguntó sobre la experiencia, le contesté:

-Ya no vuelvo a ir papa, solo bravos están contentos esos señores, menos don Tulio, que fue el que regaló la carne.

Todo fue risas mientras degustábamos la carne, muy sabrosa por cierto y que disfrutamos durante algunos días en la casa.

Mucho tiempo después vi que volvieron a pasar los cazadores, pero ya no me volvieron a invitar y quizá yo no hubiera ido a otra aventura de caza mayor, ya que preferí hacerles la vida imposible a los conejos.

Las crecidas del río

Si algo esperaba yo con mucho entusiasmo en la aldea, era la época de invierno.

No sé por qué, pero siempre me ha gustado la lluvia y el sonido que hace en un techo de lámina. En la costa era algo que llegaba a calmar el calor imperante, pero que también tenía sus inconvenientes.

La gente mayor, contaba y recordaba vívidamente lo que llamaban ¨la llena del 49¨, o sea la crecida inusual del río Margaritas en 1949, la cual produjo mucho daño para todos los vecinos.

Contaban de que fue tal el caudal del agua, que el río se desbordo e inundó los terrenos adyacentes y que el agua incluso, llegó a pasar por encima del puente "Obispo Francisco Marroquín, inundando la carretera, es decir, a una altura de más de 10 metros.

Yo no fui testigo de ese tipo de inundación, pero sí de la furia del agua cuando el río crecía por las lluvias.

Me recuerdo que le llamaban ¨la primera llena¨ a cuando el río crecía y cambiaba su color transparente

a un color chocolate intenso, debido a la tierra que arrastraba.

Ese era el momento propicio para tener listos los ¨garlos¨, los cuales eran un embudo fabricado con varillas de un árbol llamado Caulote, el cual era utilizado porque sus ramas tenían la característica de ser rectas.

Pues bien, los garlos se colocaban en las chorreras del río, a las cuales se les hacía una especie de encaminamiento con piedras para que la corriente fuera dirigida a las trampas las que se amarraban con alambre espigado.

Eran unos artilugios muy efectivos y en una ocasión, empezó a llover intensamente y casi al filo de la medianoche, mi papá me despertó para que fuéramos a revisar los 2 garlos que habíamos colocado, pero, yo estaba más para allá que para acá en el sueño, razón por la cual mi viejito le dijo a Ovidio, el hijo de mi tío Min, que lo acompañara.

Al día siguiente, vi que lo que habían ido a traer, eran dos costales llenos de pescado, camarón y cangrejo, producto de la primera llena del río.

Había una poza en el río, llamada del Tamarindo y allí el INDE construyó una especie de estación de monitoreo de las crecidas del río, la cual contaba hasta con una canasta por la cual se trasladaba una persona por encima del nivel del agua a través de un cable que estaba de orilla a orilla del río. Pero a veces llovía tan fuerte y el nivel de las aguas era tal, que alcanzaba el cable, el cual estaba muy por encima del río, imagínense ustedes.

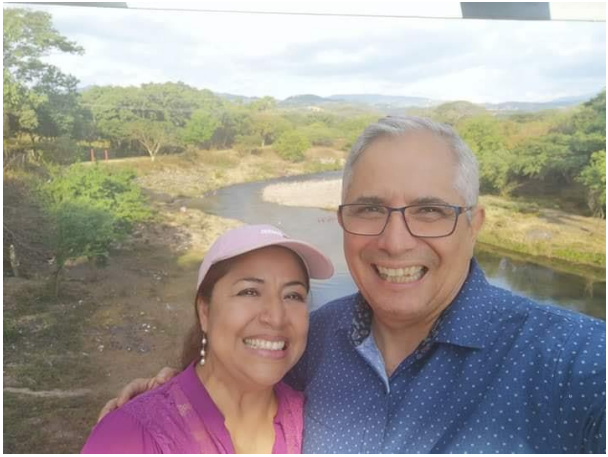
Muchos años después de ya no vivir en Margaritas, me contó la persona que ahora vive en la propiedad que fue de nosotros, que el río se salió con mucha furia en varias ocasiones, tan así que tuvieron que salir con sus pertenencias de la casa, buscando un lugar más seguro. Al regresar encontraron todo inundado e incluso, el pozo de agua soterrado.

Fresco en mi mente, conservo el sonido de las piedras que arrastraba el río en su crecida, así como el color y el olor del agua durante el invierno y el inconveniente

que representaba el no poder ir a bañarse al mientras estuviera sucio, ya que por la tierra y maleza que acarreaba, se corría el riego de que a uno le diera sarpullido.

Gratos recuerdos de épocas maravillosas, los cuales vivirán mientras los siga recordando y compartiendo con ustedes.

Puente sobre el río Margaritas



Con mi esposa y la vista del río Margaritas desde el Puente.

Los Perros

En mi familia siempre hemos sido muy dados a sentir afinidad con los animales domésticos y de esa cuenta, hemos tenido gran variedad de mascotas, entre las que se cuentan aves, gatos y perros.

Hablando de estos últimos, me recuerdo que mis primeras mascotas caninas fueron durante la primera vez que vivimos en la Aldea Margaritas, en la casa ubicada en el terreno de mi tío Samuel y que aún está a la par del puente Obispo Francisco Marroquín.

Eran tres los perritos que teníamos y quizá porque tenía pocos años, apenas vienen a mi mente los nombres de los mismos.

Del único que si hago memoria es de uno que era mezcla de salchicha y que, por ser alargado, mi papá lo llamó adecuadamente "Trailer".

Y es que me recuerdo de su nombre porque tuvo un fin desafortunado, ya que le dio rabia y tuvo que ser sacrificado.

Cuando Regresé a vivir a la capital tuvimos en la casa familiar una perrita raza Collie, a quien, por ser en esos días famosa la serie de televisión "Lassie", la bautizamos con ese nombre.

Lassie murió ya de grande, estaba muy enferma y hubo que sacrificarla y en la casa quedó el sentimiento de tristeza por su partida, ya que todos la queríamos mucho, principalmente la Tina, la Nana de mi mamá, mis tías y tíos.

Cuando ya estaba en los planes regresarnos a vivir otra vez a Margaritas, solo que ahora en un terreno propio, un amigo del colegio me llevó un día a su casa y me dijo que en la vecindad vendían cachorritos de raza Pastor Belga.

Con la curiosidad de patojo fui a ver y cierto, allí estaban, sólo que ya quedaban solo dos chuchitos.

Eran como de dos meses y eran un machito y una hembrita, la cual se me acercó y empezó a moverme la colita. Yo ya emocionado, pregunté cuanto costaban y me dijeron que el machito 20 quetzales y la hembrita 10.

Utilizando mi capacidad de negociación, logré que me rebajaran a 5 quetzales por la hembrita y sin más pensarlo, me saqué el único billetío que cargaba y compré la perrita.

Cuando iba a pie para la casa (porque ni para la camioneta me había quedado), me empecé a preguntar sobre lo que había hecho cómo me iban a recibir por llegar con el animalito. Tal fue mi pena, que hasta pensé en regalarlo en el camino, pero luego me dije que a lo hecho…pecho y caminé más tranquilo.

Me comí como cinco regañadas de todos los de la casa y tuve que aguantar como una semana las caras largas. Pero condicionándome a que yo cuidara a la chuchita y que limpiara sus gracias, aceptaron que la perrita fuera nuestra nueva integrante de la familia.

Mi tía Tonita fue quien la bautizó como Sissy, quizá por una película que hubo acerca de la vida de la Emperatiz austríaca conocida con ese sobrenombre.

Sissy creció y se ganó el corazón de todos, tan así que fue un problema cuando nos regresamos a Margaritas,

querían que se quedara, pero nosotros decidimos llevárnosla.

Cuando salíamos de la ciudad, mi madrecita me sorprendió diciendo que íbamos a pasar a hacer un mandado, el cual resultó ser el ir a traer un par de cachorritos de raza coyote los cuales tenían como dos meses de edad.

Estos eran una parejita, al macho lo Bautizamos como Wihsky y a la hembrita como Pinky, los cuales, se adaptaron muy bien a la vida en el campo.

Crecieron y pasó lo que tenía que pasar tuvieron familia, primero Sissy y después Pinky. Al momento en que el macho alfa de la casa, que era Whisky, así como los otros chuchos de la aldea se enteraban de que nuestras mascotas andaban "buscando novio", era un verdadero dolor de cabeza mantenerlos sosegados.

Las dos perritas tuvieron muchas camadas y como tradición, siempre escogíamos uno para que se quedara en la casa, aprovechando que el terreno era lo suficientemente grande.

De esa cuenta, llegamos a tener hasta 9 perros, cada uno con una personalidad diferente, pero muy fieles y nobles.

Los nombres de todos no los recuerdo, pero sí de uno en especial: "Ringo" y me viene a la mente porque tenía una característica muy particular: cuando uno lo regañaba se reía…sí, se reía y la gente que no lo creía, se quedaba admirada al presenciarlo.

Whisky también tenía su gracia…comía tomates, los cuales se tragaba sin masticar y se los tirábamos directo a la boca infaltablemente por las noches cuando ya íbamos a cerrar la tienda

Estos son buenos recuerdos de buenos amigos y compañeros, que, sin ser humanos, nos brindaron amistad, lealtad y momentos dignos de recordar.

Los Refuerzos

Como ya les conté, teníamos mucha pasión por la práctica del deporte, especialmente por el fútbol.

En Margaritas se hizo un equipo con el cual fuimos a jugar a lugares aledaños y no tan cercanos, durante los cuales pasamos muy buenos momentos.

Yo por mi parte, jugué también en el año que estuve en el Instituto Mario Méndez Montenegro, también como refuerzo en el equipo de la Hacienda La Guardianía y como suplente en el equipo La Pandilla de Chiquimulilla, aunque me hubiera gustado mucho jugar en el recordado equipo Esparta, el cual fue formado y era dirigido por los hermanos Miguelito, Francisco y Jesús Vásquez.

Resulta que una vez, a mi hermano Carlos, a mí y nuestro amigo Maximino "Mino" Rodríguez, nos invitaron para jugar como refuerzos del equipo de la Aldea "Los Ujuxtales".

Imagínense ustedes que honor, que nuestra "fama" hubiera trascendido las aldeas y que se nos solicitase

como refuerzos para otro equipo, era algo para sentirse halagado, sin ninguna duda.

Pues bien, se llegó el domingo del partido y los tres nos preparamos para salir hacia nuestro destino, a unos 10 kilómetros de Margaritas. Me recuerdo bien que fue el tal Mino el que nos dijo que mejor no desayunáramos fuerte, sino que simplemente nos tomáramos un vaso de leche de las vacas del potrero de mi tío Samuel, porque eso no daría mayor fuerza.

Pasamos muy temprano por el sitio de ordeño y los tres nos tomamos dos pocíos de leche fresca y espumosa, como se acostumbra en el campo, o sea, al pie de la vaca.

Emprendimos viaje en la camioneta de Julio "Chucho Cuto" y llegamos sin mayores contratiempos a la Aldea Ujuxtales para luego dirigirnos al campo, el cual quedaba a la orilla de la carretera.

El recibimiento nos dejó asombrados porque nos presentaron como que si hubiésemos sido argentinos que llegaba para darles el campeonato a los del equipo local.

Allí nos enteramos de que era una cuadrangular y que se estaba jugando el primer partido para definir al primer ganador y posteriormente iría el partido de nosotros contra el representativo de Los Cerritos y así, definir al segundo clasificado.

Cuando nos empezamos a cambiar, empecé a sentir un leve dolor de estómago, el cual poco a poco fue en aumento acompañado de un ruidero de tripas y se me despertó una necesidad urgente que me hizo salir corriendo para la milpa más cercana.

Ocupado de mis penas estaba cuando veo que llega mi hermano y luego Mino a hacer lo mismo que yo y es que, mejor hubiéramos desayunado y no tomar solamente leche, porque a los tres nos provocó mal de camioneta.

Lo malo es que la ida a la milpa no fue solamente una vez, sino que muchas y con la debilidad que nos provocó ya ninguno de los tres pudo jugar el partido para el que no habían invitado.

Cuando con mucha vergüenza nos despedimos y emprendimos el camino de regreso, alcancé a oír que

entre los presentes se produjo el siguiente comentario: No jugaron nada y sólo a abonar la milpa vinieron…¡¡ahhh refuerzos más marranadas!!

Los Restaurantes

En la década de los 70's, en Chiquimulilla, de vez en cuando con mis papás podíamos darnos algunos lujitos y uno de ellos era ir a comer a uno de los restaurantes del pueblo.

En cuanto al tipo de comida, no había mucho donde escoger, porque la mayoría eran restaurantes de comida china.

Aunque en ocasiones, uno variaba de negocio, para conversar con los propietarios, ya que, en esa época, todos nos conocíamos y todos éramos amigos.

Mencionaré los que mi mente alcanza a recordar, quizá por ser los más representativos en el tema gastronómico.

Indudablemente uno de los más conocidos fue el don Carlos León, mejor conocido como "Amigo Viejo" por el trato amable y la frase cordial que les decía a todas las personas: "Pasa adelante amigo viejo" "Que deseas comer amigo viejo".

El negocio de don Carlos está todavía en la calle principal del pueblo.

Tuve el gusto de estudiar junto a su hijo Vicente "Chente León" (quien ahora es un eminente médico) en el Instituto Mario Méndez Montenegro y ser amigo de "Pelón León" y Ana María, sus otros hijos. Y claro, por mi trabajo en el deporte, conocer y entablar una buena amistad con su nieto: Marlon Iván "el chino" León, hijo de Ken Po León.

Siempre en la calle principal estaba otro negocio cuyo nombre era "El Sauzalito" cuyo propietario era Fernando y que para no romper la tradición era de comida china.

Y qué decir del famoso "Shangai", de don Quique León, el cual estaba ubicado en la calle de piedra que subía a la cancha de básquet y donde también estaba la planta eléctrica que surtía al pueblo a partir de las 6 de la tarde.

Recuerdo que en la entrada del negocio había unas mesas de futillo, de las cuales yo era asiduo practicante.

Yo estudié con la Neca León y fui muy amigo de Quiquillo y Carlos León, los hijos de don Quique.

Y ahora que me doy cuenta, estudié con la mayoría de los descendientes de los propietarios de restaurante, porque también lo hice y me gradué de maestro en el Colegio Vanguardia Juvenil de la capital con el hijo de Samuelito Lau, llamado igual que él, pero al que todos conocimos como "Tío" Lau. El negocio de ellos quedaba en el tope de la calle entre la municipalidad y la iglesia católica y su propiedad abarcaba casi una manzana de terreno.

Me recuerdo que en la esquina del cine Morales, fue noticia que llegó un señor de la capital y abrió un negocio que fue novedad para todos los patojos de la época, ya que el estilo era como el de las fuentes de soda, con sus taburetes, el mostrador largo, cuadros y posters con modelos al mejor estilo de "Fiebre de Sábado por la Noche", cristalería especial y un menú distinto, que vino a romper con la tan acostumbrada comida china. Me recuerdo que el nombre del negocio era "Restaurante Palacio".

Como ven, había para todos los gustos y apetitos, porque todos los platos, principalmente el chaw-mein venía acompañado de un rimero de pan rodajado, que

si no se llenaba uno con la comida, a fuerza lo hacía con el pan. Y la mayoría de negocios coincidían también en otro aspecto: la infaltable rockola, que, por cinco centavos, complacía los gustos más exigentes en cuanto a música ranchera y en español de esos años.

En la época actual persisten algunos de esos antañones restaurantes, pero la mayoría han sido desplazados por las cadenas de comida rápida.

Maximino

Cuando llegamos a vivir a la aldea Margaritas, poco a poco empezamos a ambientarnos y a conocer a los vecinos de la misma.

Gente muy amable y con un gran corazón y que de hecho, muchos recordaban a mis papás desde la primera vez que habíamos vivido allí.

Entre todos hubo un personaje que se volvió muy especial para nosotros: Maximino Rodríguez, conocido por los vecinos como "tío Mino" y a quien nosotros llamábamos simplemente, Mino. En el tiempo en que lo conocimos, tendría unos sus treinta y tantos años, era flaco, bonachón, le faltaban los dientes delanteros y siempre andaba descalzo.

Vivía con su familia en un terreno bastante amplio el cual atravesaba una quebrada de agua y que estaba lleno de árboles frutales antes de pasar por el puente, muy cerca de la escuela de la localidad.

Según contaban y después pude darme cuenta, fue muy bueno en su juventud para el futbol, jugando

como defensa y resulta que en el equipo que hicimos en la aldea, todavía pude jugar junto a él.

Mino solamente se ponía zapatos, cuando me acompañaba al pueblo para ir a ver una película en los dos cines de Chiquimulilla. Nos íbamos en mi moto cayendo la tarde y regresábamos ya entrada la noche.

Me recuerdo que una vez, en el regreso se nos pinchó la llanta de la motocicleta y no nos quedó más que caminar empujándola casi por diez kilómetros en la carretera oscura a esas horas; ni que decirles que mis papás ya estaban con la gran pena porque yo ya llegué tarde todo sudado y cansado después de que Mino se quedó en su casa.

Nuestro amigo, llegaba todas las tardes a mi casa para platicar con los demás vecinos que tenían como punto de reunión la tienda que mi mamá había instalado en la aldea. En otras ocasiones aprovechábamos para jugar una chamusca en el terreno de la vecindad.

Mino siempre fue mi acompañante en las cacerías de conejos y para ir a pescar, e invariablemente, todas las noches era nuestro invitado en la cena familiar.

Le llegamos a tener mucha confianza y cuando por alguna razón debíamos viajar a la capital, Mino era la persona que se quedaba a cargo de la tienda y de la casa hasta que regresáramos. Incluso cuando murió mi madrecita, Mino fue contratado para hacerse cargo de atender la tienda, ya que mi papá trabajaba en la municipalidad y yo estaba estudiando en la capital.

Mino era la persona a la que todos consultaban, quizá por la experiencia que le daba su edad, ya que era mayor que la mayoría de los que vivíamos allí, o quizás porque contaba con mucho de la sabiduría popular, aquella que los años y las vivencias han ido formando.

Mucho tiempo después de haber emigrado en definitiva a la capital, viajé esporádicamente a Margaritas, cuando la nostalgia se apoderaba de mí y quería estar en el lugar que me recuerda esa época maravillosa de mi juventud. En esas ocasiones, siempre busqué a Mino para saludarlo y ya cuando me casé para presentarle a mi esposa Mariíta.

Conversamos sobre las vivencias que compartimos y los recuerdos de tiempos mejores, llenos de inocencia y amistad.

Todo ha cambiado, hace mucho que no visito la aldea, pero me gustaría pensar que Mino aún vive en ella, compartiendo su noble corazón, su sonrisa sincera y su sabiduría con todos los que allí residen.

Hace poco viajé a la aldea y lo primero que hice fue preguntar por mi amigo, y me dio mucha alegría encontrarlo en su hamaca, nos saludamos y recordamos todos los momentos que compartimos.

El autor junto a Maximino "Mino" Rodríguez en 2019

Un extraño caso

En los tiempos de esta historia, el área rural donde vivíamos no contaba con energía eléctrica y las rutas de acceso a las poblaciones eran simples caminos de terracería sin alumbrado público en los cuales, de noche reinaba una oscuridad impresionante.

La aldea Nancinta era uno de estos lugares, en la cual, por cierto, mi papá contaba que había nacido y está ubicada a poca distancia antes de llegar a la aldea Margaritas.

Resulta que en una ocasión empezaron a circular las noticias de que, por las noches, en el camino que conducía de la carretera a Nancinta, que es como de 500 metros aproximadamente, estaban sucediendo cosas extrañas.

Contaban que ya eran varias las personas a las que se les había aparecido una marrana color oscuro, con un tamaño fuera de lo normal para estos animales.

Decían que los ojos le brillaban como que si fueran carbones encendidos y que a las personas que

transitaban en la noche por ese camino, los había corrido y a más de alguno logró morderlo.

Una gran preocupación se apoderó de nosotros, los vecinos de Margaritas, porque en Nancinta quedaba la única farmacia cercana, la de don Favio, que por cierto fue una excelente persona y quien también ejerció la función de médico de quienes vivíamos por esos lugares. No está de más decirles que era muy atinado, no solo en sus diagnósticos sino para recetar, llegando incluso a inyectar y colocar sueros intravenosos, sino que lo diga mi hermano Carlos, a quien le dio hepatitis y se fue a pasar la enfermedad con nosotros y justamente don Favio legaba día a día a colocarle el respectivo suero.

La preocupación se transformó en duda y curiosidad y todas las personas que en el día iban a Nancinta, eran sometidas a un interrogatorio para que ampliara y actualizara la información acerca de lo que estaba pasando.

Lo que contaban es que los que vivían allí decían que efectivamente, era cierto lo que sucedía y hasta mencionaban nombres de residentes locales o hasta

viajeros que iban a San Juan Tecuaco a los que les había agarrado la tarde en su trayecto y por ello habían sufrido los ataques de la marrana misteriosa.

Pasó el tiempo y cuando se estaba olvidando el asunto, llegaba una nueva historia acerca de que había sucedido otro ataque, con lo cual, los nervios se volvían a alterar y la preocupación se apoderaba nuevamente de todos los que vivíamos en Margaritas.

Las versiones cambiaban de cuando en cuando, unos decían que no era una marrana, sino varias las que estaban saliendo y asustando a la gente.

Pues resulta que una vez, llegaron noticias de otro ataque de la marrana misteriosa, solamente que en esta ocasión la cosa había cambiado radicalmente.

Según contaban, un vecino de Tecuaco había ido a Chiquimulilla a hacer unos mandados, se encontró con unos amigos y decidieron celebrar el encuentro tomándose unos cuantos capirulazos, pero parece ser que se entretuvieron más de la cuenta y el tecuaqueño se subió en la última camioneta y se bajó en la entrada a Nancinta en la orilla de la carretera.

¡¡Encendiendo un su cigarrito "¡¡Payasos", empezó a caminar todavía un poco luciado por la celebración y cuando iba a mitad del camino…zas!!...que se le aparece un bulto negro cruzándose el cerco del cementerio. A saber, si porque iba entonado o si en realidad el hombre no le temía a nada, no emprendió la huida, si no que esperó como tratando de identificar de que se trataba el asunto.

El bulto negro empezó a caminar hacia él y entonces pudo ver los ojos encendidos como hierro al rojo vivo, la boca llena de espuma y pudo escuchar el sonido de los cascos resonando fuertemente en el empedrado del camino.

El hombre se detuvo en seco, como sopesando lo que podría suceder, al tiempo que el animal hacía lo mismo, como extrañado de que no hubiera salido corriendo. Después de unos segundos, el vecino tomó la iniciativa y agarrando el machete que llevaba colgado de la cintura, exclamó:

¡Ahora si engendro marranada, no sabés con quien te topaste, te que voy a quitar de una vez por todas las ganas de andar jodiendo a la gente!

Y diciendo y haciendo: le tiró dos filazos que pegaron en el lomo y en la cabeza del animal, el cual, al sentirlos pronunció fuertes chillidos de dolor. La sangre empezó a salir de las heridas, mientras que el vecino aprovechaba para pegarle un par de patadas y asestarle entre maltratada y maltratada, otros dos machetazos.

La marrana misteriosa no aguantó más y con las fuerzas que le quedaban, salió corriendo hacia donde había salido o sea el cementerio de la localidad, mientras el causante de sus heridas la gritaba:

- ¡Hasta que te encontraste a tu tata… cocha babosa!

Nuestro amigo siguió su camino y al poco tiempo llegó a Nancinta, pero de repente sintió que las piernas le flaqueaban y que un sudor helado se apoderaba de todo su cuerpo, porque le fue a somatar la puerta a la nía Minga, en la cantina del pueblo para que le vendiera urgentemente un "cuto" para que se le pasara el flato. Una vez con el octavo entre pecho y espalda y ya repuesto del susto, contó lo que había pasado y el desenlace del encuentro con el espanto.

La noticia corrió como un reguero de pólvora por todo el sector…por fin: ¡alguien le había hecho frente al misterioso animal y había conseguido herirlo!

Pasó la novedad y ya no se supo de más ataques de la marrana en la entrada a Nancinta, la calma volvió para los trasnochadores, pero la duda sobre qué era lo que acosaba a los pobladores quedaba en el aire.

Hasta que llegaron noticias de que después de larga agonía, había muerto una persona en la aldea que tenía fama de practicar la hechicería, la causa del deceso: heridas de machete en la espalda y en la cabeza.

Verdad o mentira, a saber, ya que nunca se supo el nombre del brujo y mucho menos del valiente que le hizo frente; yo les cuento lo que acaeció en esos dorados tiempos en esa tierra hermosa y bendita por Dios y de lo cual fui oyente de todas las versiones, que algunos juraban que eran ciertas y que causaron novedad y temor entre los vecinos de nuestra aldea.

Qué diferencia entre esos tiempos y los de ahora, cuando el miedo de antes era provocado quizá por

una leyenda inocente y que el actual es real y producto de la violencia cotidiana que tiene de rodillas a nuestro país.

Virigua

En la Chiquimulilla antañona, cuando se hablaba de querer construir, ya fuera una pared, una modesta vivienda o una buena casa; siempre se pensaba en llamar a la misma persona: a Virigua.

Su nombre fue sinónimo de un constructor responsable y que solucionaba cualquier situación en el ámbito de la construcción.

Así como trabajaba para asuntos municipales, también lo hacía para particulares y por ello, mi papá le encargó la construcción de la casa de Margaritas.

Cuando nos trasladamos para allá con mi madrecita, la casa ya estaba terminada en una primera etapa, pero Virigua siguió trabajando en la ampliación correspondiente.

A mi gustaba verlo trabajar, empezaba desde muy temprano y terminaba cuando el sol empezaba a ponerse en el horizonte.

Me recuerdo muy bien que hizo una especie de banquetas en la parte de atrás de la casa y estando aún

fresco el cemento, agarró un clavo y estampó su firma: Virigua

Yo le pregunté por qué lo había hecho y me contestó que era su sello, que cada obra que construía, la firmaba para que todos supieran que él la había hecho. Me imagino que en la casa todavía se puede ver su firma, si uno sabe dónde buscarla.

Un día le pregunté a mi papá que por qué le decían Virigua, ya que no era un apodo muy común.

Mi viejo me relató que una vez estaba jugando un partido de fútbol en Chiquimulilla y de repente hubo una discusión por un asunto del partido. La cosa es que no se ponían de acuerdo y de repente, nuestro personaje se aburrió y dijo lo siguiente: "Bueno muchá, yo ya me aburrí y si no vamos a seguir jugando, yo mejor me voy, porqué ustedes solo están virigua y virigua"

La mejor traducción para lo dicho podría ser: "Ustedes solo están averigua que averigua"

Desde esa ocasión ya no se le conoció por su nombre, sino que solamente por su apodo, el cual se volvió

popular en todo el pueblo y quizá, si usted quería algún trabajo de construcción o albañilería y preguntaba en esos tiempos por César Gudiel, nadie le hubiera dado razón, pero si preguntaba por Virigua, cualquiera le hubiera indicado donde vivía.

El toro "Panchito"

En una ocasión, un mediodía caluroso de verano, nos encontrábamos descansando con Maximino Rodríguez en unas hamacas del corredor de la casa, cuando llegó un patojo, que era hijo de uno de los vecinos de la aldea, el cual era un reconocido ganadero de la región.

Después de saludarnos, el muchacho le dijo a Maximino el mensaje que llevaba:

-Tío Mino, manda a decir mi papá que uno de los toros se quebró una pata y ya no tiene remedio, que si no hace favor de irlo a matar y que él va a llegar después para destazarlo y le va a regalar carne.

Mino le dijo que estaba bueno y dijo que, con mucho gusto, que él se iba a encargar del asunto, a lo que el mandadero respondió:

-Yo le digo a mi papá entonces.

El patojo se fue y Mino alistó el machete que cargaba y me dijo:

-Vamos Guichito y traemos carne para asar.

Yo acepté, quizá por embelequero de que nunca había visto como mataban a un toro y aparte, porque iban a regalar carne.

Mino agregó:

-Solo présteme un lazo, para poder maniar al toro

Luego de conseguir el lazo, yo agarré un matatío para poder traer la carne que me iban a regalar por ser el ayudante de Mino y emprendimos el camino hacia los potreros donde estaba el toro.

Luego de caminar por un buen rato, no encontrábamos al mentado animal, hasta que vimos en un gran potrero a un toro echado y con la cabeza abajo, era un gran cebú, con su enorme joroba y unos cachos bien puntiagudos.

-Ese es el toro-me dijo Mino

-Pobrecito, debe tener mucho dolor- le contesté

Nos atravesamos el cerco y poco a poco nos empezamos a acercar al impresionante animal que solamente nos miraba con extrañeza.

-Deténgame el machete Guichito-me dijo Mino- lo voy a lazar para poderlo maniar y así es más fácil cortarle el cuello.

Yo pensé para mis adentros que, si no hubiera sido más fácil llevar el rifle y terminar el sufrimiento rápidamente, pero bueno, así es como se hacían las cosas y yo debía ser observador nada más.

Mino preparó el lazo y se lo lanzó a la cabeza, pero no lo logró enganchar, pero con la punta le pegó en la cara al toro.

De repente, el enorme animal se nos quedó viendo con otros ojos que ya no eran de sueño y levantó la cabeza como diciendo: ¿y ustedes qué onda?

De un solo impulso se puso de pie y bajó la cabeza, somatando una pata contra el suelo y respirando agitadamente lo cual era muy, pero muy mala señal. Por lo que Mino me dijo: ¡Por la gran diabla…corra…corra… Guichito!

No tuvo necesidad de repetírmelo, los dos salimos como que éramos conejos al ver que el toro se nos venía encima. Corrimos unos metros y luego vimos

un palo de jocote que estaba en medio del potrero, al cual nos subimos con la agilidad de una iguana.

El toro llegó hasta donde estábamos y con la cabeza y los cuernos golpeaba insistentemente el árbol, como tratando de botarlo o de que nosotros nos cayéramos del mismo.

-Ve que jodido este animal-me dijo Mino- a pesar de tener la pata quebrada se nos vino encima.

-Si hombre-le contesté- que susto el que nos pegó este toro baboso.

Como las ramas del palo de jocote no eran tan altas, las piernas nos colgaban y había que estarlas recogiendo a cada rato, porque como que al animal bandido le molestaba nuestra posición y trataba de cornearnos los pies.

El tiempo fue pasando y no hallábamos que hacer, porque al menor movimiento, el animal embestía el árbol y nos hacía tambalear, a pesar de que le tirábamos unas ramas del palo, ya que ni temporada de jocotes era.

Ya como a las tres horas de estar subidos en el jocotal, con el toro acechándonos con espuma en la boca, no empezamos a desesperar por el calor y la sed, no encontrándole solución al asunto.

En esas penas estábamos, cuando del otro lado del potrero escuchamos las voces del dueño de los terrenos y de otros vecinos que iban con la idea de encontrar al toro muerto y poder repartir la carne. Al verlos, sentimos un gran alivio y Mino les gritó:

-¡¡Oyyyy don Betoooo!!

Se detuvieron, como tratando de identificar de dónde venía el grito, hasta que nos vieron arriba del árbol y el toro debajo de nosotros.

-¡¡Qué están haciendo allí tío Mino!!-le gritó don Beto-, a lo que Mino respondió:

-¡¡Quiten este toro jodido de aquí…que nos tiene acorralados!!

A pesar de que había mucha distancia entre nosotros, alcanzamos a escuchar las risas del grupo, después de un momento, alcanzamos a oír que don Beto empezó a decir:

¡¡Panchito…Panchito…vení Panchito!!

El toro movió las orejas, como identificando de dónde venía la voz que lo llamaba y nos volteó a ver como diciéndonos: "Espérenme…no se muevan de allí…que ahorita regreso" y poco a poco se encaminó hacia donde lo llamaba don Beto.

Fue alejándose del árbol y nosotros tirándonos del mismo para salir despetacados hacia el lado contrario y atravesar el cerco para ponernos a salvo.

Debo decir, que a mí me costó un poco agarrar la carre0ra debido a que ya estaba acalambrando de tanto estar subido en el palo de jocote.

Rodeamos el potrero y llegamos a donde estaba el grupo con don Beto, quien con una sonrisa nos preguntó:

- ¿Y ustedes que estaba pensando cuando se metieron al potrero?

A lo que Mino le contestó:

-Pues matar el toro con la pata quebrada como nos mandó a decir, solo que este animal a pesar del dolor

que debe sentir, nos atacó y tuvimos que subirnos al jocotal, del cual no nos dejaba bajar. Si ustedes no vienen, allí hubiéramos pasado la noche.

Don Beto se nos quedó viendo fijamente y con una gran carcajada, contestó:

- ¡No hombre…si el toro con la pata quebrada está en el otro potrero…ustedes se metieron dónde está Panchito que es un animal muy bravo y por eso lo tenemos aislado!

Todos rieron estruendosamente de lo que nos había pasado, incluido el muchacho que había llegado a la casa a dar el mandado, por lo que yo no me aguanté, porque estaba enojado de que el toro nos había tenido de rehenes y encima se burlaban de nosotros.

- ¡Y vos por qué no nos dijiste en qué potrero estaba el toro…patojo atarantado! -le dije-

A lo que muy tranquilamente, el muchacho me respondió:

¡Porque ustedes no me preguntaron!

Otra tanda de risas para nosotros, hasta que don Beto dijo:

-Bueno, ahora si vamos a donde está el toro, para hacer lo que tenemos que hacer.

Mino y yo nos miramos y coincidimos en decirles que mejor nos regresábamos y que ya no participábamos porque estábamos cansados y con sed debido a estar tanto tiempo bajo el sol.

Cuando tomamos el camino de regreso. A lo lejos todavía alcanzamos a oír las risas en honor nuestro.

Y así, tuvimos que aguantarnos pacientemente las bromas a nuestras costillas durante algún tiempo, debido a que el toro Panchito un día, quiso mandarnos "al otro potrero¨.

Don Rubén Bran

Por Aquellos tiempos, en el pueblo había solamente dos doctores: el Doctor Pérez y el Doctor Buitrón (quien si no me equivoco era de origen mexicano).

Entre los dos cargaban con la difícil situación de mantener la salud de todos los vecinos y de quienes llegábamos desde las aldeas cercanas y de otras no tanto.

Era una tarea complicada tomando en cuenta que la medicina no estaba tan evolucionada y que el hospital más cercano era el de Escuintla o el de Cuilapa.

Pero existió en el pueblo, el Dispensario del instituto Guatemalteco de Seguridad Social (IGSS), el cual estaba ubicado en la esquina opuesta a la parte norte de la Municipalidad en la calle que hace tope con el restaurante Shangai.

Dicho Centro era atendido por una persona muy conocedora y capaz, poseedora de un carisma y de una enorme vocación de servicio para sus semejantes.

Rubén Bran fue su nombre y por muchos años fungió como encargado de sanar con sus conocimientos a miles de habitantes de la región.

Personalmente me atendió en varias ocasiones y vienen a mi mente su cara redondeada, sus lentes, su pelo colocho peinado hacia atrás y su tradicional bigote, pero, sobre todo, su sonrisa franca y sincera.

Estando muy pequeño, para un mes de diciembre en la década de 1960, en la aldea Margaritas acudí con mi madrecita a una posada a la cual nos invitaron unos vecinos.

Yo tenía unos 6 años y cuando empezaron a rezar, yo me quedé afuera y me puse a jugar con los demás niños.

Después de muchas cosas, se nos ocurrió jugar tenta y a mí me tocó llevarla de primero, por lo que empecé a correr a todos los patojitos como loco para tratar de librarme de la carga.

Como era una casa que no conocía, corrí rápidamente detrás de una niña que si conocía el vecindario. Ya estaba cerca de tocarla, pero, como ya había

anochecido, solo alcance a ver que mi casi víctima se desvanecía.

Lo que había pasado es que estaba un cerco de alambre espigado y la niña se agachó para pasarlo y yo no lo vi y… ¡Pum! que me pego con el cerco quedando trabado de la garganta en el alambre espigado.

Con mi griterío, los patojitos fueron a avisarle a los mayores, quienes de inmediato suspendieron el rezo y fueron a ver qué pasaba.

Cuando mi madrecita se dio cuenta de que era yo la víctima se puso muy nerviosa y pidió que me ayudaran, lo cual hicieron con mucho cuidado para destrabarme del alambre.

La herida era muy grande en la garganta y sangraba abundantemente, por lo que de inmediato mandaron a una persona a avisarle a mi papá.

Cuando llegó, la decisión fue la de trasladarme al pueblo para que me trataran. Pero la pregunta era: ¿Cómo? Si nadie en la aldea poseía un vehículo en

esos tiempos y eran 12 kilómetros hasta Chiquimulilla.

A mis pobres padres nos les quedó más que salir a la carretera y esperar que pasara un carro que nos pudiera llevar. Afortunadamente un trailero de buen corazón paró y nos llevó hasta "El Campamento" o sea, la entrada principal.

De allí para el centro del pueblo son otros 4 kilómetros, los cuales mis viejitos tuvieron que recorrer a pie, llevándome en brazos.

Cuando al fin llegamos yo ya había perdido mucha sangre, por lo que era urgente mi tratamiento.

Mi papá fue rápidamente a buscar a don Rubén, quien, sin importar la hora, presurosamente llegó a abrir el Dispensario para poder atenderme.

Indicó que había que coserme la herida de inmediato, pero que tenía el inconveniente de no contar con anestesia y que lo debería hacer de todos modos.

Mis viejitos me hablaron cariñosamente durante el proceso, pero me recuerdo que don Rubén me entrego un carrito de plástico (de seguro de alguno de

sus hijos) para que jugara con él y me distrajera mientras me cosía.

Gracias a Dios, a mis viejitos y la pericia y habilidad con que me suturó, la cosa no pasó más allá de un susto y algún tiempo de recuperación.

Durante muchos años conservé el carrito que, al terminar su labor, me regaló; pero más tiempo tardó la cicatriz que aún me recuerda la nobleza, vocación y gran corazón de: Don Rubén Bran.

Las Ferias

Si algo me atrajo mucho siempre, fueron las ferias y cuando viví en la capital, no hallaba las horas que se instalara el champerío en El Cerrito del Carmen y en Jocotenango.

Y es que, eran aquellos tiempos en que cada diversión tenía su temporada y uno tenía que manejar su agenda de acuerdo al mes del año que se estaba viviendo.

Por ejemplo, había temporada de capirucho, de yoyo, de trompo, de poner a pelear a los zompopos de mayo, de jugar carteritas y así, un sinfín de sanas distracciones para nosotros, patojos chispudos y creativos a la hora de jugar.

Cuando me fui a vivir Chiquimulilla, me di cuenta que mi gusto por las ferias sería recompensado, ya que en el pueblo había dos en el año. Una era en mayo y la otra en diciembre; no lo podía creer, dos ferias en lugar de una sola.

En el desarrollo de los programas feriales había de todo: elección de reina, juegos de basket y de fútbol y

por supuesto, los respectivos bailes amenizados por la Marimba Alma Tropical.

Muchas de las actividades no eran para mí, ya que lo mío era andar encasquetado en las champas de la feria, jugando lotería, chingolingo, que era un juego donde a través de un embudo se soltaba un cinco y caía en una tabla redonda llena de agujeros pintados de rojo o blanco. Si el cinco se paraba en un hoyo rojo, uno ganaba lo que había apostado y si era en el blanco, perdía.

También estaban la mesa llena de argollas de metal alineadas una a la par de la otra donde se tiraba un centavo y si caía adentro de la argolla, le daban otro len al ganador.

Qué decir de la ruleta, donde una escultura de un chucho, generalmente con un cigarro en la boca indicaba el premio que uno se llevaba si había apostado al número de esa casilla. Y es que en este último juego tenían buenos premios, como relojes, joyas y billetes de 5 y 10 quetzales.

Yo, nunca me ganaba nada, pero ágilmente pensé: "Si compro todos los números…me tengo que sacar algo" y dicho y hecho, compre todos por la estratosférica suma de dos quetzales de ese tiempo, algo así como cincuenta de estos días…y que casualidad, el cigarro del chuchito señaló justamente en la casilla donde había un jabón de baño, que lo más que valía era diez len.

Tiempos después me enteré de que todo era un truco y que lo pícaros de la ruleta la frenaban con un pedal hecho a la medida y que no se miraba o por lo menos, uno, de baboso, no percibía cuando lo accionaban.

Pero, de toda la feria, la atracción principal para mí era el tiro al blanco, ya que me las llevaba de tener pulso con los rifles y si no, que lo cuenten los pobres conejos de Margaritas.

Los negocios de tiro al blanco de eso tiempos se componían de una galera de madera y lámina con una gran estantería que tenía varias tablas horizontales, en donde había muñequitos, cigarros y bombillas de colores, las cuales era necesario romper o derribar y ver si tenía premio.

Un día, llegué a hacer mis tiros correspondientes, los cuales valían cinco centavos cada uno; cuando en eso, me doy cuenta que en la parte baja de la cortina, colgando de una pita había una pelota nueva de futbol. Rápidamente le pregunte al muchacho que atendía, que había que hacer para ganársela, a lo cual me dijo que era muy fácil, solo tenía que romper la pita con el disparo del balín y si la pelota caía, era mía.

Le pedí cincuenta len de balines y me preparé para hacer mis mejores disparos, al primero nada, al segundo tampoco, al tercero se movió la pita dándome esperanzas; afiné puntería e hice el cuarto disparo…aquí fue donde casi se cae la galera donde estaba el negocio de la gran conmoción causada por el disparo. Extrañado, junto a los infaltables mirones que me acompañaban, acerca de lo sucedido, nos preguntábamos que había pasado; cuando de repente, detrás de la cortina salió un señor gordo sin camisa, con cara de pocos amigos y con un hoyito en la panza de donde le salía un chorrito de sangre.

Era el dueño del negocio, y como yo todavía tenía el rifle en la mano, sus ojos vidriosos todavía por la

goma que de seguro estaba sufriendo, me miraron fijamente, lanzándome cuchillos, culebras y sapos.

"Patojo atarantado"-me dijo- "porque no te fijás bien a donde disparás, mirá donde me pegaste el balinazo"-enfatizó, agarrándose la lonja.

Me quedé callado un momento, pero como yo no me iba a arriesgar a quedar mal delante de la paisanada presente y, además, siempre he sido algo bueno para las respuestas inmediatas, le contesté:

"La culpa es suya, viejo shuco, para que anda durmiendo la soca detrás de la cortina, y aparte esta su marranada tiene la mira torcida y así es más fácil darle a su panza que al hilo que sostiene la pelota"

Santo remedio, el señor se quedó con la boca abierta, por no esperar que un patojo le contestara de esa manera y mejor se regresó otra vez atrás de la cortina a curarse la herida y quizás a tomarse un su cuto para el susto, y yo…mejor me fui a jugar lotería para seguir disfrutando una de las dos ferias de Santa Cruz Chiquimulilla.

La primera Radio del Pueblo

En otro capítulo, les mencioné que, por aquellos tiempos, es decir en la década de los 70's, la señal de las radios nacionales no llegaba a Chiquimulilla y mucho menos a la aldea Margaritas.

Si uno tenía un receptor, a lo más que podía aspirar era a escuchar una señal intermitente y lo demás era pura estática, a excepción de Radio Palmeras de Escuintla, la cual si se escuchaba con cierta nitidez.

Debo reconocer que había solamente una radio que si se podía escuchar sin tanto ruido y era donde la paisanada oía las rancheras y también las noticias de ese tiempo.

Era Radio Mundial, dirigida por su fundador y propietario, el recordado don Fredy Azurdia (padre).

Pero fue en 1975 cuando la novedad entre todos los vecinos de la apacible y tranquila Chiquimulilla era la noticia que en el pueblo iban a inaugurar una radio.

¡¡No lo podíamos creer…una radio en el pueblo!!

La noticia corrió como un cotete cuando se atraviesa el río y los comentarios giraban en torno a cuál iba ser la programación, que música iba a incluir y quienes iban a ser los locutores.

Me recuerdo que la gasolinera del coronel Piloña y de su esposa doña Martita, de grata recordación los dos, colocaron un altoparlante y cuando se echaba combustible en El Campamento, podía escuchar la música instrumental con que empezaron las pruebas de la radio.

La cosa es que nos llenaron de más curiosidad, porque no decían el nombre de la radio ni había locución…solamente música y esa espera se prolongó por un mes, aproximadamente.

Al fin, se reveló que la emisora se llamaría Radio Rosa y que estaría ubicada en uno de los locales de la parte baja de la Municipalidad Nueva, específicamente en el último frente al costado de la Iglesia.

Y llegó el esperado momento: la inauguración.

Yo no estuve allí, pero mi papá me contó que fue un acto muy bonito y que habían estado presentes muchos vecinos del pueblo.

El primer dueño de la radio fue don Fernando Tres, quien también era el propietario de Radio Palmeras en Escuintla, la radio todavía existe y actualmente forma parte de una reconocida cadena radial.

Poco a poco se fue conociendo la programación de la estación y en un principio, los locutores llegaron de otros departamentos, tal es el caso de Horacio de la Torre, quien era un reconocido profesional del micrófono en Escuintla, pero llegó a quedarse en Chiquimulilla.

Me hice muy amigo de él y me permitió de vez en cuando, dar mis primeros pasos en el mundo radial, eso sí, solamente colocando los discos de acetato en la tornamesa.

A pesar de todo, yo no muy me creía lo de su nombre y una vez, de shute, le pregunté cómo se llamaba de verdad, se me quedó viendo fijamente y reconoció

que no era su verdadera identidad, pero no que quiso decir cuál era su nombre de pila.

Un tiempo después, empezaron a escucharse voces conocidas y es que habían contratado como locutores a vecinos del pueblo, entre ellos a Panchito Grajeda.

Me recuerdo que fieles al estilo de aquellos años, no se identificaban por su propio nombre, sino que, por medio de otro más rimbombante, como, por ejemplo: Guy Madison (que fue un actor norteamericano de los 50's) y Rodrigo de la Fuente.

Era común escuchar entre los vecinos del pueblo diálogos como este:

¿Quién será ese tal Guy Madison vos?

¡Y no es el fulanito de tal pue!

¿El esss?

¡Si pueee!

A mí no me había picado todavía el mosquito de hablar en un micrófono, si no, les aseguro que allí hubiera ido a pedir la oportunidad y quien sabe con

qué nombre de batalla me tendría que haber bautizado.

Entre las anécdotas de Radio Rosa, está la que nos sucedió una vez que estábamos un grupo de amigos conversando, sentados cómodamente en la banqueta de la Municipalidad, a unos metros de la emisora.

Eran los tiempos del gobierno del general Kjell Eugenio Laugerud y el conflicto con Inglaterra había llegado a un momento crítico por el tema del diferendo territorial con Belice.

De repente, vimos que los de la radio, sacaron un micrófono con un gran cable y empezaron a hacer preguntas los que pasaban por la calle, algunos de los chirices que estaban con nosotros se pusieron nerviosos y se alejaron un poco como previendo que iban a llegar a entrevistarnos. Y justamente así fue, la pregunta que realizaban era: ¿Qué opina usted que Guatemala le haya declarado la guerra a Inglaterra?

Como patojos pueblerinos, fuimos emitiendo uno a uno nuestra opinión basada en lo poco que sabíamos y entendíamos del tema.

Hasta que le llegó el turno a uno que estaba allí con nosotros y era de los más jóvenes del grupo, no voy a decir su nombre, pero para más señas es de ascendencia china, su apodo es el de los que no tienen pelo y su papá era dueño de un almacén y un comedor…

Entonces, el entrevistador hizo la pregunta muy ceremoniosamente:

¿Qué opina usted de que Guatemala le haya declarado la guerra a Inglaterra?

Y vino la respuesta por la cual sería recordado durante mucho tiempo nuestro amigo:

¡Yo creo que está bueno, porque esos INGLATERROS son bien mala gente!

Las risas y burlas no se hicieron esperar y el pobre entrevistador mejor mandó a corte en la radio porque no se aguantó la risa.

Y así, hubo muchas historias y anécdotas de la primera radio en Chiquimulilla, Radio Rosa, la cual llegó a llenar un vacío y una necesidad entre todos lo

que vivimos en el pueblo y sus alrededores en esos años.

Cuando llegaron a filmar una película a Chiquimulilla

A manera de introducción, les cuento que en Guatemala se han filmado una gran cantidad de películas, ya sea por compañías internacionales, una alianza entre éstas y nuestro país, o por aquellos visionarios y pioneros chapines que se animaron a incursionar y arriesgarse en el mundo del séptimo arte.

De esa cuenta, según refieren los expertos en la materia, nuestro país empezó a darse a conocer con la filmación en 1935 de "Las Nuevas Aventuras de Tarzán", la cual incluía escenarios de Puerto Barrios, Chichicastenango, Río Dulce, Antigua Guatemala, Quiriguá y la ciudad capital.

Luego, en 1949 vino "Cuatro Vidas", la cual fue una coproducción méxico-guatemalteca.

El que se considera el primer largometraje guatemalteco, fue la película "El Sombrerón", la cual fue dirigida por Guillermo Andreu Corzo y fue presentada como la primera propuesta cinematográfica hecha completamente en Guatemala, ya que la dirección, producción, reparto y el equipo técnico estaba conformado únicamente por guatemaltecos.

La película es una historia de campo y se realizó en lo que entonces se conocía como Finca La Pradera, que en la actualidad es el Centro Comercial La Pradera de la zona 10 de la ciudad de Guatemala y como dato curioso, en la misma participa el recordado Francisco "Paco" Pérez, autor de las melodías "Luna de Xelajú" y "Chichicastenango".

El "Charro de México" Antonio Aguilar participó también en muchas películas realizadas en el país, cuyos escenarios fueron en parte, la costa sur de Guatemala, incluso hubo una que filmaron en Palín en 1962 que se llamó "La Gitana y el Charro", en la cual también trabajó la cantante española Lola Flores. Más adelante, incluso, el cineasta George Lucas utilizó tomas de Tikal para la primera entrega de "Star Wars" en 1977.

Pues bien, en lo que respecta a nuestro pueblo, allá por 1972 estábamos recibiendo clases en el instituto Mario Méndez Montenegro, cuando llegó nuestro recordado director, don Marco Tulio Lara acompañado de un muchacho alto, canche, colocho, de ojos claros y muy simpático.

A todos nos causó extrañeza la visita, porque no era frecuente que sucediera que alguien extraño llegara a la clase.

Don Tulio nos lo presentó diciendo que tenía un mensaje para nosotros, por lo que atentos y curiosos dirigimos nuestra mirada y oídos al visitante.
Dijo que se llamaba Leonardo Morán, que era un actor y se encontraba en Chiquimulilla porque iban a filmar una película que se llamaría "La Muerte También Cabalga", siendo él parte de la avanzada cuyo objetivo era determinar los escenarios del pueblo y alrededores que se iban a utilizar en el rodaje.
Todos nos quedamos asombrados y con la boca abierta: ¡¡Una película se iba a filmar en Chiquimulilla!! Era algo extraordinario, digno de admiración y de los más variados comentarios.
Luego, el visitante dijo que no nos extrañáramos de ver cámaras, actores y al equipo de producción en los próximos días, porque era señal de que la filmación había empezado.
Se despidió y nosotros de "shutes" salimos detrás de él, viendo que iba pasando clase por clase, hasta que el profe Lone, que era el maestro que estaba a cargo en ese momento, nos llamó al orden y la cátedra continuó.
En el recreo y la salida no hablamos de otra cosa, más que de la mentada película, tratando de averiguar qué artistas serían los que iban a venir y así poder conocerlos.

Pasó el tiempo y como ya no se supo nada, el asunto de la película se fue olvidando; hasta que un día, llegó la noticia de que la filmación de la misma había comenzado en la aldea Los Cerritos, todo fue emoción y me recuerdo que le encargamos a un compañero de allá, Anselmo Grajeda (Q.E.P.D) al que por apodo le decíamos "Bombilla" que averiguara y nos llevara noticias acerca de cómo era que hacían las tomas y quienes estaban de actores.

Al día siguiente le caímos muy temprano a "Bombilla" para ver que noticias traía, pero nos desencantó un poco, porque nos contó que no dejaban acercarse mucho a la gente y mucho menos a los patojos. ¿Y los actores? fue la pregunta que le hicimos a continuación, a lo cual nos contestó que no eran muy conocidos, pero eso sí, dos de las muchachas que salían en la película estaban muy guapas.

Al final, nos dejó con más dudas que antes y así, nuestra rutina diaria continuó en la tranquilidad del pueblo. La misma fue alterada unos días después cuando supimos que por la noche en la casa de doña Amalia Martínez, situada en el barrio Belén, se iban a grabar escenas de la película, por lo que el encargo fue ahora para los compañeros y compañeras que vivían por allí, incluso a Walter García "Calavera", nieto de doña Amalia.

Al día siguiente, todo fue igual, los encomendados nos dijeron que no habían averiguado nada porque las escenas se grabaron a puerta cerrada, lo cual incrementó más nuestra curiosidad.
El tiempo pasó y de repente, nos enteramos que todos los de la película se habían ido, porque ya la habían terminado, situación que nos entristeció porque no logramos averiguar de qué se trataba y quienes salían en la misma.
Pasaron los días, los meses y los años, siendo hasta 1976 que vio luz pública la mencionada película y fue el cine Morales donde se estrenó, en primicia decían, "La Muerte También Cabalga".
La sala de proyección, se llenó durante semanas (para pesar y cólera de Rubén, dueño del cine León que estaba enfrente), siendo yo uno de los primeros en irla a ver.
Para serles sincero, no me gustó, no sé si por ser muy exigente y estar acostumbrado a las películas de vaqueros o por el tema de la misma, el cual abarcaba un poco aspectos de la liberación femenina, algo muy extraño por aquellos tiempos, ya que unas mujeres unen fuerzas y asesinan al despiadado hombre, que provoca el terror entre los campesinos de la región.
La novedad en sí, fue ver a vecinos del pueblo y los alrededores que hicieron su debut en el cine, tal es el

caso de doña Amalita Martínez, quien actuó en su propia casa.
Con el paso del tiempo, no me quedé con las dudas e investigué un poco acerca de la película y supe que fue catalogada como una película de "vaqueros tropicales".
Fue dirigida por Otto Coronado y en ella actuaron los mexicanos Juan Gallardo (que literalmente era el malo de la película), Antonio Raxel, Irlanda Mora y Rebeca Silva (las dos mujeres guapas de las que nos contó "Bombilla") y entre los guatemaltecos estuvieron Leonardo Morán (el bueno) y me llamó la atención que también participa don César García Cáceres, más conocido posteriormente por su papel de Rosalío Titipuches o simplemente "Chalío".
Relevante es también, que en parte de la banda sonora de la película se utiliza el tema orquestal "Alucinaciones" del reconocido compositor guatemalteco de música académica, maestro Joaquín Orellana.
Sin duda, es de agradecer que hayan tomado en cuenta a Chiquimulilla para filmar una película, quedando abierta la invitación para que los productores de cine visiten nuestro pueblo, sus alrededores y sitios turísticos, ya que tiene todo tipo de escenario para desarrollar la trama de cualquier libreto cinematográfico.

En fin, si usted estimado lector quiere salir de dudas acerca de lo que fue la única película filmada totalmente en jurisdicción de Chiquimulilla, le recomiendo que ingrese a internet y la busque como: "La Muerte También Cabalga".

(Afiche de la película cortesía de: The Movie Database)

Cuentos de serpientes

El río Margaritas se forma con la confluencia de los ríos El Almendro y Las Cabezas en Moyuta, Jutiapa y en su recorrido pasa por los municipios de Oratorio, San Juan Tecuaco, Santa María Ixhuatán y Chiquimulilla, recorriendo muchas aldeas y caseríos, recibiendo las aguas de muchos afluentes hasta que se junta con el río Los Esclavos y desemboca en el Océano Pacífico.

La aldea Margaritas, toma su nombre del río y desde hace mucho tiempo y aún en la actualidad sigue siendo un lugar eminentemente rural, aunque la depredación y la caza injustificada han mermado las especies propias y nativas de esos rumbos.

Por ejemplo, la gente de antes contaba que había abundancia de peces de todo tipo: bagres, tepemechines, róbalos, mojarras y muchos más, así como de temibles lagartos que llegaban a medir unos cuantos metros de largo.

Entre los animales de caza existían los coches de monte, venados, tepezcuintles, jaguares, dantas y enorme cantidad de conejos.

Y qué decir de las temibles serpientes, que causaban miedo y precaución entre los vecinos que no se confiaban ni afuera, ni adentro de sus casas, ya que era común toparse con cascabeles, mazacuatas,

corales, cantiles de agua, cola de hueso y las llamadas "Zumbadoras".
En el tiempo en que viví por allá, solamente en unas cuantas ocasiones pude ver serpientes venenosas, principalmente cuando iba a cazar conejos de noche y siempre tratamos de evitarlas y en caso de no poder hacerlo, pues había que eliminarlas.
Una noche de cacería, fue cuando encontramos enroscada en el camino un ejemplar de la especie cantil cola de hueso, llamada así, porque en la cola tiene una calcificación y provoca esa semejanza. Pues bien, cuando la iluminamos con las linternas y por los movimientos que hicimos se tornó agresiva y empezó a reptar hacia donde nos encontrábamos, por lo que no tuvimos más que dispararle para eliminar el peligroso ataque.
En otra ocasión, se estaban desapareciendo unos pollitos que habían reventado del cascarón hacía poco tiempo, mis padres me dijeron que sospechaban que algún animal estaba haciendo de las suyas y creían que se escondía en donde teníamos almacenada la leña que servía para cocinar, por lo que nos designaron a Maximino Rodríguez y a mí para que buscáramos al animal.
Mino se encargó, con toda la precaución del caso, de ir quitando leño por leño de donde estaban apilados los leños en gran cantidad de forma vertical y yo, me

coloqué a un lado con mi rifle Browning calibre 22, listo para cualquier eventualidad.
Con toda la tensión del caso, se quitaron los leños y no aparecía nada, seguía bajándolos y nada…cuando de repente, solo vi que Mino pegó un brinco y me dijo:
- ¡Por la gran chucha Guichito…allí está el animal!
Yo no le atinaba a lo que me quería decir y por más que trataba de enfocar la vista hacia los leños no miraba nada, por lo que Mino todavía agitado movió con una rama un leño, que era el que no me dejaba ver…y entonces apareció…era una serpiente con tonos negro y café, metida en un agujero que formaba la tercia de leños y que aún en su boca tenía plumas de pollo.
No lo dudé más, le quité el seguro al rifle y apunté bien, disparé tres veces y fueron suficientes para saber que había dado en el blanco.
Mino con precaución, agarró la vara y movió la serpiente, la cual cayó al suelo muerta, era una mazacuata grande y gorda (ni modo, si a saber cuántos pollos se había devorado) y ya viéndola la luz del sol, su color era más café que negro y no llegaría a medir el metro y medio de largo.
Estas especies son útiles en el campo, porque devoran ratas y ratones perjuiciosos para las cosechas, pero ésta en sí, de colaboradora no tenía nada y se había

convertido en una plaga al estar devorando nuestros animalitos de patio.

Me recuerdo muy bien que en una ocasión escuché a don Rómulo Juárez, de gratos recuerdos, cuya casa estaba ubicada a la par del puente "Primer Obispo Francisco Marroquín" quien contó que hacía muchos años, para una "llena", como llaman por allá a las crecidas del río durante el invierno, él estaba en la orilla observando el gran caudal de agua que aumentaba a cada momento y que causaba zozobra entre los habitantes, cuando de repente, sobre las olas que causaba la correntada, vio un enorme reptil que asomaba la cabeza muy grande (y que comparaba en tamaño, como la de un toro), parte del cuello y cuyo lomo formaba ondulaciones en el agua, calculando en ese momento que el animal medía unos 12 metros de largo y que había notado una especie de cuernos en la cabeza.

La serpiente era arrastrada por la fuerza del agua y él le gritó a los demás para que la vieran también, pero estaban demasiado lejos y cuando llegaron, ya el enorme animal había desaparecido corriente abajo.

Don Rómulo fue una persona muy respetada en la aldea y en ese momento, nadie dudó de lo que había visto, aunque algunos, después decían que lo había inventado o había visto el tronco de un árbol

arrastrado por el río. Él siempre sostuvo su historia y nunca la varió.
En una reciente visita que hice a la casa de mis sobrinas Solares Rodríguez en Chiquimulilla, me contaron otra historia similar, acerca de una enorme serpiente que fue arrastrada por la creciente del río Margaritas, a la cual las fuerzas de seguridad le dispararon y dieron muerte.
Lo curioso del caso es que me dijeron que la habían visto e incluso existe un video del enorme animal, el cual no he podido localizar.
Calculan el tamaño del animal en más de 13 metros, ya que la cabeza estaba en una orilla del río, la cola en la otra orilla y el cuerpo, grueso como una ceiba, no estaba de forma recta, si no que ondulado y parte del mismo estaba hundido.
Me pareció que son historias similares y si uno se basa en las fuentes bibliográficas de libros, revistas, periódicos e internet, se logra recopilar una variada literatura que da cuenta de testimonios y testigos que afirman haber tenido encuentros con estos animales.
En Sudamérica, específicamente en la selva del Amazonas, han sido frecuentes este tipo de apariciones, aunque algunos científicos guardan las reservas del caso.
Por ejemplo, El mayor Percy Fawcett, cuenta en sus memorias: "Exploration Fawcett", que, en la

primavera de 1907, mientras navegaba por el Río Negro, que es el más caudaloso de los afluentes del río Amazonas; apareció frente a ellos la cabeza triangular y buena parte del cuerpo de una enorme anaconda. El animal se dirigió rápidamente hacia la orilla, pero el explorador, tuvo tiempo de realizar un disparo con su fusil.

La serpiente llegó agonizante a la orilla del río, donde Fawcett la pudo examinar detenidamente. "El animal se encontraba medio muerto, pero su cuerpo aún estaba sacudido por violentos estertores", escribió el explorador, que estimó en 14 metros la parte del animal que se encontraba fuera del agua, mientras que dentro quedarían otros 05, lo que supone 19 metros de largo. La bestia no era muy gruesa, sólo 30 centímetros, tal vez porque llevase mucho tiempo sin comer. Fawcett dijo también que el animal desprendía un fuerte hedor y que, al intentar cortar un trozo de su piel, para llevársela como trofeo, resultó que el animal no estaba muerto todavía y comenzó a convulsionarse más, por lo que desistió de su intento.

La primera mención de la serpiente en las memorias de Fawcett dice lo siguiente: "El jefe de los Yorongas me dijo que había matado una anaconda de 17 metros largo en el bajo Amazonas". Aunque Fawcett confesó inicialmente que había pensado que era una

exageración, lo confirmo luego de haber tenido su propio encuentro.
Les recomiendo ver una película relacionada con la expedición de Fawcett, la cual se llama “La ciudad perdida de Z”.
Muchas historias aseguran haber visto a algunas de estas bestias con "orejitas", "cuernos" o "astas" en la cabeza. Asimismo, afirman que la cabeza tendría forma de caballo, de toro o de conejo, lo cual coincide con lo que contó don Rómulo Juárez.
En nuestro país, la serpiente más grande es la boa constrictor imperator, comúnmente conocida como “mazacuata” aunque hay dudas y algunos aseguran que podrían existir anacondas en territorio nacional. Hay que recordar que este tipo de ofidios carecen de veneno, pero utilizan la fuerza de su cuerpo para matar a sus presas y así poder devorarlas.
La aparición de estos animales siempre está relacionada con derrumbes, inundaciones o movimientos de tierra, lo cual hace suponer, que puedan mantenerse en lugares recónditos bajo tierra, en cuevas o lugares inexplorados.
Creer o no creer, es muy difícil en estos casos, ya que a veces, las mismas fuerzas de la naturaleza sacan del lugar donde han permanecido escondidos animales misteriosos y nunca vistos, aunque muchas veces ese lugar pueda ser…la imaginación de las personas.

El Parque Antiguo

Para quienes no lo conocieron, quiero describirles brevemente, cómo era el parque central de Chiquimulilla allá por las décadas de 1960 y 1970, ya que su arquitectura y alrededores eran muy distintos a como lo son en la actualidad.

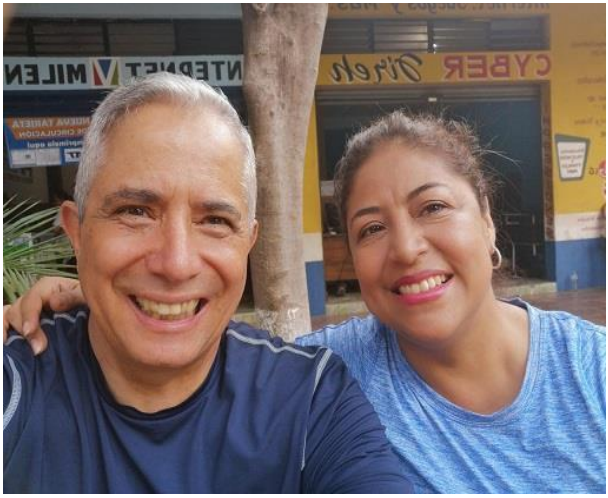
Al frente sin cambio, estaba la iglesia católica y en la parte de atrás, donde en la actualidad hay varios locales comerciales, se encontraba el colegio "El Espíritu Santo", que constaba de dos niveles y su construcción era totalmente de madera. En la actualidad este colegio se ubica en el barrio "El Campamento".

En el costado sur, en la esquina se encontraba la cafetería "La Primavera", cuya especialidad era la comida china y sobre ese mismo lado estaba la "Pensión Lara", la cual junto con la "Pensión Galicia" y el "Hotel Urayala" eran de los pocos sitios que podían encontrar los viajeros y pensionistas para instalarse, tomando en cuenta de que no existía la gran infraestructura hotelera con que cuenta el pueblo en la actualidad.

Hacia el costado norte, en la esquina frente a la municipalidad, estaba la casa de Don Mundo Labín, seguida de otras residencias y un comedor que fue

propiedad de Amalia León, hija del inolvidable don Carlitos León "Amigo Viejo".
El parque tenía bancas de loza de piedra y algunos faroles que se iluminaban tímidamente por las noches con la luz que producía la planta eléctrica ubicada a la par del campo de básquet.
En el centro, como creo que hay en la mayoría de parques de los municipios del país, sobre una base color celeste se encontraba un busto de color dorado de "El Reformador" General Justo Rufino Barrios.
¿Que hacíamos cuando llegábamos al parque? A veces jugar cincos, "chapa chapa" lo cual consistía en hacer una especie de monedas con cera de abeja y tratar de voltear las monedas de los rivales para irse apropiando de ellas; también era el lugar ideal si se quería darles mantenimiento a los zapatos con un buen lustre o si no, íbamos a ver pasar a las patojas de esos tiempos o simplemente a conversar de temas triviales.
No existía ni la pérgola, la concha acústica ni todos los negocios que a su alrededor hay actualmente.
Siempre que voy al pueblo, le cuento a mi esposa Mariita como eran esos tiempos y vamos al parque a sentarnos un momento para tratar de evocar los mismos, pero es muy difícil por el ruido de equipos de sonido a todo volumen, las bocinas de carros, motos y altoparlantes.

El estrés de la vida diaria me hace volver a la realidad de que los tiempos de un pueblo lleno de tranquilidad y de inocencia, se han ido para siempre y solamente vivirán en la memoria de los que somos: Patojos del Siglo Pasado.



Con mi esposa disfrutando de una tarde soleada en el parque de Chiquimulilla.

El viaje de cacería

Quienes hayan vivido en el campo, en las décadas comprendidas entre 1960 y 1970, sabrán que, en esos tiempos, la auto sostenibilidad ha sido un requisito indispensable.

En casa, era necesario tener animalitos de patio: pollos, patos, chompipes y quienes podían, alguna vaquita para la leche diaria, árboles frutales, además de las cosechas de maíz, arroz y frijol, las cuales una parte se vendía y la otra, quedaba para consumo interno.

Lo que no se tenía en casa, se buscaba en el río o en el monte, para completar la dieta alimenticia del hogar, hablo de peces y carne.

En una ocasión, llegó Nazario Ramos "Chayón" a nuestra casa de la aldea como habitualmente lo hacía y entre plática y plática nos dijo que en Margaritas ya no había animales de cacería, que la gente ya se los había terminado y que lo único que se miraban eran conejos.

Yo le pregunté que si en algún lugar podría encontrase otro tipo de animales de monte y me contestó que en la Hacienda "La Trinidad", la cual era propiedad de un primo de mi papá, tío Guayo Melgar; había venados, pero los cuidaban mucho y no daban permiso para cazarlos.

La conversación continuó durante la cena y yo con curiosidad, le pedí que me contara más acerca de los posibles lugares donde había venados, a los cual Chayón me dijo que donde vivía su hermano Benjamín conocido como "Minche" había abundancia de pesca y cacería.
Para que me dijo, allí mismo lo empecé a interrogar acerca de donde vivía su hermano y de los animales que se podían hallar.
La cosa es que Chayón sintió la presión y buscó evadir mis preguntas, hasta que al final me resultó diciendo que era muy lejos y que había que ir necesariamente a pie, porque había que cruzar una montaña que a lo lejos se divisaba de la aldea.
Continuamos hablando de otras cosas y Chayón se despidió ya entrada la noche, pero a mí me quedó la espinita del lugar que había mencionado, me ilusioné y hasta soñé con la idea de ir lo más pronto posible.
Me decidí y así se los hice saber a mis padres, que yo quería ir a cazar algún animal adonde el hermano de Chayón y que no solo me dieran permiso, sino que también hablaran con él para decirle que la excursión estaba organizada y él nos acompañara como guía.
Lo dije con tal determinación, que, a mis papás, no les quedó más que decirme que estaba bien, aunque trataron de convencerme de lo contrario.

Cómo a los dos días se asomó el mentado Nazario Ramos y cuando estábamos cenando, le hice ojitos a mi papá para que entrara en materia, no muy quería, pero mi viejito, siempre consentidor le dijo:
-Fijáte Chayón que Guichito se quedó emocionado con lo que contaste…
- ¿Acerca de qué? Contestó inocentemente Chayón que de seguro ya no se acordaba de lo que había hablado.
-De que donde Minche tu hermano hay venados.
-Si pues, eso es cierto, como abunda el animalerío…
Y de repente, mi papá le soltó de sopetón:
-Pues él quiere ver si pueden ir el fin de semana de cacería y yo ya le di permiso, incluso para que los acompañe Maximino.
La cara de Chayón cambió totalmente y por poco se ahoga con un pedazo de tortilla que tenía en la boca.
Una vez repuesto, apenas pudo balbucear:
-Es que está muy lejos… y no hay como avisarle que vamos a llegar…
Allí entré yo de apoyo a mi papá y le dije:
- ¿No me vaya a decir que no quiere ir a ver a su hermano y de paso traernos buena carne de venado?
El pobre se quedó callado, como pensando "para qué habré abierto la boca", por lo que después de un momento, nos dijo con un suspiro:

-Está bueno pues…el sábado paso por ustedes tempranito y emprendemos el viaje…
Una vez Chayón se fue, mi madrecita nos dijo que para que lo habíamos comprometido, lo cual no era una buena acción y tenía razón, pero el viaje estaba ya decidido y largo se me hizo el tiempo de esa semana esperando la partida.
Por fin llegó el día indicado y tal como lo prometió, Chayón pasó a las 6 de la mañana por Mino y por mí, encontrándonos ya preparados con un matatío cada uno con suficiente bastimento de comida y bebida en prevención del largo viaje.
Con las bendiciones y recomendaciones de mis padres iniciamos el camino, llevando Chayón terciada su carabina calibre 22, su revólver 38 y mi rifle 22, por lo menos mientras salíamos de la aldea y nos adentrábamos en el área donde no había casas, ya que él era comisionado militar.
El trayecto era agradable, pues íbamos conversando de temas triviales e incluso haciendo bromas de todo tipo, lo difícil fue cuando empezamos a subir la montaña, pues cada paso era más cansado.
Pasamos por lugares totalmente desolados y que yo jamás me imaginé que existieran, como por ejemplo una especie de desfiladero ya casi llegando a la cima de la montaña y en el cual sus paredes parecía que

estaban formadas de piedra laja, la cual nunca había visto.
Llegamos por fin a la cima y la vista era impresionante, a lo lejos, la aldea parecía un puntito insignificante, lo cual me dio la sensación de que lo que habíamos recorrido era una gran distancia.
Los relojes en aquellos tiempos eran escasos y aparte, un lujo que no podíamos darnos, por lo cual, la hora se calculaba de acuerdo a la posición del sol y al verlo, nos dimos cuenta que era ya pasado el mediodía, por lo que procedimos a buscar donde sentarnos para compartir las provisiones que llevábamos.
-Increíble -les dije- hemos caminado ya más de 6 horas como que si nada, y ¿ya estaremos cerca Chayón?
A lo cual el interpelado me contestó:
-Si, de aquí para ya son como dos horas nada más…
Dos horas nada más -pensé para mis adentros- pues tenía razón el hombre de que está lejos la casa de su hermano.
Bajamos y bajamos la montaña en la parte posterior y como a las 3 horas llegamos a un caminito que nos llevó a un humilde rancho compuesto de 3 ambientes y que resultó ser la casa de don Minche Ramos, el hermano de Chayón.
Cuando los perros empezaron a ladrar, salieron los habitantes de la casa, incluido el dueño a ver quién

llegaba y grande fue su sorpresa al descubrir que era su hermano con dos visitas.
Después del saludo correspondiente, Chayón hizo las presentaciones y don Minche nos saludó cordialmente ya que conocía a mi papá y también a quien nos acompañaba, Maximino.
Después de invitarnos a pasar a descansar y a tomar agua fresca del cántaro, preguntó extrañado que andábamos haciendo por allí, a lo cual yo rápidamente contesté:
-Es que Chayón nos dijo que aquí hay buena pesca y se consiguen venados para cazar…
Un largo silencio imperó en el lugar donde nos reuníamos y don Minche se le quedó viendo a su hermano como preguntándole con la mirada de que se trataba la cosa, por lo que Chayón le dijo:
-Si pues, yo les dije que se conseguía pescado y venado, pero que a saber cómo estaría la cosa ahora…
Yo cruce una mirada con Mino, como diciendo: Esto no es lo que nos dijo en la aldea…
Allí empecé a pensar que habíamos sido víctimas de otro de los cuentos y fantasías con que acostumbraba a envolvernos el mentado Chayón, pero en eso don Minche dijo:
-Pescado no hay mucho y como ya mero es de noche, mejor descansen y mañana vamos a buscar venados para que lleven buena carne de regreso.

- ¡Qué bien! –pensé para mis adentros- esta vez no eran mentiras lo que nos contó el viejito y mañana podremos salir de cacería.
A mí me proporcionaron para dormir una camita hecha de varas de madera y Maximino se quedó a dormir en una hamaca en el patio de la casa.
Pasó la noche y me levanté temprano, aunque con dolor de espalda por dormir en el "colchón" de varas, las cuales me quedaron marcadas en la espalda. Asimismo, amaneció el pobre Mino a quien una plaga de pulgas no lo dejó dormir y bromeaba diciendo que jugaban futbol con su espalda, ya que brincaban del suelo y lo pateaban.
Amablemente, nos invitaron a desayunar y luego llegó el momento esperado de partir a la cacería. Salimos y empezamos a caminar dentro de la montaña sin parar, por lo que le pregunte a don Minche:
- ¿Por dónde es la cosa pues?
-Ya falta poquito –me dijo-
Ese poquito resultó ser como otra media ahora, hasta que llegamos a un claro del bosque donde había conacastes y árboles llamados "fuego del monte", en el cual don Minche buscó y buscó en el suelo, hasta que pegado de unos cercos dijo:
-Ve…aquí hay una huella fresca, acaba de pasar un venado por aquí…preparémonos pues…

Yo me agaché a ver la huella y sin ser un experto rastreador pude darme cuenta que de sí era de venado, pero que de fresca no tenía nada, porque hasta una telaraña tenía encima…

Las dudas empezaron otra vez en mi cabeza acerca de la veracidad de la cacería, pero don Minche no me dio tiempo de seguir pensando cuando dijo:

-Quédense ustedes aquí pue y nosotros vamos a servir de usheros (que son los que se adentran en el monte para arrear a los venados hacia la posición de los tiradores).

Diciendo y haciendo, se fue con sus tres hijos, Maximino y otras personas, para el lado contrario, mientras nosotros nos quedamos con Chayón para definir el punto estratégico dónde colocarnos.

Yo escogí un árbol frondoso de conacaste que a media altura tenía un gancho perfecto para sentarme, apoyar el rifle y apuntar bien.

Chayón en cambio, con gran esfuerzo subió a un tronco pelón de regular altura, pero que le permitía estar cómodo en la espera de lo que se asomara.

Y vaya si no esperamos, el tiempo pasó y de los usheros nada; mucho menos de los mentados venados. Hasta que de repente, se empezaron a escuchar los gritos de: oyyy…oyyyy…oyyy con que venían arreando a cualquier animal que estuviera en el monte.

Los gritos se acercaron hacia nuestra posición, por lo que volví la vista hacia dónde estaba Chayón para estar listo y cuál no sería mi sorpresa cuando lo voy viendo bien dormido, recostado sobre el tronco.
No me dio tiempo de hablarle porque en eso llegaron los usheros y de venado nada.
Chayón se despertó con el ruido y entonces procedimos a bajarnos de los árboles en los cuales nos habíamos instalado.
Don Minche empezó a decirnos que le extrañaba que no hubieran salido venados, ya que él estaba seguro de que allí andaban y que de seguro se habían ido para otro lado.
Como ya era medio día, nos invitaron al almorzar, pero yo les dije que mejor nos regresábamos en ese momento para no llegar de noche a la casa.
Así lo hicimos, no sin antes despedirnos de nuestros anfitriones y agradecerles sus atenciones.
En el camino de regreso ya no me aguante y todo el camino, Chayón tuvo que oír mis reclamos por una larga lista de mentiras que nos habían dicho, lo cual le dio alas a Maximino y entre los dos lo molestamos todo el regreso, por lo que el tiempo se nos hizo corto.
Llegamos de noche a la aldea y Chayón ya ni quiso pasar a la casa, por lo que al llegar mis papás nos

preguntaron cómo nos había ido y al contarles nuestra frustrada aventura, los dos coincidieron en decirme:
-Eso te pasa por andar creyendo los cuentos y mentiras de Chayón…
Por cierto, el mencionado pasó como 15 días sin llegar a la casa y un día se asomó de nuevo para contarme otra vez sus historias de aventuras y cuentos de misterio, lo cual otra vez, de manera inocente le volví a creer, quizá por el cariño que le tuve y también por el tiempo que se tomaba mi amigo en entretenerme sanamente.

Estampas Chiquimulillenses de antaño

He tratado de recordar entre mis historias, situaciones que pasaban hace muchos años en Chiquimulilla, algunas curiosas y otras que solamente al leerlas, pueden provocar nostalgia por ese tiempo que se fue hace mucho.

El Poste

En la calle de los cines Morales y León, justamente en la esquina que estaba frente a los mercados "Viejo" y "Nuevo", donde posteriormente estuvo la Policía nacional se encontraba un poste de madera, el cual siempre me llamó la atención para qué era utilizado.

Resulta que cuando se encontraba deambulando dentro del pueblo a algún animal de carga (caballos, burros, mulas, asnos), la Policía Municipal era la encargada de lazarlos y llevarlos al referido poste, donde eran amarrados a la espera de que su dueño pagara la multa respectiva y así poder llevarlo a su corral y potrero correspondiente.

A veces, se veía durante mucho tiempo a los pobres animales en el poste debido a que sus dueños, o no se habían enterado, o ya estaban cansados de que sus animales fueran unos magos del escape y fueran a pasar con frecuencia la vergüenza de que todo el pueblo los viera amarrados en ese sitio de castigo, para el animal y para los bolsillos de su amo.

El poste fue usado durante muchos años y no recuerdo cuando desapareció esta práctica.

Los Licuados

En la misma calle de los cines, en la esquina oriente del mercado "Nuevo", muy cerca de donde se ubicó el famoso Poste, existió una venta de licuados, los cuales eran elaborados con frutas, como papaya, melón, piña o banano y uno podía escoger si los quería con leche o con agua.

Todos los días, rigurosamente al salir de estudiar del instituto Mario Méndez Montenegro, pasaba a disfrutar de un refrescante licuado y a veces había que hacer cola, ya que tenían mucha demanda.

Las Fiestas

Si un pueblo ha sido fiestero ha sido el de mi querida Chiquimulilla, aparte de las dos ferias, la de mayo y la de diciembre; siempre había un motivo para festejar y si no, se inventaba.

Las fiestas siempre tenían un lugar donde realizarse, a veces se usaba el patio de la antigua municipalidad, en el salón de don Samuelito Lau y también me recuerdo haber ido a muchas en un lugar que más parecía un beneficio y que se acomodaba a manera de salón al aire libre y que estaba pegado al restaurante El Shangai de don Quique León, donde ahora hay un parqueo.

Había un lugar, que el tiempo no me permite recordar con exactitud su ubicación, al cual fui a una fiesta que estaba siendo amenizada por la Marimba "Alma Tropical" de la familia Colindres, en la cual, entre algunos vecinos mayores con sus capirulazos encima, se armó un lío de grandes proporciones, volando los envases de aguas y cervezas por todo el lugar.
Rápidamente corrí a refugiarme atrás de la marimba, lo cual me salvó a mí y otros vecinos de sufrir alguna herida.
Una vez tranquilizados los ánimos y como ya era tarde, la fiesta ya no continuó y hubo que retirarse cada quien a su casa. Al día siguiente fue el tema de conversación entre todo el pueblo, pero lo divertido es que nadie nunca supo, o por lo menos no quisieron contar, cómo y porque empezó el zafarrancho.

Camino de Zompopos

En la década de 1960, existió en el pueblo una especie de Policía Municipal, sin uniforme vestidos de paisano, con sombrero de petate y cuya mayoría de miembros usaban caites, razón por la cual, el ingenio popular bautizó a dicho cuerpo de empleados municipales como: "La Caituda".
Estaban armados, usaban unas grandes y pesadas, además de obsoletas carabinas Remington, que yo calculo, fácil, eran de la segunda guerra mundial, o sea

que, si no se moría uno del balazo, lo hacía por la infección provocada por los tiros oxidados después de tanto tiempo.
Antes de que llegara la Policía Nacional al pueblo, sin duda, ellos eran la autoridad y los encargados de resguardar el orden en la localidad.
Uno de sus integrantes en particular se volvió el blanco de las bromas y travesuras de nosotros los patojos, nunca supe su nombre, pero se caracterizaba porque cuando se quitaba el sombrero, se veía su pelo, el cual peinaba con un camino en medio, razón por la cual lo bautizamos como "Camino de Zompopos".
Era verlo y gritarle el apodo, lo cual no le agradaba indudablemente y siempre nos corría, aunque yo creo que lo hacía sin intención de alcanzarnos, porque fortuna nunca agarró a nadie, si no, quizá nos hubieran tenido que ir a reclamar al famoso Poste por malas gentes.

La Quema de Bombas Voladores

Todo festejo en el pueblo, siempre estuvo acompañado de las famosas bombas voladoras; que una procesión: un montón de bombazos, que la celebración de una de las dos ferias: bombazos, que un casamiento: otra serie de bombazos; que un

bautizo: trancazo de bombazos; total, todo se celebraba a puro bombazo.
Me recuerdo que en la Municipalidad Vieja guardaban los insumos de las celebraciones, por lo que tuve la oportunidad de examinar de cerca el tubo y las bombas, las cuales tenía forma de pelota, forradas de papel con una mecha muy larga. Afortunadamente no me entró curiosidad de ver que tenían adentro, porque habrían tenido que renovar todo el lado de la muni donde estaban, conmigo incluido.
En una ocasión, no tengo claro que se celebraba y el tubo estaba en el atrio de la Iglesia, la cual tenía a su cargo el recordado padre Gaspar Noguera. Era una tronadera de bombas como a las cinco de la tarde.
En una de esas, el encargado de quemarlas colocó una nueva en el tubo y se acercó con las precauciones del caso a encender la mecha para tomar altura y estallara, para lo cual utilizaba un tizón que soplaba constantemente.
Resulta que la mecha no encendía y el encargado se acercaba y se alejaba, hasta que ya cansado, de manera brusca acerco el tizón, lo que provocó que el tubo se cayera y apuntara directamente a una de las champas del Callejón del Comercio ubicado a la par de la iglesia, frente donde ahora hay un banco.
Al señor ya no le dio tiempo de enderezar el tubo, pues en esta ocasión la mecha si había encendido, por

lo que no quedo más que esperar a ver qué pasaba. Como en cámara lenta pasaron los segundos hasta que la bomba salió del tubo, justamente a dar contra el negocio de esquina, construido totalmente de láminas. Pasaron otros segundos hasta que se escuchó una potente explosión, la cual provocó que volaran por el aire un montón de láminas y madera.

Todos nos quedamos fríos por el suceso del cual habíamos sido testigos y no atinábamos a reaccionar, hasta de la humazón apareció Eusebio Monroy, conocido cariñosamente como "Chevito, quien era el dueño del negocio y al que milagrosamente no le había pasado nada.

Pero fue saliendo y ubicando al quemador de bombas, para empezar a correrlo con machete en mano. Al pobre hombre no le quedó más que salir disparado antes de averiguar cuáles eran las intenciones del bombardeado y creo que aún debe de seguir corriendo porque ya no lo volví a ver en el pueblo.

Mediaron autoridades, vecinos y hasta el padre Gaspar para calmar a Chevito, ofreciéndole cubrir los daños, por lo que, afortunadamente todo quedó allí, en un susto.

Pasó mucho tiempo y los chistes y bromas fueron frecuentes en el pueblo, principalmente cuando había una celebración y se escuchaban los frecuentes y famosos bombazos.

Los Topogigios

Nunca sabré a ciencia cierta quien fuel el que inventó la palabra, pero sí sé decirles que se hicieron populares los Topogigios.

Se vendían en las tiendas y eran unos refrescos hechos de esencia, los cuales se introducían en una bolsa plástica la cual se amarraba con un nudo ciego.

La producción de los mismos era masiva, ya que de una olla de fresco fácil salían unos 50 Topogigios.

Para consumirlos, se rompía con los dientes una esquina de la bolsa y se empezaba a degustarlos.

Los clientes podían pedir a su gusto ya que se elaboraban de varios sabores y entre esa variedad había con hielo y sin hielo, es decir congelados y sin congelar.

Compitieron mucho junto con los "bolis" o cuquitos, ya que eran más baratos que comprar una gaseosa para calmar la sed provocada por el calor de la costa sur.

Topogigios

Historia Familiar

Siempre me ha llamado la atención averiguar sobre mis ancestros, pero lamentablemente es muy difícil, a pesar de la tecnología actual y peor, tomando en cuenta que gran parte de los libros registrales de Chiquimulilla fueron destruidos.

Por lo que recuerdo y he podido indagar, en el lado de mi madrecita Romelia Franco Paiz de Rodríguez, sus papás fueron el coronel Rosendo Franco Ordoñez, nacido en San Agustín Acasaguastlán, departamento de El Progreso y Romelia Paiz Barillas originaria de Zacapa.

Ellos tuvieron 5 hijos: Rosario, Ramiro (fundador del equipo de fútbol Aurora), Berta, Romelia (mi madrecita), María Antonieta y Rosendo, todos de apellidos Franco Paiz.

Mis abuelos migraron a la capital y desarrollaron toda su vida en la misma, hasta muy avanzada edad. No tengo recuerdos de mi abuelito, porque falleció cuando yo tenía dos años, en cambio de mi abuelita sí, porque cuando falleció, yo andaba por los 9 años. La recuerdo como una viejecita muy consentidora, pero de un carácter muy fuerte y estricta con hijos y nietos.

A mis tíos, tuve la dicha de conocerlos, quererlos y llorar la partida de cada uno de ellos.

En la línea de mi papá, fue hijo de Samuel Rodríguez Ramos (hijo de Joaquín Rodríguez y) nacido en Chiquimulilla y Leonor González Luna (hija de Gregorio González y Rosa Luna), oriunda de Barberena.
Tuvieron 5 hijos también: Samuel, José, Augusto (el Canche), María y Carlos (mi padre).
De ellos, al único que no conocí fue mi tío Augusto (en honor a él me bautizaron Luis Augusto) ya que falleció muy joven, antes de que yo naciera, con todos lo demás pude compartir momentos inolvidables.
La historia de cómo se conocieron mis abuelos paternos es muy curiosa y me la contó mi prima Gloria Ponciano Rodríguez, quien posee una memoria prodigiosa.
Resulta que mi abuelita Leonor era maestra y fue trasladada a Chiquimulilla para dar clases allí y que, para ese tiempo (alrededor del año 1897) era población eminentemente Xinca, que ha sido el misterio de la historia antigua del país y la lengua que habló (ya desaparecida) pues tiene similitud y parentesco con ciertas lenguas del Amazonas, Brasil.
Con mucha ilusión, salió de Barberena, pasando por Cuilapa, para luego tomar el llamado "Camino de la Concepción" por hallarse en esos rumbos una hacienda con ese nombre. A pesar de que no conocía a nadie, a su llegada fue recibida como mandaban las

normas de aquellos lejanos años, en los cuales un maestro o maestra era parte en la élite de las autoridades locales; así que cuando arribó allí estaban esperándola, gran cantidad de vecinos, acompañados del alcalde y el cura párroco.

Mi abuelita se hizo muy amiga de las hijas del alcalde Joaquín Rodríguez y frecuentaba mucho la casa de ellas, quienes tenían un hermano y cuando lo conoció fue el flechazo, a pesar de que mi abuelito, según me refiere mi prima, era de un carácter tímido y sosegado. Pero en el amor eso no importa y pararon casándose allá por 1898, quedándose a vivir en Chiquimulilla, para luego trasladarse a una finca muy grande que heredaron de mi bisabuelo en el camino de Nacinta a San Juan Tecuaco y de la cual aún se podían ver hace unos años, ruinas de lo que fue la molienda de trapiche.

Realizaron su vida allí, pero personas malvadas lograron a base de trampas y engaños quitarles lo que era legítimamente de ellos.

Cuando murió mi abuelo, mi abuelita se trasladó a vivir a Cuilapa, en donde tuvo un hotel llamado Santander, el cual fue muy famoso allá en el "Centro de las Américas".

Mi abuelo murió antes de que yo naciera, pero a mi abuelita tuve la dicha de conocerla y ser uno de sus consentidos por ser el más pequeño de sus nietos. Era

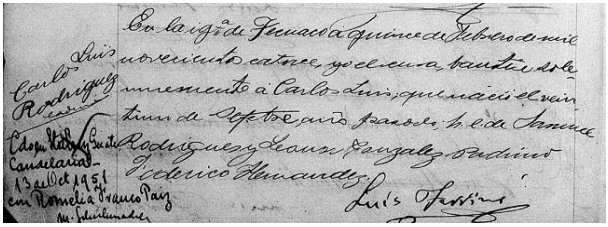
muy cariñosa, la recuerdo con su cabecita blanca y su voz dulce y amorosa, murió en el año de 1967 a la edad de 89 años.
De esa cuenta, mis padres se casaron y tuvieron un primer hijo, que lamentablemente nació muerto y a quien llamaron Carlos Augusto.
Después de la tragedia de mi hermanito, esperaron un tiempo para encargar bebé y de esa cuenta nació mi hermano Carlos Antonio y luego yo.
Mi papá fue por muchos años Secretario Municipal del pueblo y al principio, vivimos nuestra primera época en la aldea Margaritas, pero luego mi madre decidió regresar a la capital para trabajar en la Droguería Colón, allá por la 12 avenida cerca del parque y frente al cine del mismo nombre. Es por ello que toda mi educación primaria la cursé en la escuelita "Fray Bartolomé de Las Casas" cuando estaba ubicada en la 11 avenida entre 3ª y 4ª. calle de la zona 1, muy cerca de la casona familiar de la 10ª. Avenida A entre 1ª. Y 2da. calle.
Con mucha frecuencia viajaba a pasar vacaciones con mi papá y me alojaba en el cuartito que tenía en la municipalidad vieja, a un costado de la iglesia católica.
Para cuando me tocaba ingresar a estudiar básicos, tomaron la decisión de regresar a la tierra de mi papá y es por ello que el primer año lo cursé en el glorioso "Mario Méndez Montenegro".

Compraron el terreno y luego construyeron la casita, la cual todavía existe en la aldea Margaritas.
Después, segundo básico y la carrera de Magisterio la estudié en la capital, pero extrañaba a mis viejitos y cada vez que podía durante el año y para vacaciones, viajaba a pasar unos días inolvidables a la aldea.
Fue en 1975 cuando mi madrecita falleció y allí, ya todo fue distinto, mi padre se quedó en Chiquimulilla y mi hermano y yo en la capital, extrañando tanto aquel lugar, pero sin deseos de regresar a la casa vacía.
Luego sobrevino la muerte de mi viejito en 1984 y después vendimos la casa (acción de la cual me arrepiento) y ya las visitas han sido muy esporádicas.
Hace poco, lo descendientes de don Carlitos y doña Rome tuvimos la bendición de realizar un viaje familiar al pueblo y la aldea, porque es importante que las nuevas generaciones conozcan donde se desarrolló la vida de sus antepasados, aunque todo haya cambiado con el paso inexorable de los años.
Allí tuve la ocasión de ver lugares y personas, por ejemplo, a quien menciono constantemente en estas historias: Maximino Rodríguez a quien a sus 89 años (a noviembre de 2019) me dio tanta alegría saludar junto a su esposa doña Precenta.
Él, en una hamaca, su esposa en la orilla baja del frente de su casa y mi esposa Mariita y yo en unos

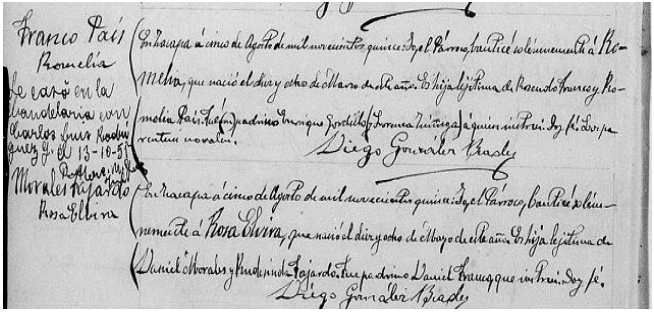
bancos, recordamos viejos tiempos y actualizamos información de personas vivas y fallecidas.

Y es que cada vez que llego, se agolpan recuerdos imborrables y disfruto del cálido clima de un terruño, que sin haber dejado allí el ombligo, siento que me adoptó como un hijo más.

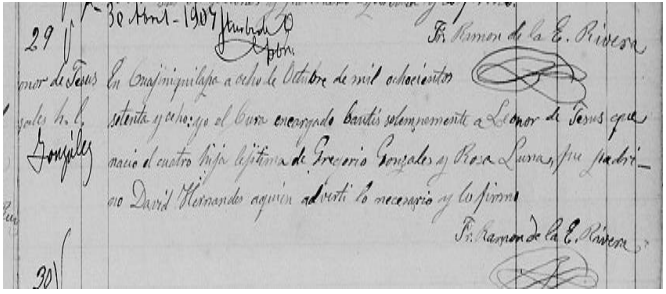
Primero Dios voy a regresar y con más frecuencia a la tierra que no voy a olvidar, mientras tanto, lo hago a través de estas líneas, esperando que ustedes amables lectores, las disfruten tanto como yo lo hago al escribirlas.



Partida de bautismo de mi papá (Cortesía de: The Family Search)



Partida de bautismo de mi madrecita (Cortesía de: The Family Search)



Partida de bautizo de mi abuelita Leonor (cortesía de: The Family Search)

Tía María

María Agripina Rodríguez González nació en la aldea Nancinta en 1910, fue la única mujer entre cinco hermanos y tuve la dicha de que fuera mi tía.
Cuando ella vino al mundo, mis abuelos aun tenían la finca cerca del camino de Nancinta a Tecuaco y allí creció durante sus primeros años de vida, rodeada de la vida apacible y tranquila del campo.
Tuvo una belleza natural, la cual no necesitaba resaltar con ningún tipo de cosmético.
Pasaron los años y después de la muerte de mi abuelo, mi abuelita se trasladó a Cuilapa con sus hijos y emprendió un negocio: el Hotel Santander, el cual fue muy reconocido en esa época por la región.
Cuando todos tomaron su camino, mi tía ya convertida en adulta se casó con don Manuel Ponciano y se fueron a vivir a la zona 6 capitalina, lugar donde su esposo tenía una carpintería.
Nunca abandonó a mi abuelita Leonor, ya que vivió con ella hasta el momento de su muerte en 1967 y me recuerdo que cada fin de semana íbamos a ver a la viejecita dulce que siempre nos prodigó cariño y ternura.
Del matrimonio con don Manuel nacieron mis dos primos: Gloria y Manuelito, quienes heredaron lo bondadoso de sus padres.

Por azares del destino, se produjo la separación de mi tía y su esposo y ella se quedó viviendo en la casa de la zona 6, la cual, aunque remodelada, todavía existe en el mismo lugar.
Siempre la admiré porque fue un ejemplo de superación, porque a pesar de pasar muchas penas, supo sacar adelante a sus hijos de una manera o de otra, siempre honradamente.
Trabajó durante 30 años en la municipalidad capitalina de 1945, cuyo alcalde era don Martín Prado Veliz (nombre que lleva el puente conocido como del Incienso) hasta que se retiró en 1975. Muchos años después de ese momento, el propio alcalde de turno, don Álvaro Arzú le entregó a mi tía un reconocimiento por sus años de servicio a la comuna.
A pesar de sus carencias, uno nunca se iba con las manos vacía de su casa, ya sea porque le daba a uno sus centavitos o porque compartía sus alimentos con los visitantes.
Yo viví algún tiempo en su casa cuando estudié en la capital y mis padres estaban en la aldea Margaritas, ya que fui poco entendido para la matemática y mi primo Manuel se graduó de ingeniero, por lo cual fue mi tutor en esa materia, además de álgebra y física fundamental.
A mí no muy me gustaba, porque siempre preferí más jugar fútbol que estudiar y al estar allí, la disciplina que

me imponía mi primo era sumamente estricta, por no decir casi militar, lo cual ahora agradezco, porque de no ser así, no me habría superado.
Mi tía siempre fue visionaria y a pesar de las limitaciones económicas, supo invertir el dinero que le quedaba mes con mes.
También fue la que mejor relación tuvo con toda su familia y es por ella y lo que me contaba que pude conocer a parientes que ni sabía que existían, como los Melgar Colón, los Almengor y los Del Busto Rodríguez.
Nunca olvidó sus raíces y con frecuencia llegaba a visitarnos a la aldea Margaritas, incluso, después de la muerte de mi madrecita, se tomó un tiempo para ir a la casa y hacerse cargo de la misma como apoyo a mi papá.
Cuando mis primos emigraron a los Estados Unidos, mi tía María se fue a vivir también allá, pero siempre creí que el igual que yo, el clima extremo nunca le favoreció y de esa cuenta tuvo que regresar a nuestro país, en el cual falleció.

Mi tía María Rodríguez

Los alcaldes de Chiquimulilla

Encontrar una cronología de quienes han sido los alcaldes de Chiquimulilla es muy difícil debido a muchas razones. La principal es que muchos de los documentos históricos que podrían darnos una referencia ya no existen.

Es importante recordar que quien dirigía las municipalidades en el siglo XIX y parte del XX, era llamado por nombres como alcalde 1, alcalde 2, intendente, regidor y sobre su autoridad estaba el jefe político, quien ejercía en ese entonces la labor del gobernador departamental actual.

En esos años las personas se identificaban por la llamada "Cartilla de identidad", la cual fue sustituida durante el gobierno de Jorge Ubico en 1931 por la "Cédula de Vecindad".

Don Jorge, por cierto, tuvo la cédula No. 001.

A raíz de esto, me nació la curiosidad por buscar los nombres de quienes han tenido la vara edilicia de Chiquimulilla en sus manos, por lo que pacientemente empecé a buscar información sobre ello.

Respecto al tema, casi no hay referencias, así que me las ingenié para buscar en otras fuentes que pudieran saciar mi curiosidad, pero con el mayor grado de acierto posible.

De allí nació la siguiente lista, la cual considero es una buena aproximación a los nombres y períodos en los que estuvieron los alcaldes al frente de la municipalidad y la misma es producto de mi investigación en documentos que fueron firmados por ellos como parte de su labor edil (actas, autorizaciones, etc), además de documentos en el Archivo General de Centroamérica y algunos recuerdos que guardo de conversaciones con mi padre como trabajador que fue de la municipalidad de Chiquimulilla durante muchos años y encontré también, algunas notas perdidas en el internet.

La cronología es la siguiente:

1.Lázaro Sales	1879-1880
2. Joaquín Rodríguez	1898-1899
3. P. Flores	1913-1914
4. José R. (apellido ilegible)	1918-1919
5. Raymundo Moreno	1921-1922
6. Julio Grajeda	1922-1923
7. Raymundo Moreno	1924-1925
8. Tiburcio Valenzuela	1926-1927
9. Daniel Aguirre	1927-1928
10.Oct. (así firma) González	1927-1928
11. Juan Valle H.	1929-1930

12. G. Melgar	1931-1932
13. Alberto Flores	1932-1933
14. G. Agustin (según firma)	1942-1943
15.J. Alberto Ordoñez C.	1945-1946
15.Guillermo Carbonell	1947-1948
16.Adolfo Montepeque	1949-1950
17.Juan Grajeda	1950-1951
18.José Miguel Segura	1951-1952
19.Javier Pineda	1952-1953
20.Daniel Orozco	1953-1954
21.Alirio González	1954-1955
22.Wenceslao Segura	1955-1956
23.Ovidio Valle	1956-1957
24. Manuel Gaitán	1957-1958
25.Alberto Valle Aldana	1958-1959
26. Manuel Gaitán Juárez	1959-1960
27.José Miguel Segura	1960-1961
28.Alberto Valle Aldana	1962-1963
29.Manuel Lara Monterroso	1967-1968
30.Raúl Salguero	1971-1972
31.Efraín García	1972-1973
32.Manuel Gaitán Juárez	1973-1974
33Raymundo Labin	1974-1975
34.Sóstenes Zan	1975-1976
35.Gonzalo Pimentel Pivaral	1977-1978

36.(Nombre ilegible-(¿don Gildaberto?) de apellido Cano	1978-1979
37.Edwin Lara Villegas	1979-1980
38.Luis Humberto de Paz Alfaro	1981-1982
39.Gonzalo Pimentel Pivaral	1983-1984
40.Juan Antonio Gaitán Juárez	1985-1989
41.Gildaberto Cano	1990-1995
42.Mario de Jesús Melgar Arias	1996-2000
43.Mario de Jesús Melgar Arias	2000-2004
44.José Varuc Valle Morales	2004-2008
45.Genaro Páez	2008-2012
46.José Arturo Crespin de Paz	2012-2016
47.Obdulio Herrarte Carrera	2016-2020
48.Rubén Darío Escobar Ruiz	2020-2024

Yo conocí personalmente a algunos de los alcaldes, de los cuales guardo muy buenos recuerdos por su amabilidad y cordialidad, tal es el caso de los señores Alberto Valle (don Beto), Manuel Lara, Raúl Salguero, Efraín García, Manuel Gaitán, Raymundo Labin, Sóstenes Zan y Gonzalo Pimentel.

Recuerden que fue durante la administración de don Raúl Salguero que se derribó el viejo edificio municipal para dar paso a la construcción del que

actualmente podemos apreciar y que está en el mismo lugar que el anterior.
Mientras se realizaba la construcción del edificio nuevo, la municipalidad estuvo en un callejón empedrado que hacía tope con el mercado viejo, frente a donde estaba el restaurante de don Samuelito Lau.
El lugar actualmente es parte del área comercial del pueblo.
Espero les guste la investigación y si existiera (como lo puede haber) algún dato equivocado, por favor sean benevolentes conmigo, esperando que algún día, alguien pueda completar la lista de alcaldes del pueblo y así conocer un poco más de la historia de nuestro pueblo.

Entregando mi libro a la Biblioteca Municipal de Chiquimulilla

Susto en el cementerio

Tanto mi papá como mi madrecita, gozaron de la amistad de la mayoría de vecinos de Chiquimulilla y de la aldea Margaritas.
Gracias a ello, desde muy pequeño pude hacer mucha amistad con los hijos de las familias amigas, a quienes recuerdo con mucho cariño.
Entre ellos vienen a mi mente, Reynoldes, hijo de don Medardo Montepeque, de quienes fuimos vecinos estando con poco tiempo de nacido; el hijo del Juez de Paz que llegó al pueblo y resultó ser amigo de mi padre; también Aníbal, hijo de doña Imelda.
Pero hay una familia de quien guardo especial recuerdo y fueron los Soto Arana, don Adolfo y Doña Tita, quienes fueron los propietarios de la Agencia Soto & Soto, la cual estuvo ubicada en la calle principal de Chiquimulilla y ahora hay una abarrotería.
Tuve la dicha de conocer a sus hijos y ser amigos de ellos: Daisy, Dorileé, Oscar Leonel y los ya fallecidos Arely, Aurita y Adler Adolfo.
Más cercano fui de Adolfito, quien era egresado del instituto Adolfo Venancio Hall y lamentablemente murió a causa de la violencia imperante en nuestro país durante la década de 1980.
Pues justamente con él nos ocurrió esta aventura que a continuación paso a contarles.

La familia Soto tenía en ese tiempo, una propiedad en las afueras del pueblo, a orillas del río Urayala y colindante con el Cementerio. En la misma me recuerdo que tenían sembrados muchos naranjales que daban buenos frutos.
Pues en una ocasión, compartíamos una charla sobre nuestras salidas de cacería con Adolfito, ya que compartíamos la afición de andar fastidiando a los pobres conejos y de vez en cuando, a los venados.
Durante la plática, me mostró un bonito rifle calibre 22 que tenía y que era una réplica de los llamados "de tijera", como los que se usaban en el antiguo oeste.
Entre plática y plática, Adolfito me dijo que en el terreno naranjero había mucho conejo y que por qué no íbamos de cacería una noche. Me entusiasmé con la idea y le pusimos fecha a la ida.
Se llegó el día o mejor dicho la noche y como a las 8, llegué a la casa de la familia Soto, la cual estaba a la par de la agencia sobre la calle, Adolfo salió y emprendimos el corto trayecto hacia el terreno. Al llegar nos recibió el guardián que tenían cuidando la propiedad.
Con unas buenas linternas empezamos a buscar conejos en el lugar durante algún tiempo, pero los muy ladinos no aparecían por ningún lado.
Cómo a la hora de andar para arriba y para abajo in encontrar nada, el guardián nos dijo:

-Qué raro que no hayamos encontrado ningún conejo, si vieran como abundan en la noche por aquí. Por qué no vamos a buscar más para allá…
Y señaló con el dedo en la dirección que quería que fuéramos. Yo me quedé viendo y asombrado le dije:
-Pero allí queda el cementerio usted…
A lo que respondió:
-Si puee, pero como allí hay zacatío tierno les gusta irse para allá
Adolfito se me quedó viendo como preguntándome: ¿Qué decís?, y luego de pensarlo un instante le dije:
-Démole pues
Caminamos un poco y entramos al camposanto, luciando entre los nichos y sepulturas y mientras lo hacíamos, algo en mi mente me decía: Patojo baboso… ¿qué andan haciendo aquí? Pero como no quería ser el miedoso del grupo, seguimos avanzando. Adolfito llevaba el rifle y el guardián y yo las linternas, en eso la luz de dos ojos rojos se reflejaron ante la linterna y al mismo tiempo dijimos:
-¡Allí hay uno!
Adolfito acomodó el rifle en su hombro, le quito el seguro y apuntó…
¡pum…pum!, sonaron dos disparos…pero, los dos ojos rojos seguían reflejando la luz de los focos.
Volvió a apuntar y disparó dos veces más…igual…los dos ojos seguían viéndonos fijamente.

Yo todavía le dije:
-Que pulsito vos, préstame el rifle, vas a ver que yo si le doy…
Ajusté las dos miras y apunté fijamente hacia los dos ojos rojos que brillaban intensamente ante la luz de las linternas y disparé dos veces…
Nada, los ojos seguían fijos en nosotros.
Nos quedamos callados sin saber que decir, Adolfo y el guardián estaban detrás de mí y de repente fue éste el que dijo:
-¡¡Ahhh puchis…esto ya no me está gustando!!
En ese momento, sentí que una corriente eléctrica me empezó a correr por toda la espalda y que el pelo se me paraba, me di vuelta y mis acompañantes ya no estaban, solo se miraba el destello de la luz de las linternas a lo lejos donde iban huyendo. Traté de gritarles que me esperaran, igual de correr, pero las piernas no me respondían.
Cuando al fin lo pude hacer, corrí lo más rápido que podía, sintiendo que alguien iba detrás de mí y que me iba a alcanzar, pero por baboso volteaba a ver.
Al fin llegué a la entrada del cementerio, allí estaban mis acompañantes, igual que yo: asustados y sofocados.
-Por la gran chucha, ¿que sería eso dijo el guardián?
- A saber- le dije yo, algo enojado porque me habían dejado solo.

Adolfito ya más calmado nos calmó también a nosotros, diciéndonos que era cierto lo extraño del caso, pero, que no deberíamos quedarnos con la duda sobre lo que había allí.
¡¡Mi sombrero!! Pa que vamos a regresar- dijo el guardián.
En ese momento pensé, que era la ocasión de desquitarme por salir huyendo antes que yo y a pesar del miedo que me daba, les dije:
-Está bueno, vamos a averiguar de que se trata el asunto.
Emprendimos el camino hacia el lugar donde habíamos estado, luciando a cada rato y con el rifle preparado por cualquier cosa.
Cuando llegamos, ubicamos la posición hacia donde disparamos y efectivamente allí estaban los dos ojos rojos todavía. Poco a poco nos fuimos acercando, yo sentía que el corazón me palpitaba como a mil por hora. Cuando llegamos adonde habíamos disparado, el guardián soltó una carcajada que resonó en todo el cementerio.
-Jajaja…ve pue lo que nos asustó…es una araña de caballo y la pobre está desecha de tanto tiro que le pegaron, con razón, si los ojos seguían reflejando la luz.
Adolfito y yo nos vimos y empezamos a reír también, aunque todavía nerviosos por la experiencia.

Luego, nos retiramos ya más tranquilos, haciendo bromas sobre nuestra aventura de esa noche.
Pasado un tiempo, me encontré con Adolfito y entre nuestra plática me dijo:
-Ve vos, por cierto, dice el guardián que cuando vamos otra vez a conejiar al terreno.
-Decile que por baboso- fue mi respuesta- ¡que para conejos…suficientes hay en Margaritas!
Los dos reímos de la ocurrencia y mejor nos fuimos a beber un delicioso licuado en las afueras del mercado nuevo.

Tío Chepe

José Braulio Rodríguez González fue su nombre, pero en la familia lo conocimos siempre cariñosamente como "Tío Chepe".
Llegaba muy seguido a visitarnos a la aldea Margaritas, quizás porque también era hombre de campo, por haber nacido en la finca de mis abuelos que estuvo ubicada en el camino de Nancinta a San Juan Tecuaco el 19 de marzo de 1903.
Por las fotografías que pude ver de su juventud fue un hombre muy guapo y de buen porte, aficionado a la cacería y la pesca.
Practicó el boxeo, por lo que me imagino que fue bueno para las trompadas, pero en el tiempo que yo lo traté era un hombre muy tranquilo y calmado, sabio en sus consejos.
Trabajó durante muchos años en la Dirección General de Camino, siempre decía que se sentía muy orgulloso de ser Caminero. Estuvo en un campamento que había a la par del puente María Linda y siempre que viajábamos por allí, yo trataba de verlo a través del vidrio de la camioneta en la nos transportábamos.
Cada visita era muy alegre, porque sabía que íbamos a ir de cacería o a pescar lo cual siempre me gustó.

Eso sí, era muy estricto en cuanto al buen manejo de las armas y hay de aquel que no siguiera sus consejos. Me recuerdo que una vez, yo iba a ir a matar conejos, acompañado de Mino Rodríguez y mi tío y mi papá estaban platicando afuera de la casa. Me acerqué a donde estaban y esperé un poco porque estaban conversando. Antes de eso, tío Chepe me había recordado una vez más acerque de los cuidados que se deben tener en el manejo de un arma. Mientras esperaba que se desocuparan, tenía el rifle calibre 22 apuntando hacia el suelo y con el seguro puesto. De plano me empecé a desesperar porque no terminaban de platicar y comencé a jalar gatillo del arma, con la mala suerte de que, a pesar de tener el seguro puesto, se me escapa un tiro, el cual pegó a escasos centímetros de los pies de ellos.

Al principio me asusté, pero después se me caía la cara de vergüenza al pensar en las consecuencias y llamada de atención que me iban a dar. Pero quizás mi tío y mi papá se asustaron también y no me dijeron nada con palabras, pero sus miradas fueron suficientes para comprender que mejor me iba de allí a gastar los tiros en los conejos.

Fue al día siguiente cuando tuve que sentarme a recibir, primero la regañada correspondiente y después, la charla correspondiente sobre el manejo de las armas.

Mi tío Chepe también fue muy ingenioso, ya que entre los inventos que le conocí, estaba el de un arpón hecho con un tubo de cama, un resorte y madera.
El hierro con punta en forma de tridente se empujaba hacia adentro y se trababa en el gatillo, a manera de que cuanto de jalaba el mismo se liberaba y salía con gran fuerza.
El mencionado arpón lo dejó en la casa y una vez que llegó le pedí autorización para usarlo a lo cual accedió.
Luego, en un viaje a la capital, fui al almacén Marlín, que estaba ubicado en la sexta avenida de la zona 1, en donde compré una careta y unas pataletas para bucear.
Ya equipado con todo eso, empecé a hacer mis tanes en el río Margaritas, logrando sacar buen pescado y grandes camarones.
Siempre fue un gusto ver a mi tío Chepe, incluso cuando viajaba a la capital y él llegaba a visitar a mi tía María en su casa de la zona 6. Me recuerdo que siempre cargaba un hierro forrado con papel periódico a manera de disimularlo. Le pregunté para que lo llevaba siempre consigo y me dijo que para defenderse por si le salía algún mañoso en el camino.
Tuvo muchos descendientes, mis primos, con quienes siempre nos hemos relacionado y comunicado constantemente.

Así son los recuerdos que tengo de mi tío Chepe, un gran ser humano que partió a la presencia del Señor el 03 de noviembre de 1991.

Mi tío Chepe

La tienda

Mis padres siempre estuvieron acostumbrados a ganarse el sustento por medio del trabajo duro y honesto.

Por ello, en las dos ocasiones en que vivimos en la aldea Margaritas (la primera fue en la década de 1960 y la segunda en la de 1970), mi madrecita, buscó la manera de complementar los ingresos del salario de mi papá y por ello tuvo una tienda que surtía a todos los vecinos. La primera en la casona de mi tío Samuel a la par del puente y la segunda en la casita que compraron 100 metros más abajo.

La atendíamos entre todos, es decir, mi papá, mi mamá y yo, turnándonos durante el día y la noche. Les soy honesto a mi esa responsabilidad no me gustaba y buscaba pretextos para zafarme, pero como me decían mis padres: "El que tiene tienda…que la atienda".

Lo interesante era que viviendo en lo que en ese tiempo puede considerarse como área rural, no era tan difícil la logística de abastecimiento y para volver a vivir esa época, comparto con ustedes mis recuerdos.

La mayor parte del abastecimiento de la tienda estaba a cargo de don Luis, quien cada 15 días realizaba el recorrido por el sector en un camioncito, donde

llevaba de todo en materia de abarrotes. Nos dejaba crédito, el cual debía ser cancelado en la próxima visita y que yo recuerde, mi madrecita nunca le quedó mal.

Había que estar pendiente también de la visita del vendedor del gas, por ello, se sacaba a la orilla de la carretera el tonel vacío cuando se acababa, para que fuera llenado por el pick up que tenía un gran tanque en la palangana y por medio de una manguera surtía el líquido inflamable, el cual era para vender, pero también para uso en la casa, ya que la refrigeradora, el congelador y las lámparas funcionaban a base de ese producto.

Por cierto, me recuerdo que cuando yo tenía tos, mi viejita me daba un vaso de agua con una gotita de gas y funcionaba de maravilla como remedio.

Todos los días, en su motocicleta y con un gran canasto en la parte de atrás, llegaba el vendedor de pan, quien nos surtía de francés y pan dulce, también para la venta y el consumo propio.

Cada dos semanas, la visita era del carrito de helados Sarita, cuyo producto nos había dado en calidad de préstamo el congelador que funcionaba a base de gas. En otro capítulo les conté que, entre las condiciones para darnos el congelador, nos dijeron que era exclusivo para los helados, pero se aprovechaba para

meter aguas, cervezas y pollo y carne que no cabía en el refrigerador.
Por ello, era nada más viendo al vendedor y sacando todo lo que estaba de más, ya que el entraba a revisar y tomar inventario de lo que había para así, hacer un nuevo pedido.
Pasaba otra persona y era el que nos surtía de medicinas básicas en aquel tiempo, tales como yodoclorina, alka seltzer, tiamina, mertiolate y alcohol.
Aparte pasaba un montón de vendedores de artículos diversos, como hamacas, atarrayas, ollas y sartenes además de colchas por abonos. Con lo de hamacas y atarrayas no muy tenían venta, porque esos productos los fabricaban las mismas gentes de la aldea.
Pero aparte de los vendedores, pasaba una persona que iniciaba su trayecto en Escuintla en moto desde muy temprano y su recorrido era exclusivo para comprar camarón. La mayoría de vecinos que pescaban lo vendían, en nuestro caso la mayoría lo consumíamos. El señor lo compraba pesado con una su balanza que tenía dos palanganas sostenidas por dos pitas que colgaban de un palo horizontal y cargaba unas sus pesas color dorado, que iba agregando o quitando según marcara la balanza; en esos tiempos el camarón lo pagaba a tres quetzales la libra (que en ese tiempo era un dineral). Vale decir que

muchos de los vecinos podían tener sus buenos centavos pescando, porque los camarones del río en ese tiempo eran muy grandes y con tres, bien se hacia una libra.
La creatividad era primordial en aquel lugar, por ello, también mi madrecita preparaba para la venta los famosos Topogigios, con hielo y sin hielo.
Yo creo que la mayoría de las ganancias de la tienda se iban en nuestro consumo, es decir, casi no quedaba efectivo, pero era suficiente con el hecho de mantener nuestras necesidades básicas.
La autosuficiencia complementaba nuestra vida rural, ya que mi tío Samuel le prestaba un terreno a mi papá para que sembrara maíz, lo cual era un proceso muy interesante, porque primero había que pagarle a un vecino que tenía bueyes, para que arara el terreno para poder preparar la siembra. Luego se compraba el grano, que era el famoso maíz H3, se esperaba la primera lluvia y se procedía a la siembra. Se tenía cuidado de mantener limpio el terreno de todo tipo de hierba y cuando las matas crecían y era momento de la cosecha, también se contrataba a algunos vecinos que nos ayudaran con la misma. Luego se secaban las mazorcas para después desgranarlas. Para hacerlo, se buscaba una hamaca vieja, se colgaba y se metían las mazorcas en ella, se ponía un petate abajo, para luego aporrearlas con un leño y allí caían los

granos. A mí, cuando me tocaba hacerlo, tenía que irme a bañar al río después porque las mazorcas soltaban un como polvillo al que le decían Tamo, que vaya si no picaba en todo el cuerpo. Era similar a un arbusto llamado pica-pica, que cuando había mucho viento lo arrastraba y si le caía a uno encima le causaba muchas molestias. La sabiduría popular aconsejaba echarse barro en el cuerpo para calmar la picazón y créanme que, si funcionaba, quizá porque como eran una especia de pelillos que se metían en los poros, el barro los aprisionaba y cuando uno, después se echaba agua, los sacaba.

Así eran esos tiempos, simples y sencillos, pero sin duda generadores de recuerdos maravillosos.

Tío Samuel

Mi tío Samuel Rodríguez González fue el mayor de los hermanos de mi padre, nació en la aldea Los Cerritos el 18 de abril de 1900

Fueron cinco hermanos: Samuel, Augusto, José, María y Carlos (mi padre), aunque a mi tío Augusto no lo conocí, porque falleció antes de que yo naciera.

Mis primeros recuerdos de mi tío Samuel se remontan a la gran casa de esquina del barrio Belén en Chiquimulilla, que todavía está en pie, aunque con algunas modificaciones. Allí fui a pasar buenos momentos y nos atendieron siempre muy bien con su esposa Natalia, a quien simplemente llamábamos "Nata".

Fruto de su matrimonio nacieron mis primos Tina, Martita, Tere y German, de los cuales solo vive el varón.

Muchas veces llegué a quedarme a su casa y me divertía jugando en el gran patio de la misma disfrutando la niñez con mis sobrinos, todos casi de mí misma edad: Leonor, Rosario, María Luisa, Joaquín y Samuelito. Recuerdo cómo me gustaba escuchar las historias de espantos y aparecidos que se contaba salían por la noche en un rincón oscuro del patio, al cual, ni aunque me hubieran pagado me acercaba, incluso ni de día.

Y es que aún hoy, Leonorcita me cuenta que las apariciones siguen dándose en la vieja casa familiar.
Mi tío fue propietario desde finales de 1950 o inicios de 1960 de una pequeña finca en la aldea Margaritas, cuya casa principal está ubicada aún a la par del puente "Primer Obispo Francisco Marroquin", es decir en la parte alta del río.
En esa misma casa, vivimos con mis papás en la primera época de acercamiento a la aldea y en la parte de atrás vivía mi prima Tina con su familia, lo cual me sirvió para disfrutar de incontables aventuras con mis sobrinos.
En ese tiempo, mi madrecita tuvo su primera tienda, la cual era muy frecuentada por los vecinos, de quienes siempre disfrutamos de su amistad y cariño.
A lo lejos me recuerdo de ellos, principalmente de un personaje cuyo nombre era Abel, quien padecía de problemas mentales y se identificaba porque usaba como cinco sombreros a la vez, pero por lo general era muy tranquilo viviendo en su mundo.
Una vez estaba sentado el tal Abel en una piedra que había frente a la tienda y yo, que estaba como de cinco años, andaba jugando, cerca de donde se dedicaba a ver a los demás y a reírse solo. No sé ni porqué, se me dio por irme a sentar a otra piedra que estaba a la par y la verdad no me acuerdo si le pregunté algo o solamente llegué a observarlo con curiosidad; la cosa

es que de repente, el Abel me ha de haber visto cara de cenicero, porque se me quedó viendo y me apagó la chenca del cigarro que se estaba fumando en un brazo.
Yo creo que más del susto que de otra cosa, empecé a gritar y armar el escándalo, con tal fuerza, que hasta el propio Abel se levantó y se fue. Mis papás y los vecinos corrieron a ver que me había pasado y me preguntaban a la vez sobre lo sucedido, pero, yo por la lloradera no podía contarles nada.
Fue hasta que me tranquilicé que pude decir que el Abel me había quemado con el cigarro para que me revisaran y vieron que no tenía más que una pequeña ronchita, por lo que me regañaron, primero por chillón y después por andármele acercando al otro que no estaba bien de la cabeza.
En otra ocasión, mi hermano Carlos y yo estábamos en la cocina con mi madrecita, la cual era un pequeño ranchito de varas y techo de lámina y que tenía una especie de lavatrastos hecho de ramas, con inclinación hacia abajo para que escurriera el agua, con lo cual donde caía, se formaba un pequeño charco.
En eso, mi hermano se subió al lavatrastos, pero como estaba mojado, se resbaló y cayó entre el lodo que se formaba abajo del mismo.
Mi mamá se le quedó viendo por el ruido que hizo y de repente Carlos empezó a gritar y llorar, por lo que

le dijo que no fuera llorón y que se levantara, pero aquel no lo podía hacer.
Se le acercó y lo ayudo a ponerse en pié y fue cuando le vimos la rodilla toda ensangrentada, con un cuchillo ensartado en la misma y que saber desde cuando estaba entre el lodo.
Rápidamente llamó a gritos a mi papá y no había de otra, había que llevarlo a Chiquimulilla lo más pronto posible, lo cual se hizo a pesar de las limitaciones de transporte en esos tiempos. Al llegar, fue atendido por nuestro recordado don Rubén Bran en el dispensario del IGSS ubicado en la esquina opuesta norte de la vieja casona de la municipalidad.
Gracias a Dios no pasó a más gracias, a la curación y tratamiento proporcionado por don Rubén, por lo que todo quedó como un susto y una gran cicatriz en la pierna de Carlos.
Pues bien, en la finca de mi tío Samuel íbamos a los potreros donde estaba el ganado a traer leche y veces nos tomábamos los pocíos con leche calientita y espumosa al pie de la vaca. Cuando no me gustaba era cuando el ganado había comido una planta que salía junto al zacate y que le daba muy mal sabor a la leche.
Muchas veces también, mi tío le proporcionó terrenos prestados a mi papá para que sembrara maíz y otros granos.

En nuestra segunda época en la aldea, cuando nos fuimos a vivir en la "Villa San Nicolás" como mi madrecita llamó al terrenito a la orilla de la carretera y frente a la finca de mi tío, me recuerdo que llegaba a visitarnos casi todas las semanas al caer la tarde y siempre que lo mirábamos, yo iba siempre a hacerle encuentro para ayudarlo porque usaba bastón para movilizarse.

Se quedaba a cenar con nosotros y platicaba con mis papás de muchas cosas, de antes y de ese tiempo. Mi papá le tenía un gran respeto y cariño a su hermano mayor. Cuando se iba, lo acompañábamos en el recorrido de regreso a su casa, que era de aproximadamente 300 metros y cuando ya estaba en la puerta, siempre se despedía viéndome a mí con un: "Gracias Mijo".

Mi tío Samuel, de los hermanos de mi padre fue el segundo en fallecer, después de mi Augusto, luego murió mi tío Chepe, le siguió mi papá y por último mi tía María.

Al fallecer mi tío, mi prima Teresa Adelaida se hizo cargo de la administración y trabajo referente a la finca de la aldea Margaritas, hasta su fallecimiento.

Historia extraña

Las leyendas y tradiciones siempre permanecen en la memoria de nuestros pueblos y Chiquimulilla no ha sido ajena a ello.

Aquellos eran tiempos en los cuales en el pueblo no había más distracción que ir a los cines, a la cancha de básquet o simplemente, conversar en el parque o sentarse en la puerta de la casa a platicar con los vecinos.

En la aldea Margaritas, la vida era más simple y rutinaria, pero no dejaba de ser animada con la visita de los vecinos a la tienda de mi madrecita.

Por ello es que en el pueblo y en la aldea, escuché muchas historias, algunas exageradas, pero había otras que lo ponía en que pensar a uno.

Me las transmitieron respetables vecinos, que fueron de primera mano y que habían escuchado de otras personas y quizá le agregaban sus condimentos para hacerlas más interesantes.

Como por ejemplo la del susto que recibió Manuel Taracena cuando una madrugada por salir a ver si ya era hora para que su mamá se fuera en la camioneta hacia la capital, se le apareció un caballo alazán con un jinete sin cabeza y que dicen que era el espíritu de Oscar Moncada, quien por andar pasado de copas, se le dio por andar corriendo por las calles empedradas

del pueblo, sin darse cuenta de un hoyo que habían dejado cuando quitaron un poste, por lo cual el corcel metió la pata y el jinete salió volando, golpeándose la cabeza en la calle y desnucándose, por lo que falleció en el acto. Al pobre animal, ya no se podía hacer nada por él debido a que se quebró la pata, por lo que las autoridades le dispararon en la cabeza para que ya no sufriera.

Por ello, contaban que tanto el animal como jinete salían por las noches, porque no les habían rezado un responso para el descanso de sus almas.

Pero, esto que les cuento no me lo contaron, lo viví en una noche oscura de la costa sur y que al recordarla me hace pensar una vez más acerca de sucesos extraños e inexplicables.

Mi padre ya me había contado acerca de un jinete misterioso que pasaba por la carretera y que la gente decía que solo se escuchaba, pero que nunca nadie lo había visto y también en una ocasión, nuestro amigo, Maximino Rodríguez contaba que una noche de luna llena, había escuchado los cascos de un caballo en la carretera frente a su casa, pero no había visto nada.

Yo tenía mis dudas en cuanto a las historias y más cuando Chayón Ramos llegaba y juraba y perjuraba que todo era cierto, porque vaya si no era bueno para inventar charadas.

Mi madrecita ya había fallecido y con mi papá estábamos a cargo de la tienda, la cual nos daba el sustento para vivir. Una noche de luna llena, recuerdo que habíamos cerrado, los vecinos ya se habían marchado y nosotros nos quedamos un rato sentados en la puerta platicando con mi papá, rodeados de nuestros perros.

Ya cansados procedimos acostarnos y yo en ese tiempo era de sueño fácil, así que rápidamente me quedé dormido. No sé cuánto tiempo había transcurrido, cuando de repente sentí las manos de mi viejo en los hombros y a la vez, escuché que me decía:

- ¡Guichito…Guichito…despertáte!

Yo todo adormilado abrí los ojos y alcancé a preguntarle:

- ¿Qué pasó papa?

- ¡Oí…oí! - me contestó-

Paré la oreja para tratar de escuchar lo que me indicaba mi padre y poco a poco empecé a oir a lo lejos, los cascos de un caballo que se iba acercando poco a poco. Don Carlitos se me quedó viendo y luego de un rato me dijo:

- ¿Querés salir de dudas?

Yo lo pensé por unos momentos y luego le contesté afirmativamente.

-Veníte pues- me indicó-

Me levanté de la cama y lo acompañé a la puerta de la casa, la abrimos y la luna llena inundaba todo el patio frontal de la casa como que se fuera de día. Como cosa rara los perros no estaban esperándonos como pasaba regularmente cuando abríamos la puerta.
Los dos nos quedamos en silencio, viendo hacia la vista privilegiada que teníamos de la carretera, en donde cada vez se escuchaban con más fuerza el sonido de los cascos del caballo.
-Yo creo que ha de ser uno de los Túchez o de los Enríquez que va para su casa –le dije a mi papá-
-No creo –me dijo- porque ya es media noche y no acostumbran andar a esta hora por aquí.
Seguimos viendo a la carretera y el sonido se acercó tanto, que ya casi estaba frente a nosotros y pensé que íbamos a ver de quien se trataba…pero…inexplicablemente…de repente, os cascos del caballo se oyeron más debajo de la carretera, es decir, no pasó frente a nosotros. En ese momento, los perros empezaron a aullar fuertemente, lo cual me causó un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo; mi papá se me quedó viendo y me dijo:
-Ya viste que no son historias, allí pasó el jinete misterioso.
Yo todavía no asimilaba lo que sucedía, así que le dije que mejor nos acostáramos, haciéndome el valiente, pero la verdad que si me había dado miedo el asunto.

Al día siguiente comentamos entre nosotros el suceso y luego llegó Maximino y por la noche Chayón, a quienes les contamos de lo que habíamos sido testigos.
Chayón nos dijo que él lo había oído también y que de valorudo salió encontrase con el jinete, pero que cuando estuvo en la carretera ya el ruido de los cascos iba lejos.
Por su parte, Maximino mencionó que le habían contado que era uno de los vecinos trasnochadores y que venía de Nancinta.
Chayón ya un poco molestó le dijo:
-Pero y entonces ¿por qué no se miraba a nadie?
Nosotros asentimos con la cabeza como secundando lo dicho, lo que Mino contestó:
-Porque él iba del otro lado de la carretera y como la casa de ustedes está en la parte baja, ya no alcanzan a ver para allí la silueta del jinete y del caballo y solo escuchan el ruido.
Allí empezamos a darle nuestra opinión, pero no llegamos a un acuerdo sobre lo que realmente había sucedido aquella noche de luna llena de febrero.
Incluso ahora, que han pasado tantos años, cuando recuerdo lo que pasó, tengo mis dudas en cuanto lo que puede ser realidad y lo que cae en el campo de lo incomprensible.

Susto en la Poza del Tamarindo

El río Margaritas siempre fue caudaloso en los años en que viví en la aldea, aunque con los años ha disminuido un poco en cuanto a la cantidad de agua que lleva, principalmente en el verano.
Se caracteriza por un flujo constante de sus aguas, en las llamadas "chorreras" y las pozas donde el agua encuentra un remanso, eran pocas las que se podían encontrar.
La más conocida es la que está casi debajo del puente y que conoce como "Poza del Terrero", de lo cual no tengo ni idea de porque se llama así.
Pero hay otras, como la "Del Remolino", la cual no conocí porque sen encontraba un poco alejada de mi casa y la "Del Tamarindo", ambas con la fama, según contaban los vecinos de que estaban "encantadas".
En una ocasión, me decidí a cambiar de lugar para ir a pescar con mi arpón y me fui entre la finca de mi tío Samuel buscando un buen lugar para ir a molestar a los pescados y camarones.
Como no me parecían los lugares del río, por tener mucha corriente, caminé un buen trecho y cuando sentí, llegué a la poza del Tamarindo.
En la misma, estaba una especie de estación hidrológica del INDE, la cual era sencilla y tenía un medidor del nivel de las aguas y un cable que

atravesaba el río con una canasta, que me imagino, utilizaban los técnicos para pasar de un lado al otro.
El lugar era muy tranquilo ya que no vivía gente cerca y por ello, solo se escuchaba el ruido de las aves. Me decidí a pescar en ese lugar y por ello preparé mis utensilios, los cuales consistían en el arpón y la careta.
Por aquellos tiempos, yo leía mucho los chistes de Chanoc, quien tenía un colmillo de lagarto colgado del cuello y para imitarlo, siempre cargaba un Áncora, o sea un ancla con una bonita piedra de adorno que mi papá me había regalado.
Me metí a las tibias aguas del río y busqué un lugar donde pudieran estar ubicado los peces, me sumergí una primera vez y nada, no se miraba ninguno.
Lo intenté una vez más y nada; por lo que cambié de ubicación y me fui a donde estaba la corriente, en la parte más profunda de la poza. La profundidad era de unos dos metros y había algunas piedras que podían ser refugio para peces o camarones.
Después de un rato, me llamo la atención un reflejo en el agua, por lo que fijando mi vista pude distinguir un enorme pez que se había metido debajo de una cueva formada por dos piedras. Me fijé bien donde era y salí a respirar, para de una, meterme otra vez y así no se escapara.
Empecé a buscar en el lugar donde lo había visto y no estaba, de repente apareció y pude cerciorarme que

era un Tepemechín de buen tamaño, de los que ya no se miraban en el río por lo que bajé más para ver dentro de las piedras, pero otra vez, ya no estaba. Como me estaba quedando sin aire, decidí salir de nuevo, pero cuando lo quise hacer, no pude…algo me impedía subir.

Empecé a perder la calma, porque necesitaba respirar, por lo que tratando de ver qué pasaba, me di cuenta que la cadena con el Áncora se había trabado entre dos piedras y me tenía atrapado en el agua. Con mucho cuidado traté de zafarla de donde estaba atorada, pero no se podía y yo, ya casi sin aire. Desesperado y aterrado, hice mi cabeza hacia atrás fuertemente y así logré reventar la cadena para poder salir.

Fue un alivio el salir y tomar el aire nuevamente, porque hasta estrellitas estaba viendo por estar sumergido tanto tiempo.

Me alejé un poco hacia la orilla para pensar un poco, porque la cadena se había quedado entre las piedras y luego de algunos minutos decidí dejarla allí y ya no volver a sumergirme, así que sin cadena y sin pescados emprendí el regreso a la casa.

Cuando conté lo sucedido a mis papás y algunos vecinos, me aconsejaron que ya no fuera pescar por allí, debido a que no era el primero al que le sucedían cosas extrañas en ese lugar.

Decían también que, por las noches, se miraban luces de colores dentro del agua y que incluso, algunos técnicos del INDE que habían estado por unos días en el lugar, escuchaban voces frecuentemente, sin que hubiera más personas cerca.
Recordaban que hacía algún tiempo, unos pescadores estaban lanzando bombas de clorato en la poza, pero que a uno de ellos le había estallado una al momento de lanzarla y que había fallecido en el lugar y que, por eso, allí había un encanto.
Ese día, le di gracias a Dios por protegerme, pero creo que me tocó dejar mi tributo a la poza del Tamarindo.

Aventura con un lagarto

Frecuentemente acostumbramos ir a cazar conejos que abundaban por todos lados en la aldea Margaritas. Pero si había un sitio donde encontraban en mayor cantidad era en la propiedad de Nazario "Chayón" Ramos, la cual por cierto era bastante extensa y contaba con gran cantidad de potreros con abundante zacate.

Tenía mucho potrero con bastante zacate verde, ya que era atravesada por una quebrada y colindaba con el río.

Una noche nos fuimos con Maximino Rodríguez para buscar a Chayón en su casa, la cual distaba aproximadamente un kilómetro en vía recta, a pie, siguiendo la carretera.

Llegamos al fin y nos recibió amablemente nuestro amigo acompañado de su hijo Tello (siempre lo conocí así, nunca supe su nombre) y después de conversar un rato, esperando que pasara una leve llovizna que había, Chayón fue a buscar su carabina 22 y su revólver del mismo calibre.

Salimos y empezamos a caminar hacia los potreros de la orilla del río, donde luciando con nuestras linternas con baterías nuevas, empezamos a buscar a los conejos.

Pasó algún tiempo y no encontramos nada, nos cambiamos de lugar y allí encontramos un par que se nos escaparon sin salir heridos ante los disparos.
Caminando íbamos, cuando de repente oímos otros sonidos de tiros a lo lejos, lo cual nos causó extrañeza y más a Chayón, quien desconocía que alguien estuviera en su propiedad.
Alertas y atentos empezamos a caminar al lugar de donde provenía el sonido y en eso, escuchamos el ruido de alguien que se acercaba corriendo. Por precaución nos escondimos detrás de unos árboles y apareció un patojo corriendo gritando:
- ¡Oy Don Chayo…don Chayo!
Cuando lo vimos, lo alumbramos con los focos y él se detuvo, se nos quedó viendo un poco asustado y dijo:
-Don Chayo, que dice don Wolfio que allá en la orilla de la quebrada hay un gran lagarto y el rifle se les descompuso.
Dedujimos entonces que, quien andaba de cacería era don Wolfio Aldana, que había llegado del pueblo y como no encontró a Chayón, la esposa de esta le dio permiso de entrar a la finca.
-Llevános a donde están -le dijo Nazario al patojo-.
Nos fuimos siguiéndolo y después de un corto recorrido nos encontramos a los otros cazadores, siendo don Wolfio el que saludó cordialmente:

-Buenas noches señores, disculpe don Chayo por haber entrado sin avisarle antes, pero su esposa doña Concha nos dijo que no había problema para entrar y que de seguro los íbamos a encontrar en los potreros. Pues buscándolos andábamos, cuando de repente, de la quebrada salió un gran lagarto que nos asustó y le empezamos a tirar, pero el rifle se nos trabó….
Todos nos observamos en silencio, porque si bien había, no era común ver un lagarto en la aldea.
Chayón preguntó entonces:
- ¿Y Dónde está el animal?
-Allí se metió en ese matocho -contestó don Wolfio-, tengan cuidado porque está bravo.
Miramos a donde nos indicaba, alumbrando al mismo tiempo con las linternas y efectivamente, dos grandes ojos rojos reflejaban la luz dentro del monte a la vez que se escuchaba una especie de silbido ronco, lo cual indicaba la molestia del lagarto.
-Si me da permiso, présteme su carabina le dijo don Wolfio, para ver si matamos.
Chayón lo pensó un ratito y luego me dijo:
-Désela Guichito por favor.
Yo accedí no muy de buen gusto, porque me hubiera gustado ser el que disparar, ya que sería la primera vez que lo hacía a esa clase de animal.
Don Wolfio cargó el arma, quitó el seguro y disparó, se oyó cuan la maleza se movió y el silbido fue más

fuerte. Volvió a disparar y, lo mismo, parecía que el animal se movía hacia adentro del monte.
Yo entonces no me aguanté las ganas y dije:
-Présteme el rifle don Wolfio, voy a probar a ver si tengo suerte.
Se me quedó viendo fijamente como pensando, que vas a poder vos patojo, pero entonces, Maximino intervino y le dijo:
-Guichito tiene pulso don Wolfio, déjelo probar.
-Si pues -agregó Chayón- que pruebe.
Accedió y me dio la carabina, me saque una nueva ronda de tiros de la bolsa y cargué el arma, luego pedí que me lo alumbraran de manera que solamente se viera el reflejo de un ojo, no de los dos. Así lo hicieron y cuando lo tuve a la vista, junté las dos miras, apuntando cuidadosamente. Jalé el gatillo suavemente y disparé… ¡Pummmm!
El monte se sacudió violentamente durante un instante y luego, nada, ya no hubo movimiento ni sonido.
Con mucho cuidado, nos esperamos un rato y luego empezamos a quitar con los machetes las ramas donde se había escondido y allí estaba…muerto con el balazo en el ojo. Era un animal de aproximadamente metro y medio, bastante ancho y con uno colmillos muy grandes.

-Ve pues- dijo don Wolfio- no se le sabía esa gracia al Guichito, de que era pulsudo.
Reímos ante el comentario de nuestro amigo y luego Chayón le dijo:
-Si quiere lléveselo, que yo no le sacó provecho al animal, más que evitar que me muerda una vaca o me mate un mi chucho.
Don Wolfio le agradeció el gesto y junto con sus acompañantes empezaron a cargar al pobre animal.
Antes de que se fueran, imaginándome a Chanoc, el personaje de los chistes de antes, le pedí favor a don Wolfio que me guardara un colmillo grande para ponerlo en una cadena, pero pasado el tiempo me lo encontré y me comentó que también había regalado el lagarto a otra persona e incluso le pidió la piel para hacer unas botas, pero nunca se la entregó.
Una vez se fueron los visitantes, mejor nos regresamos a la casa de nuestro amigo, porque con la bulla y e alboroto que se armó, los conejos habían tomado la sabia decisión de irse a sus madrigueras.
Nunca más volví a ver un lagarto en la aldea Margaritas, espero que no haya sido el último de su especie por esos rumbos.

Otro caso extraño

En la época que sucedieron estas historias, Chiquimulilla y sus aldeas eran poblaciones sumamente tranquilas y pacíficas, con gente trabajadora y aferrada a sus creencias y principios.
A mediados de la década de 1970, como les relaté en capítulos anteriores, vivimos en la aldea Margaritas con mis padres y teníamos una tienda, la cual era la que surtía a la mayoría de vecinos.
Al caer la tarde, cuando el sol iba descendiendo en horizonte de la costa pacífica y cuando el fuerte calor amainaba, era cuando la mayoría de pobladores se daban cita en el amplio patio y corredor de la casa para jugar baraja, dados o conversar sobre los temas del día.
Entre ellos, llegaba todos los días un hombre todavía joven, de unos 35 años, de vestimenta sencilla y que se relacionaba con la mayoría de gente.
Su nombre era Lázaro Galdámez y según contaba era originario de una aldea de Jutiapa, pero siendo muy niño quedó sin sus padres y no tenía más familia, por lo que empezó a viajar de lugar en lugar, haciendo todo tipo de trabajos para ganarse la vida, eso sí, honradamente, decía siempre.

En una de esa, llegó a la aldea y consiguió que le dieran posada en un terreno baldío que tenía un vecino de apellido Carías.
Allí construyó un humilde ranchito de bajareque y techo de hojas de palma, saliendo a ver como se agenciaba de dinero o bien de alimentos a cambio de trabajo.
Y es que era ducho en cualquier labor que se le encomendaba, que, si había que ir a tapizcar la cosecha de maíz, lo contrataban; escarbar un pozo, allí iba de ayudante del pocero; ir a chapear una parcela, también.
En fin, siempre tuvo trabajo y poco a poco mejoró su vivienda, comprando láminas usadas para techar el ranchito y otros trabajos de remodelación.
Delo que se sentía orgulloso, era de haber podido comprar un su radio marca Crown de batería, en el cual contaba, oía las noticias y la música ranchera de ese tiempo.
Un día que fue a hacer unos trabajos de albañilería a una casa, conoció a una jovencita que trabaja con la esposa del que lo había contratado y eso fue amor a primera vista.
Al principio, la señorita, cuyo nombre era Clara, no muy se animaba a corresponder las insinuaciones amorosas de Lázaro, pero terminó cediendo a lo que su corazón también le decía que era amor.

No pasó mucho tiempo para que, como se decía en la aldea "se fueran a vivir juntos", ya que la jovencita era de una aldea de Escuintla y tampoco tenía familia.
Eso sí, ella seguía trabajando en la casa donde la conoció Lázaro y este seguía ofreciendo sus servicios a quien lo requería.
Pasado un tiempo Clara resultó esperando el fruto del amor que nació entre ellos. Esto preocupó a Lázaro, porque ella debió de dejar de trabajar y con ello ganar el dinero que complementaba la entrada del humilde hogar.
Y eso comentaba Lázaro a los vecinos cuando llegaba por las tardes a jugar conquián o pokar con el fin de ver si podía ganar algunos quetzalitos extras, pero era todo lo contrario porque siempre perdía lo poco que ganaba.
Una noche, no estaba jugando y uno de los presentes, extrañado, le preguntó:
-¿Qué te pasa vos Lázaro…y eso que no estás jugando?
A lo que el interpelado, pensativo, respondió:
-Es que ya no tengo pisto, no me han caído chances y mi patojo ya va a nacer, ya no sé qué hacer.
Todos se quedaron viendo un momento al pobre Lázaro, que de verdad estaba preocupado.
En eso, uno de los que había escuchado los lamentos del pobre muchacho, le dijo:

-Vos deberías de hacer las de don Agapito
- ¿Qué hizo él? Preguntó.
-Mirá como vive de bien, tiene terrenos, ganado y vive tranquilo.
- ¿Y eso que tiene que ver?
-Pues, a mí no me creas, pero dicen que hizo un trato, ¿por qué no vas y le preguntas?
-Já, por baboso…de repente se enoja conmigo y me saca a balazos.
-No hombre…si a él le gusta contar la historia.
Los días pasaron con la rutina de siempre, pero a todos nos extrañó que Lázaro ya no llegó a la tienda como acostumbraba todas las tardes.
Lo comentarios eran variados en cuanto a que nadie lo había visto y que a lo mejor se había ido a vivir a otro lugar sin avisar ni despedirse.
Como al mes, fue sorpresa para todos que Lázaro apareció una tarde, saludando a todos los vecinos.
Se le veía más flaco que de costumbre y su pelo había encanecido prematuramente.
Fue don Chente el que le pregunto jovialmente:
-Idiay vos Lázaro, ¿qué te habías hecho que no te volvimos a ver en mucho tiempo?
-Si pues, ¿o es que ya nació tu patojito y ya no te dejan salir? - dijo otro vecino.
Lázaro se les quedo viendo, pensando su respuesta unos momentos, hasta que respondió:

-En eso tiene razón don Goyo, ya nació mi hijo y he estado pendiente de él y de mi mujer, pero lo que pasa es que…
-Ahhh…ya vos Lacho contá de una vez hombre – le dijo don Chente.
-Bueno, les voy a contar lo que me pasó. Resulta que la última vez que vine, me dijeron que don Agapito sabía la manera de cómo hacer uno sus centavos. Pues bien, al día siguiente me animé a irle a preguntar. Al principio me recibió como con sospechas de que yo burlarme de él quería, pero cuando lo convencí de que hablaba en serio, accedió a contarme como era el asunto.
Todos escuchábamos con atención, mientras Lázaro continuaba contando su historia:
-Me dijo que había que hacer un pacto, dinero a cambio de entregar uno lo que le pidieran y me preguntó que si yo estaba decidido a hacerlo.
Esa vez les conté que estaba desesperado, porque no tengo dinero y debo llevar comida a mi casa; por ello le dije que sí, que yo estaba decidido a todo.
Está bien me dijo don Agapito y me dio las siguientes instrucciones: Tenés que ir- me dijo- la primera noche de luna llena, a las 12 en punto a la orilla del río y buscar un árbol de amate que está en el cruce de los ríos Margaritas y Los Esclavos, llevás un puro y

cuando estés allí, te sentás debajo del árbol y encendés el puro.
¿Solo eso? -le pregunté yo.
Sí me dijo don Agapito, allí te sentás a esperar.
Todos tragábamos saliva y nos mirábamos con ojos de conejo asustado, ante lo extraño de la historia que contaba Lázaro, que continuó contando:
-Tal como me dijo don Agapito, llegué al cruce de los dos ríos, busqué el palo de amate y me senté, después de pensarlo un poco, encendí el puro. No les miento, hasta ese momento me sentía tranquilo y decidido.
El ambiente estaba sereno y como era un plan despejado, con la luna se miraban unos caballos que estaban cerca comiendo zacate.
De repente, empezó a soplar un aire bien fuerte que mecía las ramas del amate y de unos sauces que estaban a la orilla del agua. Los caballos salieron corriendo asustados y yo ya me empecé a poner nervioso. A pesar de todo, miraba para todos lados, pero no encontraba nada extraño.
En eso, sentí que alguien estaba atrás mío, como pude me voltié despacito y efectivamente había alguien, era un don como de mi estatura, totalmente vestido de negro con un sombrero del mismo color.
La cara no se le miraba, pero a pesar de ello, yo sabía que me estaba viendo. Pasaron algunos instantes de silencio, hasta que el don dijo:

-Buenas noches amigo
Yo trataba de hablar, pero no me salían las palabras…hasta que balbuciando logre decir:
-Buuee…buee…buenas noches don.
- ¿Que anda haciendo por aquí? -me preguntó
Yo no hallaba que decir, todo mi valor y lo que tenía pensado pedir se fue al carajo, yo lo que quería irme de allí.
Al fin me animé y le dije:
-Estoy esperando a unos amigos que andan pescando.
- ¿Seguro? – me dijo y añadió:
- ¿No necesita ayuda?
Ja, allí si ví nublado y las canías me empezaron a temblar, pero como pude saqué fuerzas de flaqueza y le respondí:
-No muchas gracias don, ya no tardan en venir mis amigos.
-Bueno pues, entonces mejor me voy – dijo, bajándose un poco más el sombrero negro
Camino unos pasos y yo me sentí aliviado, pero en eso se voltió y me pregunto:
-¿De casualidad no ha visto unas bestias que andaban por aquí, que las ando buscando?
-Agarraron para allá, le dije rápidamente.
Y antes de retirarse, solo dijo:
-Tenga cuidado, estos lugares a veces no son muy seguros.

De repente ya no lo ví ni escuché pasos que se alejaran, solo los grillos sonaban a lo lejos.
Empecé a caminar, pero sentí que no tenía fuerza en las piernas, como pude me fui agarrando de los árboles y de los cercos, hasta que llegué a mi casa.
Estaba envuelto en fiebre y el temblando. Mi pobre mujer se despertó y se asustó de verme así.
Ya no me pude levantar y perdí el conocimiento durante varios días y cuando pude despertar vi a mi mujer chiniando a nuestro hijo… ¡había nacido mientras yo estaba postrado y yo ni cuenta me había dado!
Lázaro se calló por un momento mientras tomaba un poco de la gaseosa que le habían obsequiado, luego ante nuestra atenta mirada, prosiguió:
-Gracias a los cuidados de mi Clarita, quien a puros caldos de hierbas y raíces logró que me recuperara poco a poco.
Cuando ya estuvo un poco lúcido, Clara me dijo que por poco me voy al otro potrero, porque tuve fiebre muy alta y deliraba a cada rato diciendo incoherencias como: "No me lleve" "Yo no quiero hacer el trato" "Dejeme" "Nooo por favor".
Estando en cama todavía tenía pesadillas y lo primero que hice al levantarme fue pedirle perdón a Dios por lo que había hecho y lo que traté de hacer. También le pedí perdón a mi mujer y por la vida de mi hijo, juré

enmendar mi camino buscando los caminos del Señor Jesucristo.
Clarita me contó que doña Toyita, la esposa de don Gumaro le ayudó en el parto y como ellos van a la iglesia evangélica de allá por el Coco Azul, estuvo orando por mí y que eso era lo que me había salvado. Hasta ahorita logré salir y como ven, a pesar de que ya como normal, me quedé bien seco y no engordo todavía.
Lázaro guardo silencio y todos nos quedamos igual, asombrados por la historia que nos acababa de relatar.
Los días fueron pasando y el protagonista de nuestra historia ya no llegaba tan frecuentemente como lo hacía antes de su experiencia, además, ya no fumaba y no jugaba cartas.
En una de sus visitas, uno de los vecinos le preguntó el porqué de su cambio, a lo respondió:
-Fijáte que como les conté la vez pasada he decidido enmendar mi vida, he aprendido a no andarme quejando y a tener fe en que Dios no nos desampara y siempre va a cuidar de nosotros si seguimos lo que el nos instruye a través de su palabra. Porque, imagináte, yo me quejaba de que no tenía pisto y lo poco que ganaba, lo gastaba en vicios o lo perdía en las cartas, ¿cómo iba a ser próspero así?, por eso me he dado cuenta de que desde que empecé a seguir los

caminos de El Señor, me cae bastante trabajo y puedo sostener mi hogar.
Por eso, acepten mi humilde consejo, busque y confíen en Dios, sus planes son perfectos y no anden buscando solucionar su vida comprometiendo su alma, já…si lo sabré yo.
Todos estuvimos de acuerdo con lo que Lázaro dijo, ya que tal y como el personaje bíblico, él, había vuelto a vivir.

Viajando entre Chiquimulilla y Margaritas

En la década de 1960 y 1970, cuando una viajaba entre el pueblo y mi aldea, existían puntos en el camino, que eran la referencia de la distancia entre los dos lugares. Había que trazarse un mapa mental de los mismos para saber el tiempo que transcurría durante el trayecto, a manera de GPS de o WAZE de eso lejanos años.
Hoy en día, los lugares, han cambiado un poco, algunos han desparecido, otros se han ido agregando, pero en esencia siguen siendo los siguientes, saliendo de Chiquimulilla para la aldea:

El Campamento
Llamado así porque allí estuvo instalada la base de operaciones de la Dirección General de Caminos durante la construcción de la carretera hacia la frontera con El Salvador. Es la confluencia de 4 caminos, el que llega de la capital, la entrada al pueblo, la ruta hacia El Papaturro y la vía que lleva a la frontera. En aquellos tiempos habían 3 gasolinera en el lugar, dos de la familia Mena y una, que pertenecía a los Piloña.

Los Ujuxtales
Se pasaba por esta aldea, conocida también como Los Ujuxtes, donde subía y bajaban muchas personas que usaban el transporte colectivo, había un campo de fútbol al cual íbamos a jugar en algunas ocasiones.

La estación del INDE
Era otro punto de referencia, el ver la estación del Instituto nacional de Electrificación, cuando empezó a llegar la energía eléctrica a la región.
Cruce de Los Cerritos
Tradicional entrada a la populosa aldea, la cual antes era de terracería y que utilizaban los pocos vehículos de la época.

CELECHI
Durante el recorrido, se pasaba por aquí, célebre también como punto para ubicarse, las instalaciones de la Central Lechera Chiquimulillense, donde se llevaba la producción de muchos finquero y productores individuales para ser procesada.

Puente sobre el río Los Esclavos
Desde su construcción, llamado "Beatriz de la Cueva", hasta que fue destruido por la tormenta tropical Agatha en el año de 2010.

Lamentablemente, el colapso del puente dejó 4 personas heridas y una fallecida.
Mientras era reconstruido se instaló un puente Bailey y al término de los trabajos, fue inaugurado en 2013, pero con otro nombre, bautizándole como "Benedicto XIV", en honor al Papa Emérito, el Cardenal Joseph Ratzinger.
Me recuerdo que en una casa que todavía se observa a la par del puente, vivía mi amigo y compañero del Instituto Mario Méndez Montenegro, Otto Moreno a quien siempre admiré su don de gentes y su talento como defensa en el fútbol.

Rancho Alegre
Era un grupo de casas a la orilla de la carretera, en una de las cuales había una tienda que fue propiedad de un amigo de mis padres y de cuyo nombre el tiempo no me permite recordar, pero si de que murió trágicamente en una ocasión en que estaba pescando con bombas fabricadas con botellas, clorato y pólvora. Uno de estos artefactos estalló anticipadamente y lamentablemente no sobrevivió.
Enfrente me recuerdo que había un cerro y en el vivía otra compañera del instituto, hija de un señor de apellido Moreno.

El cruce a Nancinta
Pasar por el cruce a la aldea Nancinta significaba que ya se iba llegando a Margaritas.
En esta aldea nació mi papá, Carlos Luis Rodríguez Gonzáles y la mayoría de mis tíos, quienes tuvieron una finca en el camino a San Juan Tecuaco.
Mi viejo solía bromear cada vez que nos acercábamos al cruce y nos decía: "Ya se van a ver los rascacielos de Nancinta". Yo de patojito, al principio no entendía, porque lo que menos había eran edificios, hasta que comprendí que lo decía en sentido figurado.
Aquí vivía otro mi compañero del Mario Méndez Montenegro, Humberto Alegría, muy bueno para el fútbol y para andar en bicicleta

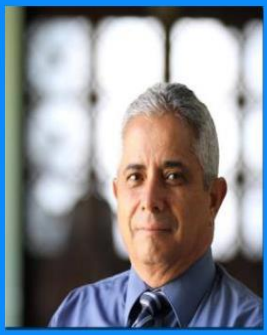
El Coco Azul
Era de la casa de un señor, don Beto se llamaba, que tuvo la ocurrencia de pintar la parte de en medio de una palmera que estaba a la orilla de la carretera de color azul y eso quedó institucionalizado para siempre como punto de referencia con ese nombre.
Desde aquí ya estaba uno muy cerca de la aldea, y se visualizaba el puente a la distancia.

Puente sobre el río Margaritas
Construido en la década de 1950 y bautizado como "Primer Obispo Francisco Marroquín", sigue de pie y

sólido en su estructura a pesar de los años, los temporales e inviernos fuertes que ha sufrido y el paso de tanto vehículo liviano como de transporte pesado. En realidad, es el punto central de la aldea Margaritas, la cual se extendió a ambos lados del mismo.

Ahhh, cuantos recuerdos de épocas maravillosas me trae el mencionar todos estos lugares que se han quedado grabado en mí y que siento estar allí cuando comparto con usted, amable lector, esta Memorias de una Patojo del Siglo Pasado.

Fin



Luis Augusto Rodríguez Franco

Licenciado en Medios de Comunicación e Informativos con Postgrado en Imagen Pública y Maestría en Planificación Estratégica de Medios de Comunicación.

Durante su infancia y juventud, vivió en la aldea Margaritas y estudió en el instituto Mario Méndez Montenegro de Chiquimulilla, Santa Rosa. En este libro describe vivencias y personajes con todo el colorido y la inocencia de la vida pueblerina y del campo en las décadas de 1960 y 1970